



Abismo

DE GENIZA

ROBYN HILL

ABISMO DE CENIZA

LOS GALLAGHER

LIBRO 5

ROBYN HILL

ÍNDICE

Brid

1. María
2. Aidan
3. María
4. Aidan
5. Aidan
6. María
7. Aidan
8. María
9. María
10. Aidan
11. María
12. Aidan
13. María
14. Aidan
15. María
16. Aidan
17. María
18. Aidan
19. María
20. María
21. Aidan
22. María
23. Aidan
24. María
25. Aidan
26. María
27. Aidan
28. María
29. Aidan
30. Aidan
31. María

32. [Aidan](#)
 33. [María](#)
 34. [Aidan](#)
 35. [María](#)
 36. [Aidan](#)
 37. [María](#)
 38. [Aidan](#)
 39. [María](#)
 40. [María](#)
 41. [Aidan](#)
 42. [María](#)
 43. [Aidan](#)
 44. [María](#)
- [Brid](#)

BRID

BRENDAN ME ABRAZA sobre la cama de nuestro dormitorio. La lámpara de la mesita sigue encendida. A veces lo miro y veo al chico de Dublín del que me enamoré. Qué bien que, mucho tiempo después, demasiado, aún tengamos esa magia latiendo entre nosotros.

—Hugo ha vuelto a preguntar por el caballo —digo sonriendo.

—¿Otra vez?

—En el colegio le han enseñado un vídeo de un poni y ya no para.

—Pues le compramos uno.

—Eso le he dicho yo a Lola.

—¿Y ella qué dice?

—Que un poni no, que ya bastante tiene con Hugo.

Se ríe.

—Lola es lista —dice.

Seguimos con el repaso de los nietos, una de nuestras rutinas favoritas. Somos una familia tan numerosa que nos pasan mil cosas al día.

—Troy ya nada sin manguitos —digo—. Me lo contó Nellie el domingo pasado

—Cuatro años ya. Cómo pasa el tiempo.

—¿Te acuerdas cuando Seamus se tiró a la piscina del hotel de Galway antes de saber andar?

—Claro que me acuerdo.

—¿Vienen este domingo?

—Sí, y Nicola también, con Luna.

—¿Y Danil?

—Danil no sé.

—Luna está hablando un montón —digo—. El otro día me soltó tres palabras seguidas en ruso y tres en español.

—Mientras no salga rusa del todo.

—Brendan...

—Es broma, mujer.

Le pellizco. Brendan me coge la mano y la deja apoyada sobre su pecho.

—Y la pequeña —digo—. Lola me dijo que Amber sigue sin dormir del tirón. Que se despierta varias veces por la noche.

—Hugo no era así.

—Hugo era un ángel. Esa niña ha salido con carácter.

—De Lola.

—De los dos.

Colin y Lola, mira tú. La que entró en esta casa con cara de querer matarnos a todos y la que el otro día sin que nadie le hubiera dicho me trajo un bizcocho porque era mi cumpleaños. Cuatro hijos maravillosos. Cinco nietos extraordinarios. Qué afortunada me siento y sé que Brendan también.

Pero queda uno para formar una familia.

—¿Qué pasa con Aidan?

—Que no lo ubico —responde.

—Iba a decirte lo mismo.

—Llevamos un tiempo dándole vueltas.

Aidan come con nosotros cuando toca, contesta lo que se le pregunta. Si le preguntas qué tal, te dice que bien. Si le preguntas por el trabajo, te suelta cuatro frases rutinarias.

—Lo veo todos los días —digo—, y a veces no sé si realmente lo veo.

—Te entiendo, amor.

—Los otros tres están donde están y se les nota. Seamus tiene a Nellie y al crío, Nicola tiene a Danil y a Luna, Colin tiene a Lola y a los suyos. Aidan...

—Aidan no.

—Tendría seis o siete años, en unas Navidades. Los cuatro estaban abriendo regalos y Aidan se quedó con el suyo en las rodillas sin abrirlo. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que esperaba a ver qué les había tocado a los demás antes de abrir el suyo.

—No me acuerdo de eso.

—Los hombres nunca os acordáis de lo importante.

—La decisión está cerca —dice cambiando de repente de tema.

—Lo sé.

—¿Tienes algún favorito para el trono de la familia?

—No, ¿y tú?

—Yo tampoco.

Llevamos casi cuarenta años construyendo lo que tenemos, y no es solo la finca y los olivos. Es un apellido, un legado. Y la responsabilidad recaerá sobre uno solo de nuestros hijos, y el resto tendrá que aprender a vivir con eso.

—Seamus tiene la cabeza más fría de los cuatro —digo—. Para el negocio.

—Y los mejores contactos.

—Un hombre que ha caído una vez se levanta distinto.

—O no se levanta.

—Pasemos a Nicola. Si la ponemos a la cabeza de nuestra familia, ¿la dejaría Danil?

—No lo sabemos. Por otro lado, Colin se ha consolidado. Mujer, hijo, hija. Desde que entró Lola en esta casa, no ha dado un paso en falso. Y siempre dije que ese chico ve cosas que los demás no vemos.

—Lo dijiste desde que era pequeño.

—Y lo sigo diciendo.

—Aidan cumple, ningún disgusto en su vida.

—Eso ya lo sabemos...

—¿Pero...?

—No termino de verle el fuego. Y a un Gallagher se le pide fuego.

—¿Y si lo tiene y no lo ha enseñado?

Nos quedamos un instante en silencio. Siento la calidez de su cuerpo envolviéndome. Poco a poco me entrará el sueño.

—Lo que me da miedo no es la sucesión en sí —le digo—, sino lo que viene detrás.

—¿Qué quieres decir?

—El rencor de los otros tres por la derrota.

—Afrontaremos juntos lo que venga, como siempre lo hemos hecho.

—Ya lo sé, cariño. Pero somos dos personas mayores tomando una decisión que va a cambiar vidas.

—Lo sé —y añade—. No le demos más vueltas ahora. Toca descansar.

Estira el brazo y apaga la luz de la mesita. La habitación se queda a oscuras. Encajo la cabeza debajo de su barbilla, y noto su mano sobre mi hombro. A pesar del tiempo, cuánto sigo amando a este hombre.

Mañana habrá críos corriendo por el jardín y mis cuatro hijos sentados a la mesa. Mañana, otra vez los miraré uno a uno.

MARÍA

LLEGO al despacho con el pelo todavía húmedo. Hoy tampoco me ha dado tiempo a secármelo.

Por supuesto Inés ya está en su mesa, impecable, como si llevara despierta desde las seis. Lleva una blusa blanca de esas suyas que parecen recién planchadas. Luce esos pendientes en forma de flor tan chulos que me encantan. Hay un café para mí sobre la mesa de mi escritorio. De verdad, no merezco una amiga y compañera como ella.

—Buenos días, corazón. Te he dejado un café.

—Ya lo veo, gracias.

—El expediente Salazar. La vista es el jueves y el marido ha cambiado de procurador. ¿Me estás escuchando, María?

Asiento tanto que Inés se da cuenta de que no la estoy escuchando.

—Claro que sí.

Estoy pensando en una fecha que mañana se cumple. Cojo el café, le doy un sorbo que me quema la lengua y abro el portátil con esa actitud de mujer profesional que tiene una vida bajo control. Una vida que consiste en levantarme, ir al despacho, volver a casa y dormir. Y vuelve todo otra vez al día siguiente.

—Bueno, no —le digo—. Repítemelo, anda.

—Vista el jueves a las diez. Procurador nuevo, Domínguez, el del bufete de Vázquez. Tenemos que revisar el escrito de contestación y el de proposición de prueba antes del miércoles a mediodía.

Inés es así, paciente con las que llegamos despeinadas y descentradas.

—¿Domínguez es el que retrasó lo de Pacheco?

—Ese mismo.

—Pues prepárate.

A las once tengo a Salazar, una señora de cincuenta y muchos que se llama Carmen. Viene siempre con un bolso enorme del que va sacando cosas como si fuera un mago: pañuelos, un termo, una agenda, las gafas, otras gafas. Hoy también saca una caja de pastillas y se la deja en el regazo.

—La casa de campo. La construimos los dos, pero el dinero lo puso mi padre.

—Lo sé, Carmen. Lo tenemos documentado.

—Es que no es por el dinero.

—Ya.

Derrama alguna lágrima que otra, así que le acerco la caja de pañuelos del estante. Se suena con esa decencia de mujer educada que llora pero pidiendo perdón por llorar. Y yo pienso que se está divorciando de un hombre con el que lleva treinta y cuatro años casada, y lo único que la hace llorar es la casa de campo.

Llevamos así cuatro meses y yo ya conozco la casa de campo mejor que la mía: la parra, la mesa larga, el horno de leña que hizo el padre con sus propias manos.

Carmen es buena clienta porque me deja hacer mi trabajo. Le hago una lista de tres cosas que tiene que traerme antes del jueves. Se las digo despacio porque sé que se le van a olvidar y luego las apuntará en una servilleta. Al despedirla le doy dos besos.

A las dos bajamos a comer al bar de abajo, Inés y yo. Pedimos lo de siempre. Inés se quita la chaqueta, se sube las mangas y me mira un instante.

—¿Vas a hacer algo mañana?

—¿Mañana?

—Sí, María. Mañana.

—Voy a venir a trabajar.

—¿Y por la tarde?

—Por la tarde también.

Inés parte el pan en dos trozos exactos.

—Vale.

—Vale.

—Si quieres, después del despacho me paso por tu casa.

—Inés.

—Solo si quieres.

—Te lo agradezco.

—Pero no quieres.

—No hace falta, amiga.

Cambiamos de tema.

—¿El alquiler de la calle Notario?

—Igual de muerto que la semana pasada. El propietario no contesta.

—Pues llámalo desde tu fijo.

—Eso es lo que voy a hacer.

Por la tarde me encargo de una llamada de un cliente que quiere modificar un convenio regulador, dos correos del registro y un escrito para el juzgado.

A las ocho cierro el portátil. Me asomo al despacho de Inés, que sigue trabajando y le aviso de que me voy. Me hace un gesto con la mano sin levantar los ojos de la pantalla.

Bajo a la calle. Marbella en invierno a las ocho de la tarde es una avenida casi vacía con los escaparates encendidos para casi nadie. Sopla un viento húmedo que sube del paseo marítimo y se mete por el cuello del abrigo.

Camino hasta el coche y me dirijo a casa. Aparco en mi plaza, subo en el ascensor y entro al piso. Está como siempre, en silencio. Dejo las llaves en el cuenco de la entrada, me descalzo en el recibidor, abro la nevera y me preparo una ensalada. Nada complicado.

Mañana hace dos años que mataron a mi hermano Darío en Londres. Tenía treinta y siete años, una vida en la mafia que yo conocía a medias y que prefería conocer así.

Yo lo quería con toda mi alma. A veces desaparecía por meses, y yo le pedía que se fuera de lo que estuviera metido pero él se reía y me decía que dejara de ser abogada, anda. Yo lo quería como se quiere a un hermano mayor que hace lo que le da la gana, con cariño y enfado, pero con la certeza de que iba a pasar algo así algún día. Y pasó.

Lo echo de menos. Darío era para mí una llamada de veinte minutos los domingos en la que él me preguntaba qué tal el despacho. Y yo le preguntaba cómo estaba, él se reía y me contestaba a medias.

Mañana hará dos años que lo asesinaron.

AIDAN

LLEGO al despacho de mi discreta empresa de bebidas a las nueve menos cinco. Carla me saluda con un gesto de la cabeza sin levantar la vista de la pantalla. Buen fichaje, esta chica. Cruzo el pasillo hasta mi despacho, cierro la puerta y dejo el maletín sobre el sillón.

Sobre la mesa está el sobre de cada lunes, sin remite ni sellos. Tom lo deja él mismo a primera hora, antes de que llegue Carla.

Me siento, lo abro con el cortaplumas y saco el dossier. Veinte folios grapados con fotos, y un *pendrive*. La rutina de cada lunes desde hace un año.

Empiezo por el resumen. Lunes a domingo de la semana pasada. Movimientos, contactos, incidencias. María sale a las ocho y media del portal, café en la esquina con Inés tres días de cinco, despacho hasta las dos, comida en el restaurante de abajo dos veces y en su mesa otras dos. Gimnasio martes y jueves. Una cena el viernes con Inés y la pareja de Inés en un restaurante italiano de Marbella, vuelta a casa en taxi a las doce y diez. Sábado de supermercado, domingo en casa.

Una semana tranquila.

Paso a las fotos y las miro una por una. María entrando en el despacho, saliendo del gimnasio, en el italiano riéndose de algo que le dice la pareja de Inés, cerrando la puerta del taxi.

Vuelvo a la del italiano y la pongo encima de las demás. María tiene la mano en el aire, a medio gesto, y la boca en una atractiva carcajada que el equipo de seguridad ha pillado en el momento justo. Lleva un vestido negro y el pelo suelto. Parece una actriz de cine. Una mujer bellísima.

Suena el interfono. Es Carla.

—Aidan, ha llegado Tom.

—Que pase.

Meto la foto en el sobre. Tom entra con una carpeta bajo el brazo, cierra la puerta y se sienta enfrente sin esperar a que se lo diga. Lleva conmigo un año. Ex Guardia Civil, pasó por el GEO antes de salir del cuerpo, y desde entonces dirige el dispositivo de seguridad que protege a María. Hombre seco, sin curiosidad, profesional. Lo elegí por eso.

—Buenos días —dice.

—¿Qué tienes, Tom?

Abre la carpeta, saca una hoja y empieza a leer.

—El restaurante italiano lo cubrimos con dos hombres, uno en la barra y otro en el coche.

—Bien.

—El gimnasio sigue siendo el punto más expuesto. La calle es estrecha y el aparcamiento lo tiene a cien metros.

—Quiero un segundo coche en la esquina cuando ella salga, no cuando entre.

Toma nota.

—Hecho.

—Tenemos una situación.

—Cuéntame.

—Un Audi negro, matrícula española. Lo hemos visto dos veces en la calle de María en días distintos. Martes a las siete y media de la tarde, jueves a las ocho y diez de la mañana. Aparcado, con dos ocupantes dentro, sin moverse durante más de cuarenta minutos en cada ocasión.

—¿La matrícula?

—Falsa. La hemos pasado a través de nuestros contactos. Ese número corresponde a un coche dado de baja en dos mil dieciocho.

—¿Ocupantes?

—Dos hombres. Al conductor lo tenemos, treinta y muchos, pelo oscuro, complexión fuerte. El acompañante va con gorra y siempre con la cabeza baja. Las fotos las tiene en el dossier.

Estudio las dos imágenes. Están hechas desde una azotea de enfrente. Se ve el coche, se ven los ocupantes a través del parabrisas, pero las caras quedan ocultas por el reflejo.

—Quiero la cara del conductor en cuarenta y ocho horas —digo—. Si hace falta poner a alguien en la cafetería de enfrente con un móvil, se pone.

—Hecho, jefe.

—¿Cuándo aparecieron por primera vez?

—Por lo que hemos podido cruzar con grabaciones de la zona, hace doce días. La primera vez fue un domingo por la tarde, sólo el conductor, sin acompañante. Pasó dos veces por la calle y se fue. El martes ya volvió con el segundo.

Doce días. Llevan doce días encima de ella y mi equipo lo ha pillado al cuarto. Mierda.

—Rotación —digo—. Cambia los equipos cada cuarenta y ocho horas a partir de hoy. Que ningún coche nuestro haga la misma calle dos veces seguidas. Refuerzo nocturno en el portal, hombre fijo desde las once hasta las siete. Y quiero a alguien dentro del edificio.

Tom levanta la vista de la libreta.

—¿Dentro del edificio?

—El portero se va a las diez. A partir de esa hora quiero a uno de los nuestros sentado en el portal con cualquier excusa, empleado de mantenimiento o lo que sea. Que esté ahí.

—Eso es complicado de justificar si ella lo ve.

—Pues que no lo vea. Lo metes a las once, lo sacas a las seis. Ella no baja a esas horas.

—Hecho.

Sigue tomando notas. Yo me reclino un momento en el sillón.

—Jefe, si esto escala, si los del Audi son lo que parecen, ¿hasta dónde está dispuesto a llegar?

Levanto la vista y le sostengo la mirada unos segundos.

—Hasta donde haga falta.

—Bien.

Cierra la carpeta, se levanta, me da los buenos días otra vez y sale del despacho.

Hace unos dos años que no veo a María. La última vez fue una semana después del entierro de Darío, cuando fui a su casa a llevarle unos papeles que él me había dejado. Me abrió la puerta con los ojos rojos y la cara cansada.

Me invitó a un café, me dio las gracias por estar pendiente. En algún momento ella sonrió. Una sonrisa pequeña, cansada, pero sonrisa al fin y al cabo. No sé lo que es perder a un hermano, aunque Darío lo fue para mí. Nuestra amistad era como una hermandad. Quizá más fuerte que la que tengo con Colin, Seamus y Nicola. Mis hermanos de sangre.

Darío me sacó vivo de aquella emboscada en Algeciras hace catorce años. Yo tenía veintitrés y estaba a punto de morir. Él se metió donde no le tocaba meterse, me arrastró a un patio interior y me mantuvo vivo hasta que llegaron los míos. Nunca hablamos de aquello, ni una vez en catorce años, pero nos hicimos amigos.

Y ahora Darío está enterrado y yo tengo una imagen de su hermana encima de la mesa, y dos hombres en un Audi con matrícula falsa que llevan doce días al acecho.

Cojo el móvil y abro el calendario. Esta noche, cena en La Finca. Mi madre me lo recordó ayer por la tarde. *Tu padre quiere que estemos los cuatro. Aidan, no faltes.*

Si supieran que tengo este negocio de bebidas al margen de la familia como fachada para financiar el operativo de seguridad, se enfadarían. Pero si supieran que María es bisnieta de Mac Meanman, el gran enemigo de los Gallagher, me matarían.

MARÍA

HOY HACE dos años que mataron a mi hermano Darío. Lo pienso al abrir los ojos, sin moverme de la cama, antes de saber qué hora es. Me levanto, me ducho, me visto. Salgo del piso a la hora de siempre.

En el despacho, Inés ya está en su mesa. Hoy lleva una chaqueta gris perla y los pendientes de aro. Me ha dejado el café encima del escritorio, como cada mañana.

Le doy un sorbo y enciendo el portátil. El café está justo en el punto que me gusta.

—María, hay un coche aparcado enfrente. No sé, me da mala espina. Lleva ahí desde que he llegado y hay dos hombres dentro.

Me levanto y me asomo a la ventana. El coche es un Audi y está aparcado frente a la carnicería que cerró el mes pasado. A través del parabrisas se distinguen a dos personas. El conductor mira hacia el portal del despacho. El acompañante lleva puesta una gorra.

—Estarán esperando a alguien —digo sin darle importancia.

—Pues llevan ahí un buen rato.

Vuelvo a la mesa y me pongo con mis tareas pendientes.

—Por la tarde, ¿tienes hueco a las seis? —me pregunta, cambiando de tema.

—Tengo a Robles a las seis.

—¿El de la herencia?

—Ese.

—¿Y a las siete?

—Tengo hueco.

—Cuando terminemos, ¿cenamos en tu casa?

Se me escapa una sonrisa.

—Vale.

—Llevo el vino.

—Yo me encargo de lo demás.

Por la tarde, a las seis llega Robles. Es un hombre de sesenta y pico al que le ha tocado gestionar la herencia de su madre con dos hermanos a los que no aguanta. Trae una carpeta con papeles y la cara de quien lleva tiempo sin dormir bien.

—¿Han firmado los otros dos lo del notario? —le pregunto.

—El mayor sí. La pequeña dice que no firma hasta que le enseñen las cuentas del banco.

—Pues que se las enseñen.

—Es que mi hermano dice que para qué.

—Las cuentas no son de su hermano, son de su madre, y su hermana tiene el mismo derecho a verlas que él.

—Se lo volverá a decir —dice con resignación.

Lo despido a las siete menos cuarto con la lista de lo que tiene que conseguirme antes del lunes. Cierro el portátil y me asomo al despacho de Inés.

—Me voy, te espero en mi casa.

—Vale, enseguida termino.

Bajo a la calle. El Audi ya no está. Camino al supermercado y compro tomates, una mozzarella, pan, jamón ibérico y dos botellas de agua con gas. Subo a casa, dejo la compra en la cocina y me cambio. Me pongo unos vaqueros y un jersey ancho.

Inés llega a las ocho menos cuarto con dos botellas de vino tinto y una caja de bombones.

—He traído de más, por si acaso.

—Pasa, anda —digo ladeando la cabeza.

En la cocina, corto los tomates, los aliño con sal y aceite virgen, parto el pan y saco el jamón. Inés abre el vino y nos sirve dos copas generosas. El estómago me gruñe de hambre.

—Por nosotras —digo brindando.

—¿Cómo va lo de Robles? —me pregunta.

—Bien, pero sigue con los problemas con sus hermanos.

Inés me cuenta lo del cumpleaños del sobrino del fin de semana, que su cuñada le ha encargado la tarta otra vez. La última vez le quedó torcida y se rieron de ella en el grupo de la familia.

—Hazle una de esas que vienen ya hechas —le digo.

Nos reímos. Inés se sirve más vino y rellena mi copa.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Te has acordado hoy de Darío?

Asiento lentamente despacio.

—A todo el mundo le caía bien Darío —dice.

—Sí, le gustaba la gente.

—¿Te acuerdas de aquella vez que vino a recogerte al despacho? Nos invitó a un café. Tú estabas firmando un borrador y yo bajé primero.

—Me acuerdo, sí.

—Estuvimos veinte minutos en el bar y me hizo reír todo el rato.

—Eso lo hacía siempre.

—Me preguntó qué tal me trataba el jefe, y se rió y dijo: le diré a mi hermana que te suba el sueldo.

Se me escapa la risa en la copa y casi escupo el vino.

—Será sinvergüenza.

—Yo me reí mucho aquella tarde.

—Es que él era así. Llegaba y te alegraba la tarde.

—Cuándo se mudó a Londres fue un palo.

—Pero estábamos en contacto por móvil. Yo me sentaba en el sofá con el café y esperaba la llamada. Y si no llamaba a la hora, le llamaba yo. Le decía «pero bueno, ¿se te ha olvidado tu hermana?» y él se reía y me decía «cómo se me va a olvidar mi hermana».

De repente, se me empañan un poco los ojos. Inés me abraza con todo el cariño del mundo.

—Era buen hermano —le digo emocionada—. Cuando éramos pequeños, en el colegio una vez se peleó con un niño porque el niño

me había tirado del pelo. Le partió un labio. Mi madre lo castigó un mes sin salir y él me dijo que lo volvería a hacer.

—Madre mía con tu hermano. Te quería mucho, ¿eh?

—Y luego con dieciséis vino una vez a buscarme porque unos chicos mayores me estaban molestando en la puerta del instituto. Apareció él con dos amigos y aquellos chicos no me volvieron a mirar en cuatro años.

—Tu hermano era genial. Lo siento mucho, María.

—Está bien hablarlo. Llevaba meses sin contar nada de él a nadie.

Vaciamos la primera botella e Inés abre la segunda. La conversación se va por otros sitios, el novio que tuve en la facultad y que era un desastre, la jefa que tuvo Inés antes que yo y que era un desastre, los planes para las vacaciones...

Hacia las doce, Inés mira el reloj y resopla.

—Me tengo que ir, María. Mañana tengo a la fiscal a las nueve.

La acompaño a la puerta y le doy un abrazo largo, de esos que duran lo que tienen que durar.

—Gracias —le digo al oído.

—A ti.

Se va. Cierro la puerta y vuelvo a la cocina. Recojo las copas, lavo los platos y los pongo en el escurridor. Me quedo un momento de pie con la mano apoyada en la encimera. Cuánto echo de menos a mi querido hermano.

Por la mañana, entro al despacho. Inés ya está en su sitio, con la blusa azul que se compró en rebajas.

—Anoche me lo pasé muy bien contigo —me dice.

—Y yo, amiga.

Le doy un sorbo al café y enciendo el ordenador. Me fijo en la foto en la que estoy con mi hermano en Londres. Qué raro. Está sobre la mesa, como siempre, pero hay algo raro... Está ligeramente

desplazada, ¿o es solo mi impresión? La coloco en su sitio. A lo mejor son cosas mías.

—Tenemos lo de la vista del jueves —me dice Inés—. ¿Has visto el correo del procurador?

—Lo he leído en el ascensor. Dice que su cliente está dispuesto a hablar antes de la vista.

—Ya, eso lo dijo también la semana pasada.

—Sí, lo sé. Aun así, llámalo después de comer y te haces la sorprendida.

—Vale.

Reviso el escrito de contestación. Carmen Salazar y su casa de campo. Me acuerdo de la lista que le pedí ayer y caigo en que necesito el extracto del banco del marido. Voy al archivador del fondo, donde guardamos las copias de los expedientes.

El cajón cede con menos resistencia que de costumbre. Lo abro del todo y descubro la carpeta de Salazar medio fuera, encajada en diagonal entre la de Sánchez y la de Soler.

—Inés...

—¿Qué pasa?

—¿Abriste al archivador ayer antes de irte?

—¿Yo? Qué va. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por nada.

Vuelvo a mi mesa con el expediente. Me viene a la cabeza el Audi negro de ayer aparcado enfrente, con los dos hombres dentro. Inés dijo que le daba mala espina y yo le dije que estarían esperando a alguien.

A ver, frena, María. Se te está yendo la cabeza con las sospechas. Anoche estuve con Inés hablando de mi hermano, llorando un poco, riéndome con dos botellas de vino. He dormido poco, a lo mejor es eso. Tengo la mente espesa.

—Hay cosas en el despacho que no están como las dejé ayer.

Inés frunce el ceño, se levanta, viene hasta mi mesa y se queda de pie a mi lado con las manos en las caderas.

—La foto con mi hermano no estaba en su sitio, el expediente estaba colocado de una forma rara...

—Habrá sido la de la limpieza, María.

—Sí, es lo más seguro. Pero como ayer pasó lo del coche.

—Dijiste que no era nada.

—Ya...

Inés me pone una mano en el hombro, y no puedo evitar sonreír. Casi me está diciendo con cariño que me he vuelto paranoica. Es que estas tres cosas juntas parecen mucha casualidad. Me asusto solo de pensarlo.

Abro el expediente Salazar. Releo el escrito de contestación desde el principio porque no me he enterado de lo que he leído antes: Carmen, su marido, la casa de campo, treinta y cuatro años de matrimonio.

Al rato llaman al timbre y doy un respingo en la silla, pero es el mensajero del juzgado con un acuse de recibo. Firmo, le doy las gracias, cierro la puerta.

El día tiene que seguir siendo normal. Tengo a Carmen el jueves y tengo a Robles la semana que viene y veinte correos por contestar. Me siento a trabajar. Bueno, lo intento.

AIDAN

ME ABROCHO el botón del puño de la camisa frente a la ventana de la suite. El paseo marítimo de Marbella se extiende allá abajo, concurrido de turistas y gente de aquí.

A mi espalda, en la cama, ella sigue mirándome. Tiene un cuerpo espectacular, las piernas largas y una sonrisa enorme.

Acabo de follármela. La he tenido contra el cabecero, sobre la moqueta y otra vez encima de la cama. Hemos hecho lo que ella quería y lo que yo quería, y lo hemos pasado de puta madre.

Se levanta desnuda y camina en silencio hasta el baño. La puerta queda entornada. Conoce la suite, conoce mis gustos. Llevamos semanas viéndonos aquí.

Regresa del baño y se viste con la falda negra y la blusa gris que se quitó hace un rato. Se sienta en la butaca de enfrente para calzarse y después abre el bolso. Saca el móvil, lo mira y lo deja sobre el reposabrazos.

—¿El jueves estás libre? —me pregunta—. Quiero ir a cenar a un restaurante que han abierto hace poco.

—No puedo.

—¿La semana que viene?

—Si puedo, te aviso.

—Vale —dice haciendo un mohín de disgusto.

Voy hasta la mesa del salón, donde tengo el reloj y me lo pongo. Ella sigue en la butaca.

—Aidan...

—¿Qué pasa?

—Esta noche se acabó todo, ¿verdad?

Pienso un segundo si vale la pena decir que no, mentirle por educación y dejarlo abierto unas semanas más hasta que se dé cuenta de que ha terminado. Decido que no se lo merece.

—Sí.

Asiente con la cabeza y se pone de pie.

—¿Quién es ella?

Cojo la chaqueta del respaldo del sillón y me la pongo.

—No hay nadie más, Roberta.

—Mientes.

Me quedo callado. Se cuelga el bolso y va hacia la puerta. La acompaño. En el pasillo, antes de abrir, ella se gira y me acaricia la mejilla. Un gesto tierno y sin rencor.

—Suerte con la otra —me dice.

—Gracias.

—Y cuídate, Aidan.

—Tú también.

Abre la puerta y sale. El minibar está a la derecha de la ventana. Saco una botellita de whisky, me sirvo una copa y vuelvo a mirar la ciudad donde nací.

Me entra un recuerdo de María en el salón de la casa de Darío. Aún no se había ido a vivir a Londres. Veíamos un partido de fútbol.

María entró riéndose de algo por el móvil y nos dijo hola sin mirarnos. Pasó por delante del sofá y se fue a la cocina. La oí abrir la nevera y volver con una botella de cerveza. Se sentó en el reposabrazos del sofá donde estaba Darío y le quitó el mando un instante.

—Cambia a la dos —le dijo a Darío—. Está la peli esa que quiero ver.

—Ni de coña. Estamos viendo el fútbol, María.

Se rió y le devolvió el mando. Al levantarse, me miró.

—Hola, Aidan, ¿qué tal?

—Hola, María.

Y se fue al pasillo. Con la cerveza en la mano, conseguí decirle a Darío lo primero que me vino a la cabeza.

—La jugada del córner ha sido un desastre —dije todavía pensando en María.

—Un desastre, sí.

—El central no salta.

—Es que el central no salta nunca, Aidan, ya lo sabes. Está mayor.

Seguí viendo el partido, pero por dentro supe que estaba jodido. Darío no se llegó a enterar nunca de lo que sentía por su hermana. Aprieto la copa que tengo en la mano y bebo otro trago para olvidar. Ojalá fuera tan fácil.

Me vibra el móvil en el bolsillo. Es Carla. Adiós al recuerdo de María, por ahora.

—Aidan, ha llegado un aviso certificado. Requerimiento de inspección documental sobre el contenedor del miércoles, el de Lisboa. Piden manifiesto detallado, certificados de origen y trazabilidad de lote en cuarenta y ocho horas.

—¿El del miércoles es el limpio o el otro?

—El limpio.

Suelto el aire por la nariz. El otro contenedor, el que de verdad importa, sale de Algeciras el viernes en una ruta y una empresa distintas, sin conexión visible con la mía.

—¿Quieres que lo gestione yo mañana a primera hora con la asesora externa, o tiras de tus contactos? —me pregunta.

—El contenedor del miércoles está limpio, que lo abran si les apetece. Lo que no quiero es tener que pedir favores.

—De acuerdo.

—Llama a la asesora. Que prepare la documentación esta noche. La quiero revisada en mi mesa antes de las nueve de la mañana.

—Hecho.

—Mañana hablamos. Gracias, Carla.

Cuelgo. Me quedo con el móvil en la mano un segundo. Carla es muy buena. La metí en la empresa hace año y medio y a partir de

ahí no he tenido que volver a pensar en la parte administrativa del negocio: ella se encarga de todo.

Consulto mi reloj. Faltan unas horas para que Tom me entregue el informe semanal de María. Me termino el whisky de un trago y dejo el vaso sobre la mesita. Tengo muchas ganas de saber qué ha hecho estos días y con quién se ha visto.

AIDAN

APARCO EL TODOTERRENO en casa y me bajo. Es la hora de cenar y el estómago ruge de hambre. Sigo sin sacarme de la cabeza a María y ese coche sospechoso. Además, el problema de Algeciras. Joder, son muchas cosas en la cabeza.

Cruzo el vestíbulo y voy directo al comedor, desde donde me llegan voces de niños. Claro, mis sobrinos estarán dando guerra como siempre. Mi madre aparece desde el salón con una copa de vino.

—Hijo, qué bien que ya estás aquí.

—Hola, mamá —digo sonriendo.

Me planta un beso en la mejilla.

—Te veo cansado.

—Será por el trabajo. Voy a por una copa.

Mi padre está junto al aparador con Seamus, los dos riéndose de algo. Mi padre me ve llegar y levanta la barbilla.

—Por fin, Aidan. Te estábamos esperando.

—He estado liado.

Me sirvo un whisky con dos dedos de hielo. Mi padre me palmea la espalda y me sonríe. De repente, aparecen Hugo y Luna corriendo desde el pasillo. Mi sobrina con tres añitos corre lo suyo, aunque detrás de su hermano que para eso es mayor.

—¡Tío Aidan! —exclaman los dos.

Suelto el vaso sobre el aparador a tiempo y me agacho. Hugo se me tira al cuello, Luna me agarra de un brazo.

—¿Qué me habéis traído? —les digo.

—¡Tú a nosotros, tío!

—¿Cómo os atrevéis a pedirme regalos? —pregunto bromeando.

Se ríen a carcajadas. Les doy un beso a cada uno y pasamos al comedor. Saludo a Colin, Lola, Seamus, Nellie y Troy. Estamos todos menos Nicola, Danil y Amber. Normal, porque ellos viven en su casa.

Brid levanta su copa y todos levantamos la nuestra menos los niños, que están a lo suyo.

—Por la familia.

—Por la familia —repetimos todos.

La sopa ya está servida y la ataco con ganas.

—Hugo ha vuelto a pedir un poni —dice mi madre.

—Mamá, por favor, no le des cuerda —dice Colin.

Lola se ríe por lo bajo y le pone bien el babero al bebé.

—Si accediéramos a todo los que no piden los niños en esta casa habría un zoológico —dice mi padre.

Mi madre se ríe. Seamus y Nellie hablan con Colin y Lola. Es lo que hay en estas cenas, un montón de conversaciones paralelas. Eso sí, nada de trabajo delante de los niños.

—Oye, Seamus. ¿Cómo va Troy en la piscina?

A mi hermano mayor se le ilumina la cara. Es un hombre de hielo en todo menos sobre su hijo.

—Cuatro años recién cumplidos y se tira del bordillo él solo.

—Eso está muy bien.

—Bueno, sigue llevando manguitos —dice Nellie.

Nellie le da un beso en la mejilla a Seamus. Mi padre los observa con esa sonrisa que pone cuando todo está donde tiene que estar. Brendan deja la copa sobre el mantel.

—A veces pienso en cómo era esto hace años. Vuestra madre y yo en esta casa, recién llegados, sin un duro y con cuatro críos que se peleaban por todo.

Mi padre recorre la mesa con los ojos. Se detiene en los nietos. Hugo pinta en el mantel y Lola le quita el bolígrafo. Desde luego, la

siguiente generación está garantizada.

Mi madre me sostiene la mirada y asiente con una cálida sonrisa. Hay algo en esta mesa esta noche que me llena por dentro. Nellie se gira hacia mí mientras Brendan sirve más vino.

—Aidan, ¿estás viendo a alguien?

—Ya te dije que no la última vez que me preguntaste.

—Es una pregunta normal de cuñada.

—¿Y para cuándo otro nieto? Troy ya está crecidity.

—Eh, eh, eh —corta Seamus—. Eso lo decidimos nosotros, hermano.

Mi padre suelta una de esas risas que se le oyen por toda la casa. Levanta la copa para brindar otra vez, pero se queda callado a media palabra. ¿Qué le pasa?

Se le tuerce la cara. La copa se le inclina y derrama vino sobre el mantel. Después se lleva la mano derecha al pecho con un gesto torpe. La silla cae para atrás contra el suelo.

—¡Brendan! —exclama mi madre.

Me levanto con el pulso acelerado. Le desabotono la camisa a toda prisa. Joder, tiene la frente húmeda y los labios sin color. Su respiración es corta, agitada.

A mi espalda, oigo murmullos nerviosos. Lola coge a la bebé y Luna. Nellie da la vuelta a la mesa para ayudar a mi madre, que se ha plantado al lado de mi padre temblando de arriba abajo.

—¡Hay que llamar a una ambulancia! —exclama.

—¡No hay tiempo que perder! —digo—. ¡Lo llevamos al hospital!

Con la ayuda de Seamus, lo levantamos en volandas. Mi todoterreno está más cerca. A la velocidad del rayo, bajamos escaleras y llegamos al garaje. En medio del nerviosismo, mi madre nos abre la puerta de atrás y lo metemos dentro.

—Cariño, cariño, mírame —dice mi madre con angustia.

Pulso el botón de arranque y salimos a toda velocidad. Agarro con fuerza el volante, el ambiente es muy tenso. Aprieto el acelerador sin importarme una mierda el peligro. Es de noche, pero conozco la carretera como la palma de mi mano.

Tenemos que llegar a la autovía, después rumbo al hospital privado, donde nos atenderán rápidamente. Hay que conducir con

prisa pero con cuidado.

Miro por el retrovisor. Mi padre tiene los ojos cerrados y la boca abierta. Al menos está consciente y eso es una buena señal. Mi madre no se despega de su lado. Seamus va callado, negando con la cabeza. Ahora se gira hacia atrás. Estamos todos con el corazón en vilo.

MARÍA

LLEGO al bar pasadas las nueve. La barra está llena. Pido una caña y echo una ojeada hasta que veo a Inés al fondo, en una mesa pegada a la pared, con Andrés y Paula. Les hago un gesto con la mano y avanzo entre la gente con la cerveza en alto.

—Mira quién aparece —dice Andrés en cuanto me siento—. La estrella de los abogados de Marbella.

—Cállate ya, anda —le digo sonriendo.

Paula me hace sitio. Dejo la cartera en el suelo debajo de la silla y bebo de mi caña, un breve pero refrescante sorbo. Llevo todo el día sin parar y me apetece desconectar del trabajo.

—Andrés contaba lo del perito del juicio del lunes —dice Paula—. Cuéntaselo otra vez.

—El tío llega tarde sin el informe impreso, y le dice al juez que se le ha caído al café —Andrés se ríe solo, ya me está contagiando—. El juez lo mira y le pregunta si el café tenía azúcar.

—Para —digo riéndome—. Para, que me atraganto.

—Te lo juro por mi madre que fue así.

—Tengo un caso de los buenos —dice Paula—. Herencia. Tres hermanos. Uno de ellos lleva desaparecido cuatro meses.

—¿Voluntario? —pregunta Inés.

—Eso parece. Cogió y se fue. Ni una llamada.

—Pues mira, qué envidia —dice Andrés—. La mitad de nuestros clientes harían lo mismo si pudieran.

Llegan más tapas. Croquetas, una tabla de quesos, algo con anchoas. Qué hambre. Andrés propone otra ronda de bebidas y Paula dice que sí.

Una hora después, consulto el reloj. Mañana tengo la vista de Carmen Salazar y la cabeza tiene que estar en su sitio.

—Chicos, perdón, pero yo me voy a casa.

—Venga, María —protesta Andrés—. Una más.

—Mañana tengo a Salazar a las diez. Como me quede más tiempo me dan las tantas.

Paula se levanta para dejarme salir. Dos besos a cada uno. Inés se incorpora también, me agarra del brazo cuando paso a su lado.

—Escríbeme un mensaje cuando llegues.

—Que sí.

—María.

—Que te escribo, pesada.

En la calle, la temperatura es agradable aunque sopla algo de viento. Me abrocho la chaqueta. Son veinte minutos hasta casa y me viene bien caminar para digerir bien las croquetas y la cerveza antes de meterme en la cama.

Me meto por una bocacalle del casco histórico que conozco, un atajo que me ahorra unos minutos. Al poco, oigo unos pasos detrás de mí. Me giro y descubro una figura que me sigue. Un hombre, sí, lo es. Manos en los bolsillos.

Trago saliva y acelero mis pasos. Seguro que no es nada, pero por si acaso voy un poco más deprisa.

Subo por una callecita iluminada por farolas que cuelgan de paredes blancas. Tardo poco en darme cuenta de que es un error. Oigo pasos rápidos y no puedo evitar girarme. El hombre corre hacia mí. El corazón me golpea el pecho como un martillo.

Echo a correr.

Tropiezo con algo, una baldosa suelta. Casi me caigo aunque me apoyo en un arbolito. Detrás de mí, los pasos se oyen cada vez más cerca. Al fondo de la calle hay un contenedor de obra que impide el paso. Tengo que volver. No, imposible.

Quiero gritar con todas mis fuerzas, pero la voz no sale. Dios, qué miedo.

El hombre se detiene a unos cinco o seis metros. Saca la mano derecha del bolsillo del abrigo y veo lo que tiene en la mano. ¿Es una pistola?

—Por favor... —suplico.

Eso es lo único que me sale. Me entran ganas de llorar y siento las rodillas temblando. De repente, aparecen dos hombres. No sé de dónde. El primero le agarra el brazo de la pistola y se lo tuerce hacia abajo. El segundo le rodea el cuello desde atrás. Se oyen gritos.

El hombre que me apuntaba forcejea un segundo, gruñe algo, y le doblan la rodilla contra el suelo. La pistola cae y la recoge uno de ellos. Lo reducen con la cara contra el suelo. Uno de los dos se gira hacia mí. Lleva ropa oscura y la cabeza rapada.

—Vete a casa, María.

¿Cómo sabe mi nombre? Estoy paralizada del susto.

—¡Que te vayas a casa! —ordena con firmeza.

Echo a correr sin mirar atrás. Nunca he corrido con tanta velocidad. Subo por una callejuela, ¿por dónde estoy? No importa, lo que importa es correr, correr, correr hasta alejarme de esos hombres.

Un coche frena y me pita. Sin darme cuenta, he llegado hasta la mitad de la calzada. Sigo corriendo aunque ya voy con la lengua fuera.

No sé cómo pero reconozco el portal de mi casa. Con las manos temblando, meto la mano al bolso y saco las llaves. Se me caen, las recojo, se me vuelven a caer, las vuelvo a recoger. No encuentro la llave del portal. Pruebo una a una, aunque me cuesta acertar en la cerradura.

Por fin, doy con ella y abro el portal. Subo de dos en dos las escaleras porque ni me atrevo a subir en el ascensor. Llego a mi puerta y otra vez lo mismo con las llaves. Me parece que tardo una eternidad en abrir la dichosa puerta.

Entro, cierro con llave y echo el pestillo. El corazón sigue latiendo a cañonazos. Me apoyo de espaldas sobre la puerta. Resbalo hasta

el suelo. Me quedo sentada a oscuras con el bolso, que no sé ni cómo no se me ha caído.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Querían matarme, rescatarme...?
¿Por qué yo? Confundida y en estado de pánico, rompo a llorar.

AIDAN

EN LA SALA de espera del hospital, los tres llevamos ya un buen rato. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se llevaron a mi padre? Puede que quince minutos, aunque me parece que han pasado dos o tres horas.

Mi madre tiene el bolso sobre el regazo. Seamus mira un punto fijo del suelo. Yo me acabo de beber medio café que sabe fatal. Me siento y me pongo de pie varias veces.

Pasa un celador con una camilla. Lo seguimos los tres con la mirada hasta que dobla la esquina. Pienso en mi padre allí dentro, tumbado, desconcertado y enfermo. El momento en que se ha desplomado en casa, la copa cayendo, el vino sobre el mantel, la cara de mi madre. Pensé que se moría ahí mismo.

El móvil le vibra a mi madre en el bolso. Lo saca y mira la pantalla.

—Es Nicola —nos dice.

Mi hermana ya se habrá enterado de lo sucedido. Como vive con Danil y Amber, es la última en enterarse de todo.

—Le están haciendo pruebas, todavía no nos han dicho nada... Sí, llegó despierto, eso es lo bueno... Tú quédate en casa, no hace falta que vengas. Vale, cuando sepamos algo te llamo.

Cuelga y vuelve a guardar el móvil en el bolso.

—Está bien que vuestro padre llegó consciente —dice removiéndose en el asiento—. Llegar despierto es importante.

—Sí, mamá —dice Seamus.

—Lo cogimos a tiempo —dice ella, más para sí misma que para nosotros—. Hicimos bien en traerlo en coche en vez de esperar a la ambulancia. Bueno, a ver qué nos dice el médico.

Seamus carraspea. Se inclina hacia delante con los codos sobre las rodillas.

—Habrá sido un infarto o un ictus.

Es lo que estamos pensando los tres desde que lo metimos en el todoterreno, aunque ninguno lo había dicho en voz alta hasta ahora. Aprieto el vaso de plástico y noto cómo cruje en la mano. Doy unos pasos y lo tiro a la basura. Miro el reloj. Casi las once de la noche. ¿Cuándo nos dirán algo?

Llegan mensajes al móvil de mi madre. Los que se han quedado en casa quieren más información, pero de momento no sabemos nada. De repente, suena mi móvil. Mierda, es Tom. ¿Ahora? No me jodas.

Aprieto los dientes. Si me llama, será importante, pero no puedo hablar con él delante de mi familia. Salgo de la sala de espera y contesto mientras sigo caminando.

Tengo que alejarme lo máximo que pueda. Camino hasta el fondo donde hay un ventanal que da al aparcamiento, y descuelgo.

—Han ido a por ella esta noche —dice Tom.

Me apoyo con una mano en el cristal y dejo escapar un suspiro. Qué putada. Justo esta noche van a por ella.

—¿Está bien?

—Está en su piso. Ilesa aunque por poco.

—Cuéntame qué cojones ha pasado.

Tom carraspea.

—Volvía caminando después de estar con unos amigos. Un tío la siguió por el casco histórico, la acorraló en una calle sin salida y sacó un arma. Nuestros hombres llegaron a tiempo, pero el tío se resistió. Hubo que hacerse *cargo* de él.

Es decir, lo mataron.

—¿Lo habéis identificado?

—Aún no. Tiene pinta de profesional. Documentación falsa, móvil encriptado.

Me paso la mano por la cara, frustrado y aliviado de que no le pasara nada grave a María. Solo un susto. Miro hacia atrás para asegurarme que ni mi madre ni Seamus están escuchando.

—Quiero un dispositivo doble mañana en el despacho desde que abra. Quiero saber quién es ese tío y de dónde viene antes de que amanezca. Y quiero saber si los de Londres están detrás.

—Cuenta con ello.

—Que nadie entre ni salga de ese edificio sin que tú lo sepas.

—Entendido, jefe.

Cuelgo y me guardo el móvil. El aparcamiento está medio vacío. Un coche entra y aparca. Se baja una mujer que echa a correr hacia la entrada de urgencias.

Esos hijos de puta que mataron a Darío están cada vez más cerca. Y yo aquí, en el hospital sin poder hacer mucho.

Que un hombre armado haya llegado tan cerca de ella, quiere decir que mi gente llegó tarde. Quizá la próxima vez no lleguen a tiempo. No nos enfrentamos con aficionados, no. Dos años protegiéndola y este es el momento decisivo.

María necesita una mayor protección. Si le pasara algo, me mataría. Tengo que cuidar de ella, cueste lo que cueste. Oigo voces a lo lejos y vuelvo a la sala de espera. Ojalá que tengan buenas noticias sobre mi padre.

Mi madre y hermano están delante del médico. Tiene unos cincuenta años, gafas y bien afeitado. Mantiene una actitud serena y eso me tranquiliza un poco.

—Está estable. Ha sido un infarto de miocardio. Hemos podido actuar a tiempo y la zona afectada es limitada. Ahora mismo está consciente.

Mi madre se lleva la mano al pecho.

—Gracias a Dios.

—Pueden pasar a verlo unos minutos. Está muy cansado, así que necesita descansar el resto de la noche. Se quedará veinticuatro horas en observación.

Mi madre y Seamus echan a andar detrás del médico. Yo me quedo atrás un instante para respirar hondo con discreción. Vaya noche de sustos. En el fondo, tengo que estar agradecido. Podía haber sido la peor noche de mi vida.

Mientras camino a ver a mi padre, valoro mi siguiente movimiento. Hablar con María, advertirle del grave peligro que corre y proponerle una solución. Supongo que le sorprenderá.

MARÍA

TENGO LA RESPIRACIÓN ENTRECORTADA. Quizá llevo veinte minutos así, o quizá una hora. Las piernas me responden a medias. Voy hasta el sofá y me siento. Necesito calmarme. El piso está a oscuras y prefiero que siga así.

Cierro los ojos y vuelvo al callejón. El hombre, la pistola, los dos que aparecieron de la nada. El de la cabeza rapada girándose hacia mí. Vete a casa, María.

¿Cómo sabía mi nombre? Llevo dándole vueltas sin parar. Si querían matarme, ¿por qué me dijeron que me vaya a casa? Y si querían salvarme, ¿quién mandó a esos dos hombres?

Saco el móvil del bolso y lo apago. Lo dejo boca abajo encima de la mesa. Que nadie sepa dónde estoy.

Me tumbo de lado, con las rodillas pegadas al pecho. Me digo que voy a cerrar los ojos diez minutos. Respira hondo, María. Sí, es lo que tengo que hacer para calmarme.

Pero vuelvo al callejón. Otra vez la pistola, los hombres, el miedo... Me levanto. Bebo agua en la cocina. Vuelvo al sofá, me tumbo, me levanto. Me quedo sentada con los codos en las rodillas.

Esto tiene que ver con Darío. Imposible que sea por mi trabajo.

Tengo que llamar a la policía. Voy a hacerlo, pero me tiemblan las manos. Así no puedo entrar en una comisaría a contar lo que ha

pasado. Aparto las cortinas de la ventana. La calle está vacía, o eso creo.

Horas más tarde, cuando empieza a entrar luz por la ventana, tomo una decisión. Aquí no me quedo. Cojo el fijo y marco el número de Inés.

—Inés, soy María.

—¿María?

—¿Puedo ir a tu casa?

—Claro que sí. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Te lo cuento cuando llegue.

—Vale, aquí te espero.

Voy al armario y saco la maleta mediana. Echo dentro lo primero que pillo: vaqueros, jerseys, ropa interior, dos pijamas, zapatillas. Vacío el neceser sin mirar qué llevo. Cargador, portátil, las llaves del despacho. Cierro la maleta y me siento encima para subir la cremallera.

Pego el ojo a la mirilla de la puerta. El rellano está vacío. Abro la puerta despacio, asomo la cabeza. Nada.

Bajo arrastrando la maleta peldaño a peldaño. En el portal me paro antes de abrir. La calle ya está en marcha. Son casi las ocho de la mañana. Una señora pasea a su perrito. Un repartidor descargando cajas. Camino hasta la esquina y paro el primer taxi que veo.

—A Alfredo Palma, por favor —digo al subirme.

—Claro.

Miro hacia atrás por la ventanilla. Veo una furgoneta blanca pero enseguida se detiene a un lado de la calzada. Inés vive por Las Albarizas, por lo que llegaré enseguida.

—La veo inquieta —dice el taxista—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien, gracias.

A los pocos minutos, el taxi se detiene. Pago, me bajo y llego hasta el portal. Llamo al portero automático e Inés me abre. Subo por las escaleras. Mi amiga me abre vestida con unos vaqueros y una sudadera. Al verla, siento una alegría tan inmensa que la estrujo con un abrazo.

—Pasa, anda. Trae, déjame la maleta.

Me la quita y la mete en el recibidor. Me lleva a la cocina, me sienta, saca dos tazas, sirve café, pone leche y un plato con magdalenas.

—Cuéntamelo todo —me dice sentada delante de mí.

Tengo la taza entre las manos. Está caliente, casi quema.

—Anoche, volviendo a casa...

Me callo, abrumada por las emociones. Inés bebe un sorbo de café y espera a que siga hablando.

—Inés, tengo que contarte una cosa antes. Mi hermano no murió en un accidente de coche como te conté.

Deja la taza sobre la mesa y arquea las cejas, sorprendida.

—A Darío lo asesinaron en Londres. Nunca detuvieron a nadie. Nunca volví a tener noticias del caso por parte de la policía.

—¿Y por qué me dijiste lo del accidente?

—Porque era lo fácil. Mi hermano perteneció a la mafia.

—¿La mafia? —dice con cara de susto.

—Mi hermano andaba metido en esas cosas. Yo lo sabía y prefería no preguntar mucho, bueno, más bien nada.

—¿Y qué pasó anoche?

—Volviendo del bar me siguió un hombre por una calle del casco. Me acorraló y sacó una pistola.

Inés se lleva las manos a la cabeza.

—Madre mía, María.

—Aparecieron dos hombres de la nada. Lo redujeron contra el suelo. Uno se giró hacia mí y me dijo que me fuera a casa. Vete a casa, María. Así, por mi nombre.

—¿Crees que tiene que ver con tu hermano?

—Llevo toda la noche dándole vueltas y no se me ocurre otra conexión.

—Hay que llamar a la policía.

—Sí, pero en cuanto descanse. Estoy destrozada.

Inés respira hondo. Se levanta a por la cafetera, me rellena la taza, vuelve a sentarse.

—Vale —dice—. Te tumbas en mi cama. Cuando venga del despacho, vamos juntas a la comisaría. ¿Te parece bien?

Asiento con la cabeza. Bebo un poco más de café.

Inés recoge mi taza vacía, la suya y las deja en el fregadero. Se queda de espaldas con las manos apoyadas en la encimera. Después se gira.

—Lo que me cuentas es de película.

—No me lo creo ni yo.

—Debería quedarme aquí contigo.

—No, tienes que ir al despacho. Cúbreme lo que puedas, te lo compensaré.

—¿Seguro que estarás bien aquí sola?

—Lo que no quería es estar sola en mi piso, aquí puedo estar unas horas. Además, verte me ha ayudado a tranquilizarme.

—Vale, como quieras. Pero estamos en contacto constantemente, ¿eh? Mensajes de texto, audio, lo que sea.

—Vale, cada cinco minutos.

Me acerco y nos fundimos en un cálido abrazo. No sé lo qué haría sin mi amiga Inés.

MARÍA

ESTOY en el sofá de Inés, con una manta por encima. He dormido a ratos. Lo de anoche no fue una pesadilla. Fue real como la vida misma. Casi me matan. A mí. Qué fuerte.

¿Qué hora es? Mediodía. Inés se fue al despacho hace ya un buen rato, después de besarme en la frente y de hacerme prometer que la llamaría a la mínima. Esta tarde vamos juntas a comisaría a denunciar. Es lo único que tengo claro a estas alturas.

¿Hay algún mensaje de ella? Cojo el móvil. Sí, el juicio de Carmen Salazar lo ha pospuesto. Bien. Una cosa menos en la que pensar.

Ahora necesito calma. Vaya, justo ahora suena el timbre. Me llevo la mano al pecho. El corazón late rápido. Vaya sobresalto. ¿Quién será? Inés tiene sus llaves.

Me levanto, me acerco a la puerta en sigilo y me asomo por la mirilla. No puedo creerlo. Es Aidan.

Aidan Gallagher. El que fue el mejor amigo de mi hermano. Hace años que no lo veo... ¿La última vez fue en el funeral? Pero, espera un momento, ¿cómo sabe que estoy aquí?

¿Le abro? Algo va mal si aparece aquí de repente. No creo que sea una coincidencia después de lo que pasó anoche.

Descorro el cerrojo y le abro. Una corriente de alegría y familiaridad me invade el cuerpo.

—Hola, María —dice sonriendo—. Cuánto tiempo...

Luce un traje impecable. Siempre tan elegante y atractivo, pero no es el momento de fijarse en eso. Nos abrazamos brevemente. Huele muy bien, a Calvin Klein, un clásico. Entra y se queda en el recibidor. Estoy tan sorprendida de verle que no hay tiempo para la amabilidad, y mucho menos como estoy, alterada.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con brusquedad.

—Tengo que hablar contigo. Es urgente.

—¿Sobre qué? —le pregunto aunque intuyo de que irá el tema.

—Hablemos en el salón —dice caminando por el pasillo.

Nos sentamos en el sofá. Aidan pasea la mirada por los bonitos muebles de Inés. Después echa una rápida ojeada por la ventana. Asiente levemente, como si se sintiera a gusto para hablar.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunto anticipándome.

—Ya hablaremos de eso después. Eso ahora no es importante.

—No será importante para ti, pero para mí sí —digo cortante.

—María, escucha con atención —dice haciendo caso omiso a mi comentario y clavando sus bonitos ojos castaños en los míos—. Sé lo que pasó anoche.

—¿Cómo?

—Lo de anoche es el primer aviso —interrumpe—. Te han localizado y quieren matarte.

Se me forma un nudo en la garganta. Lo que me dice significa que no ha sido algo aleatorio, un error, sino que alguien quiere matarme. A mí. No lo entiendo.

—Pero... —balbuceo, incapaz de articular palabras coherentes. Tengo la mente atascada.

—Los mismos que mataron a Darío.

Siento como si una herida que tenía cicatrizada vuelve a abrirse. Una parte de mí ya lo sabía desde el momento en que ese hombre dijo mi nombre en el callejón.

—¿Por qué yo? No tengo nada que ver con lo que hacía Darío.

—Por tu bisabuelo.

Claro, Mac Meanman. El nombre que de niña oía en alguna conversación de mis padres, pero que terminaba en cuanto yo entraba en la cocina.

—Acabó muerto en la cárcel, pero aún tiene enemigos que le guardan rencor.

Niego con la cabeza. Cuesta creer que de repente me toque a mí, que mi vida sufra un revolcón tan grande por algo que no es culpa mía.

—¡Ni siquiera le conocí! —exclamo en un ataque de rabia.

—A esa gentuza les da igual.

Me tapo las manos con la cara. Tengo la sensación de que mi vida va a cambiar a partir de ahora. Siento pánico. Qué ganas de llorar tengo pero estoy demasiado impactada todavía, como si no me lo acabara de creer.

—¿Qué voy a hacer ahora? —digo con desesperación.

—Escapar no sirve de nada, si eso es lo que estás pensando —dice calma—. Tarde o temprano te encontrarán. Son profesionales. Si te han encontrado una vez, lo harán otra y las que haga falta.

Me quedo mirándole. Le escucho hablar, pero es como si no le entendiera.

—Iré a la policía. Esta tarde pensaba hacerlo, pero puedo ir ahora.

Aidan pone una mano sobre mi pierna. Siento que quiere frenarme.

—Puedes ir pero ¿te van a creer? ¿Qué pruebas tienes de que anoche intentaron matarte? Ninguna. Además, la policía se puede comprar. Sé de lo que hablo, en mi familia tenemos unos cuantos en nómina. Ir a la policía es lo peor que puedes hacer, María.

—¿Qué hago entonces, Aidan? —pregunto inclinándome hacia él y agitando mis manos—. Dime, ¿qué puedo hacer?

Asiente lentamente, tiene la respuesta. Me quedo expectante ante una idea que solucione de golpe mis problemas.

—Casémonos.

—¿Qué? —digo con los ojos muy abiertos.

—Me has oído, María —dice frunciendo el ceño—. Si eres una Gallagher, todo cambia.

Me pongo de pie, nerviosa de arriba abajo. Empiezo a pasearme por el salón de un lado a otro.

—¿Cómo que me case contigo? ¿Te has vuelto loco?

—No —responde secamente.

—No nos hemos visto en años —digo hablando deprisa, sin pensar lo que digo—, apareces en el piso de mi amiga y, por cierto, todavía no me has dicho cómo sabías que estaba aquí, y me dices que me van a matar y que me case contigo. Pero ¿qué clase de película es esta?

—Es la mejor solución, María —dice con resignación—. Así estarás protegida. Sabes del poder y la influencia de mi familia.

—¿Tu familia? ¡Pero si es mafiosa!

—Nos dedicamos a los negocios.

—¿A los negocios? ¡Já! ¡A los negocios de la droga querrás decir!

—exclamo con los brazos en jarras. De repente, todo el nerviosismo de antes ha desaparecido.

Aidan se levanta de golpe y, cabreado, levanta el dedo para dirigirse a mí.

—¡María, no me jodas, ya está bien! ¡He venido para ayudarte! ¡Por tu hermano, porque fue mi mejor amigo! ¡No por ti!

—¡Oh, muchas gracias, su excelencia!

—¡Te estás comportando como una cría!

—¡Nadie te ha pedido que vengas a salvarme!

—¡Sin mí te matarán!

—¡Eso es lo que quieres! ¡Que dependa de ti!

—¿Es que no lo ves? ¡Anoche casi te matan! ¡Si mis hombres no llegan a intervenir, estarías ahora muerta!

De pronto, lo entiendo todo. Esos dos que aparecieron como ángeles salvadores y que redujeron al loco ese, que sabían mi nombre... Que aparezca en el piso de Inés. Sí, encaja todo.

—¿Me estás vigilando, verdad?

Aidan se queda callado, lo que significa que sí. Al menos no me miente.

—¿Desde cuándo?

—Dos años.

—¿Dos años? Pero ¿te has vuelto loco? ¿Quién te ha dado el derecho..?

—No necesito el derecho de nadie para hacer lo que me da la gana —dice con arrogancia.

Dejo escapar un suspiro largo lleno de ira, frustración y miedo. Tengo que recuperar el control. Pensar con claridad en medio de esta locura. Suspiro otra vez mientras no dejo de moverme de un lado a otro del salón.

—No me pienso casar contigo, Aidan —digo al fin—. Voy a hablar con la policía. Confiaré en ellos.

—Si piensas que voy a rogarte, estás muy equivocada. Allá tú, María.

—Aidan, escúchame bien. Yo no soy uno de los vuestros. Mi hermano lo era y mira cómo acabó, muerto. Yo soy abogada, así me gano la vida.

—Lo sé.

Me detengo frente a él y le miro.

—Vete, por favor —le digo señalando la puerta—. Y no me vigiles más.

—Como quieras.

Aidan se levanta con lentitud. Parece que tiene todo el tiempo del mundo.

—Adiós, Aidan.

—Adiós, María —dice saliendo por la puerta.

En cuanto cierro la puerta, echo el cerrojo. Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Niego con la cabeza. Aidan ha estado aquí y me ha pedido matrimonio. ¡Matrimonio! ¿Qué locura es esta? Si hace dos años que no le veo. ¿Y eso de que me ha estado vigilando? En la calle... ¿también en la casa y la oficina?

Respiro hondo, vuelvo al salón, cojo el móvil y le escribo a Inés: «No vas a creer lo que me ha pasado». Suena el timbre. Será Aidan que quiere insistir en lo del matrimonio. Quito el seguro y abro la puerta.

—Aidan, no voy a cambiar de...

Antes de que pueda terminar, alguien me rocía la cara con un spray. Enseguida quedo desorientada y tengo ganas de toser. La

puerta se abre del todo y entra un desconocido. Por las lágrimas no puedo distinguir su cara. Me coge del brazo y me inyecta algo. Quiero resistirme pero no puedo, no tengo fuerzas.

Lo último que recuerdo es que me pesan una barbaridad los párpados y entro en un sueño profundo.

AIDAN

ENTRO en la habitación del hospital y veo a Nicola junto a la cama. Siento una punzada de tensión en el estómago. No es que me sienta orgulloso de lo que mis hermanos y yo le hicimos hace unos años, sabotear su proyecto, pero ha conseguido salir a flote.

Si volviera atrás en el tiempo, ¿volvería hacer lo mismo? No lo sé. Quizá sí, quizá no. En la carrera de la sucesión todo vale y mis padres lo saben. Para ser jefe hay que ser frío y despiadado si la ocasión lo requiere.

—Hola —digo dándole un beso en la mejilla.

—Hola, Aidan —dice ella.

Mi padre me sonrío dejando entrever un gran cansancio. La almohada está bien colocada, la cama inclinada para que apoye la espalda, y hay una bandeja con un vaso de agua y una botella.

—¿Qué tal estás, papá?

—Bien, hijo. Cada vez mejor.

—El médico ha pasado hace media hora —dice Nicola—. Está tramitando el alta. Durante la noche no ha habido problemas.

—Eso es una buena noticia.

—Desde luego que sí. Además, no me duele nada.

Mi padre carraspea y se mira las manos sobre la sábana. Le tendría que haber traído algo. Una revista, el periódico, lo que sea.

—¿Has desayunado? —le pregunto a mi padre.

—Una cosa que llaman tortilla y un café aguado. En cuanto salga de aquí voy a comer algo decente —dice mi padre y enseguida tose un poco.

Alcanzo el vaso de la mesilla antes que Nicola y se lo acerco. Mi padre bebe un sorbo pequeño y me lo devuelve.

—¿Cómo están Luna y Danil? —pregunto a mi hermana.

—Luna sigue sacando buenas notas. Danil, ya sabes, ocupado con sus cosas y siguiendo a rajatabla su rutina en el gimnasio.

—Eso es lo que necesito yo también, pasarme por el gimnasio de casa, pero es que hay tantas cosas que hacer...

—Tengo ganas de ver a mis sobrinos —dice Nicola.

—Pues pásate por casa.

Mi padre se mueve un poco para acomodarse mejor, y los dos nos inclinamos a la vez para ajustarle la almohada. Nuestras manos se cruzan en el aire un segundo. Nicola la retira primero y yo termino de colocársela.

—Gracias, hijo.

—De nada.

Nicola saca del bolso una crema de manos pequeña, se echa un poco y le coge la mano izquierda a mi padre con suavidad. Le aplica la crema en el dorso, en los dedos. Mi padre la deja hacer.

—Tienes la piel muy seca, papá. Es por el aire seco del hospital.

—Nunca me he puesto crema hidratante —dice mi padre mirándome.

—Pues ya va siendo hora —dice ella.

—Con respecto al ejercicio, papá, puedo buscarte un entrenador personal, te dirá como hacer rutinas sin perder mucho tiempo.

—No me parece mala idea.

Nicola termina con la mano izquierda y empieza con la derecha.

—Hijos, seguro que tenéis cosas que hacer. No tenéis que estar todo el tiempo conmigo. Vuestra madre estará al llegar.

—No te preocupes por eso —le digo aunque no es verdad. Tengo un asunto entre manos que me trae de cabeza, y además tengo que llevarlo con discreción.

—Sí, yo estoy bien de tiempo —dice Nicola—. ¿Quieres que te suba un poco más la cama, papá?

—Estoy bien así, gracias, hija.

Nicola guarda la crema en el bolso. Mi padre cierra los ojos para descansar un poco.

—Voy a echarme un rato —dice—. Vosotros seguid hablando si queréis.

—Descansa, papá —dice Nicola.

Se inclina y le da un beso en la frente. Sigue un silencio incómodo entre mi hermana y yo. No me fío de ella. Seguro que prepara algo. Me cuesta creer que haya bajado los brazos y no haga nada para seguir en la carrera de la sucesión. ¿O será verdad que la maternidad la ha calmado? Ahora tiene otras prioridades.

Si tuviera más tiempo, intentaría averiguar qué es lo que trama. Es imposible que sepa mi negocio paralelo a la familia. Nadie lo sabe. Y aunque lo supiera tendría que probarlo. No bastaría con su palabra contra la mía.

—No sé cómo te organizas —dice Nicola.

—¿A qué te refieres?

—Tantas cosas que tienes que hacer y estás aquí, visitando a papá.

Su media sonrisa me deja intranquilo, pero no pienso caer en su juego.

—Sé organizarme —digo tajante—. Eso es todo.

—Impresionante —dice asintiendo y con un toque de sarcasmo.

—¿Por qué dices que es impresionante?

—Porque no es fácil organizarse. A mí me cuesta.

—Eres madre y yo no.

—Eso es cierto. Una buena parte de mi tiempo lo ocupa Luna, pero tú tienes más trabajo. Lo que antes hacía Seamus, ahora lo tienes que hacer tú.

—Ya sabes que mi tarea es más de supervisión. Lo que tengo que hacer es controlar que todos hacen bien su trabajo.

—No te quites mérito, hermano —dice cruzándose de brazos.

—No lo hago, hermana —digo sonriendo a más no poder.

—Eso está bien.

—Lo sé —digo con ganas de decir la última palabra.

—Yo también.

—Mejor para ti.

—¡Ya estoy aquí! —exclama mi madre cruzando el umbral de la puerta.

Llega como un vendaval. Reparte besos y abrazos, e incluso mi padre se despierta y se lleva su ración. Se la ve radiante después de pasar una noche horrible de susto. Todos nos llevamos un buen susto, pero fue ella quien peor lo pasó.

Mi hermana y yo nos miramos de reojo. Nos damos una breve tregua, y disfrutamos del tierno momento entre nuestros padres.

MARÍA

ME PESAN LOS PÁRPADOS. Tengo un ligero mareo. La boca, seca. ¿Qué me pasa? Miro hacia arriba. El techo no es el mío, tampoco el de Inés. Es blanco, alto, con una lámpara que no he visto en mi vida. No estoy ni en mi casa ni en la suya.

Madre mía, ¿dónde estoy?

Me incorporo de golpe y el mareo me tira hacia atrás. El corazón empieza a palpar con fuerza. Siento una presión en las costillas que... Es el miedo que estoy empezando a sentir.

Y los recuerdos entran de un tirón. La discusión con Aidan. El timbre. El spray en la cara. El pinchazo en el brazo.

Me han secuestrado, me han secuestrado. Dios del cielo. Pero ¿quién? Lo que me dijo Darío. Mis ojos se empañan de lágrimas. ¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho yo?

Me miro las manos, las piernas, la ropa. Sigo con lo de ayer, los vaqueros, la camiseta. No tengo marcas, ni golpes, ni nada raro en el cuerpo.

Me bajo de la cama con las piernas temblando. Voy hasta la puerta y giro el pomo. Nada, está cerrada. La ventana con barrotes. A ver, hay luz, mucha luz. Es de día, veo un trozo de cielo. La persiana está subida del todo.

Afuera se ve un camino empedrado que serpentea, ancho, de los que se hacen para que pasen coches. Más allá, un muro de piedra, grande, elegante. Parece que estoy en una villa.

Y el silencio... Si grito pidiendo socorro, no me oiría nadie. ¿Dónde puedo estar? No sé el tiempo que he estado dormida. Podría estar incluso en otro país. Por favor, que siga en España.

Los que mataron a Darío, tiene que ser eso. Aidan me lo advirtió y yo le cerré la puerta en las narices. Él tenía razón. ¿Y mi móvil?

Palpo mis bolsillos. Levanto la almohada, abro el cajón de la mesilla. Tengo que tranquilizarme antes de que me dé algo aquí mismo.

Vale, María, piensa. Si me quisieran muerta, ya estaría muerta. Me han traído viva por algún motivo. Eso es algo.

Vuelvo a la puerta y pego la oreja. Aguanto la respiración para escuchar mejor, pero no se oye nada. Entro en el baño, que es pequeño y sin ventanas. Me veo en el espejo y descubro los ojos rojos de las lágrimas.

Abro el grifo, bebo un poco de agua para refrescar la garganta. Después me echo agua a la cara y me seco con una toalla de mano, que huele bien, a suavizante.

De repente, se oye una llave girando en la puerta. Se abre. Oigo pasos.

—María... —dice una voz de hombre que me es familiar.

¿Aidan?

—No puedo creerlo —digo saliendo del baño, con el corazón en un puño.

Le veo plantado en mitad de la habitación, manos en la cintura. Vestido como esta mañana. Su expresión es seria.

—¿Tú? —le espeto—. ¿Has sido tú? ¿Me has secuestrado tú?

—María, escucha —dice levantando las palmas de las manos.

—¡No me lo puedo creer, Aidan! —digo cogiéndole de la ropa—. ¿Estás loco? ¿Qué me has pinchado? ¿Te has vuelto completamente loco?

—¡Cálmate! —exclama zafándose de mí por las muñecas.

—¡No me da la gana de calmarme!

Aidan se arregla la camisa.

—Estás en un sitio seguro —dice recuperando la calma—. No me has dejado otra opción. Tu vida peligra, ya te lo dije.

—Seguro... —Me río aunque es una risa nerviosa—. ¿Dónde mierda estoy? ¡Dímelo ahora mismo!

—En la sierra de Marbella, cerca de Benahavís.

O sea, lejos de todo pero al menos en Marbella. La única buena noticia que tengo hasta ahora.

—¿Y qué va a ser de mí, Aidan? ¿Eh? ¿Me piensas tener aquí encerrada toda la vida?

—Esto es provisional. Puedes pasear libre por la casa.

—Qué generoso.

—La villa está vigilada por un equipo de seguridad por dentro y por fuera. Para que estés en la casa con tranquilidad y para que nadie del exterior se acerque.

Tengo ganas de gritarle otra vez, pero gritar no me va a servir de nada, así que me contengo.

—Dame un móvil. Necesito llamar a Inés, decirle que estoy bien. Estará pensando lo peor. Que me han matado, que me han hecho algo. La conozco. Como no la llame, irá a la policía. Y eso no te conviene, ¿verdad?

Aidan se mete la mano al bolsillo de la chaqueta y saca un móvil pequeño y negro. Lo mira un segundo y me lo tiende.

—Está encriptado. Tiene su número guardado. Una sola condición.

—¿Cuál?

—Le dices que estás bien y que no vaya a la policía. Nada más. Ni dónde estás, ni con quién estás, ni qué ha pasado. Si te pasas un milímetro, te lo quito.

Me tiemblan los dedos al darle a la pantalla. Suena dos veces, tres. Me aparto de Aidan. A la cuarta lo coge.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Inés, soy yo.

—¡María! ¡Joder, María! ¿Dónde estás? Te he llamado mil veces...

—Estoy bien, Inés. Escúchame.

—¿Cómo que estás bien? ¿Estás bien dónde? ¿Te ha pasado algo? ¿Quieres que llame a la policía?

—A la policía no.

—María, dime dónde estás, voy ahora mismo.

—Estoy a salvo, te lo prometo. Es... —Miro a Aidan, que tiene los ojos clavados en mí—. Es complicado, pero estoy bien. Estoy con alguien que...

Aidan se acerca con gesto cabreado.

—No te puedo contar nada más —digo con rapidez—. Solo que estoy bien y no te preocupes, ¿vale? Ahora tengo que colgar.

Le entrego el móvil a regañadientes.

—Has dicho lo justo —dice él guardándoselo—. Ven, te voy a enseñar la casa.

Salimos de la habitación y lo sigo por un pasillo ancho. Subimos las escaleras. Veo un salón grande, sofás de lino crudo, una chimenea, ventanales hasta el techo. A través de los cristales se ven dos hombres vestidos de oscuro. Uno está apoyado en la balaustrada, el otro pasea con un auricular en la oreja.

—¿Cuántos hay? —le pregunto.

—Los suficientes.

Le sigo hasta la cocina. Es enorme, isla en el centro, una nevera gigantesca. Aidan la abre. Está llena de verduras, fruta, fiambres, agua, leche, vino y mil cosas más.

—Comida fresca para varios días —dice—. Cuando se acabe, se compra más. Puedes hacer una lista con lo que quieras y te lo traerán.

Abre el congelador. Hay táperes etiquetados.

—Aquí tienes comida preparada. Si no te apetece cocinar, calientas y listo.

Asiento con desgana.

—Vamos a tu dormitorio —dice con un gesto de la mano.

Subimos por más escaleras. Las paredes son altísimas, todo un diseño moderno. No me equivoqué. Es una villa de lujo.

—De la limpieza se encarga el equipo —dice girándose hacia mí—. Entran por la mañana, hacen lo que tienen que hacer, se van. No te van a molestar.

En el dormitorio, Aidan abre el armario empotrado y me quedo helada. Pantalones, camisetas, jerséis, vestidos, ropa interior

doblada en cajones, un par de zapatillas, unas botas... Son mis cosas. Las ha traído de mi piso, claro. Niego con la cabeza, entre la rabia y la incredulidad.

Aidan consulta su reloj.

—Me tengo que ir —dice—. ¿Necesitas algo?

—Que me lleves a mi casa, Aidan —digo con tono de súplica—. Te lo ruego. No puedo estar aquí encerrada.

—Es por tu seguridad, María. No tienes ni idea de quiénes son esos tipos. Son capaces de todo. Por eso, también tengo un equipo de vigilancia sobre tu amiga, por si acaso.

—Si piensas que te voy a dar las gracias, estás equivocado.

—No necesito tu agradecimiento. Nunca lo he necesitado —dice y se marcha.

Me siento en la cama, exhausta y nerviosa. Todavía no me acabo de creer lo que está pasando. Un loco me tiene encerrada. Que alguien me ayude.

AIDAN

BAJO LA ESCALERA DEL GARAJE. Tengo que ir a casa y ver a mi padre. Pero ahora mi mente está en María. Finalmente, he tenido que secuestrarla.

Dos años sin hablar con ella, solo viéndola a través de vídeos y fotografías. Sabiendo de su vida a través de Tom. Lo que he sentido al tenerla delante... No sé cómo describirlo. He sentido algo en el estómago, como una brisa que entra y se queda unos segundos dentro.

Sigo tan enamorado de ella como el primer día que la conocí, en el restaurante. ¿Cuánto hace de eso? Mucho tiempo, demasiado. Recuerdo que a veces he pensado que ya no sentía nada por ella, pero está claro que me mentía, que solo era un desesperado intento por olvidar que es la mujer de mi vida.

Ahora, ironías de la vida, la tengo encerrada. Si su hermano levantara la cabeza... Tendría que explicárselo con claridad, aunque no sé si podría. Es todo muy complejo. A veces ni yo mismo sé si estoy haciendo bien.

Pero ¿qué opciones tenía sobre la mesa? ¿Ayudarla a huir? La encontrarían tarde o temprano. Si continuaba vigilándola, también tarde o temprano podrían conseguir su objetivo: matarla. Ningún equipo de seguridad es infalible.

Tom está apoyado en el capó del coche con las manos en los bolsillos. Se incorpora cuando me ve.

—El piso de la amiga ya está también cubierto —dice con seriedad—. Dos hombres en la calle de enfrente, uno dentro del edificio de al lado. Nadie se ha movido por allí desde anoche.

—¿Dónde está ahora?

—En el despacho desde primera hora. Salió a comer con una compañera y volvió. Hasta ahora no ha llamado a la policía, lo sabríamos.

Asiento con la cabeza.

—Tengo una idea —digo—. Vamos a dejar una pista falsa en el piso de María. Una dirección, una nota, lo que sea. Algo que parezca un descuido suyo. Cuando la encuentren y vayan a la localización, les estaréis esperando.

—Muy inteligente, jefe.

—Quiero uno vivo para sonsacarle toda la información que se pueda.

—Entendido.

—Una agenda olvidada en un cajón, una nota con una dirección, algo de mujer asustada que sale corriendo y deja huellas. Si huele a trampa, no caerán.

Tom saca una libreta del bolsillo interior de la chaqueta, anota dos cosas, se la guarda otra vez. Hace las cosas como las hace siempre, sin preguntar nada que no haga falta, sin opinar sobre lo que no le corresponde. Por eso lleva conmigo los años que lleva.

—Otra cosa.

Tom levanta la vista.

—Nadie entra en el dormitorio de ella. Nadie. Si necesita algo, se deja en la puerta. Si necesita un médico, lo traes tú y te quedas dentro con ella. Si necesita salir al jardín, la acompañas tú o me llamas a mí. Nadie le habla más de lo necesario. Nadie la mira más de lo necesario. ¿Estamos?

—Sin problema.

Mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Lo saco y veo en la pantalla el nombre de Colin. ¿Qué querrá? Cuelgo la llamada y miro a Tom.

—Eres tú el responsable. De ella, de los hombres que están en esta villa, de todo lo que pase aquí dentro. Si los malos llegan a ella, serás tú el único responsable.

—Sí, jefe.

Le doy una palmada en el hombro y me meto en el coche. Fin de la conversación. Pulso el botón de encender el motor y salgo a la rampa. Antes de llegar a la reja principal, me paro para contemplar la ventana del dormitorio de María.

María... tan cerca y, a la vez, tan lejos. No sé cómo, pero lograré que me perdone.

Llego a los pocos minutos a la casa de mis padres. Tuve suerte al encontrar una villa para alquilar no lejos de esta. Mis desplazamientos serán muy cortos entre los dos sitios, y eso me ayuda para no levantar sospechas.

Si mi familia supiera que, a muy poca distancia del hogar, hay una descendiente de Meanman...

Entro en casa y recorro el pasillo. Antes de llegar al salón ya oigo hablar a Seamus y Colin. Mi hermano mayor está en el orejero con el portátil sobre las rodillas. Colin, de pie junto al mueble bar sirviéndose una copa.

—¿Dónde coño te has metido? —pregunta Colin—. Te he llamado un montón de veces.

—Después os lo cuento. Primero contadme qué pasa.

Seamus cierra el portátil.

—Han pillado a Marcial en una redada esta mañana. La policía entró y se lo llevaron. Solo a él.

Joder. Marcial es el encargado de una de nuestras lavanderías. Lleva con la familia desde siempre. Sabe cosas que no debería saber nadie de fuera.

—¿Qué se ha hecho?

—Tenemos al abogado en comisaría desde hace dos horas —responde Seamus—. Colin ha hablado con un contacto que tenemos

dentro. Marcial aguanta, pero está nervioso.

Asiento, pensativo. Debería haber sido el primero en reaccionar, pero es lo que hay. Mi vida es complicada, jodidamente complicada.

—Lo dejamos dentro hasta el juicio —dice Seamus—. Sabe demasiado, así que es mejor darle el pasaporte. Que parezca un suicidio y asunto arreglado.

Colin asiente. Claro, lo han hablado antes entre ellos.

La decisión es buena. Es la que habría tomado yo si hubiera estado aquí desde el principio. Y eso me jode. Me jode no haber sido yo el que la pone sobre la mesa.

—¿Y qué pasa con los registros de contabilidad? —pregunto.

Nadie me responde. He dado en el clavo. Eso era un cabo suelto que estos iba a dejar sin atender.

—Yo me encargo —les digo.

—Muy bien —replica Seamus.

—No es normal que desaparezcas sin decir nada, Aidan —dice mi hermano pequeño para cambiar de tema.

—Tuve un asunto personal.

—¿Qué asunto? —insiste Colin.

La pregunta tiene un tono muy suspicaz. Y esa mirada que me quiere atravesar... ¿Sabrá algo de mi empresa o de María? No me fío, pero hay que mantener la calma.

—No es de tu incumbencia.

Colin se sirve otro dedo de whisky y me da la espalda. Seamus abre el portátil y se pone a teclear. Parece que mis hermanos ya no tienen mucho qué decir. Estarán contentos por haber tomado las riendas en mi ausencia. Panda de buitres...

—Subo a ver a papá.

Salgo del salón. Mientras subo las escaleras, me llega el cuchicheo de mis hermanos. Me importa una mierda lo que digan. Yo sigo al mando por encima de ellos.

Mi padre está en su sillón de siempre, con una manta sobre las piernas y el periódico en el regazo. Mi madre a su lado con su té sobre la mesa. Me acerco y les doy un beso.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo estás?

—Mejor en casa que en el hospital, hijo. Aquello no era una cama, sino una camilla con almohada.

Mi madre me señala el sillón de enfrente, así que tomo asiento.

—¿Estás bien, Aidan? No había manera de localizarte.

—El móvil se quedó sin batería de repente y cuando me di cuenta ya era tarde.

Mi madre ladea la cabeza, no muy convencida.

—¿Lo de Marcial está hablado con tus hermanos? —pregunta mi padre.

—He dado mi aprobación a su sugerencia. Me parece buena.

Mi padre asiente.

—Bien resuelto. Lo siento por Marcial, pero es lo que hay.

—Tenemos que pensar en la familia.

—Así es, hijo —dice mi madre—. Siempre.

Me aflojo la camisa. Esta noche necesito dormir bien, descansar, olvidarme de todo. Parece que a partir de hoy cada día será una guerra.

MARÍA

Es mediodía cuando decido a salir del dormitorio que Aidan me asignó. Llevaba un buen rato sentada en el borde de la cama sin saber qué hacer, devorada por los nervios.

El pasillo está vacío. Bajo las escaleras apoyándome en la barandilla. El salón es enorme, todo crema y madera clara, con los ventanales que vi esta mañana. Me acerco al cristal con cuidado, como si temiera romperlo con solo rozarlo.

Hay dos hombres vestidos de negro en el jardín. Uno mirando hacia el paisaje. Otro cruzando el césped con paso tranquilo. No les veo armas y eso me tranquiliza, aunque quizás la lleven debajo de la ropa.

—Hola, María.

Doy un respingo. En la puerta de la cocina hay otro hombre. Viste con un polo manga larga y pantalones de algodón. Cincuenta y pico años, pelo gris muy corto, espalda ancha, una cicatriz pequeña en la ceja izquierda.

—Me llamo Tom —dice alzando la palma de la mano—. Soy el responsable del equipo de seguridad.

Lo miro sin contestar.

—Si necesita cualquier cosa —continúa Tom manteniendo la distancia—, lo que sea, me llama y vengo. Estoy fuera casi siempre,

pero entro a hacer rondas cada cierto tiempo.

—¿Cuánta gente hay fuera?

—Seis hombres.

Tom hace un gesto leve con la cabeza a modo de despedida, y se dirige hacia la puerta del jardín. Fenomenal, estoy custodiada solo por hombres.

Doy una vuelta a falta de entretenimiento. Cerca del salón hay otra estancia más pequeña, con dos butacas y una estantería que ocupa toda la pared. Una biblioteca que parece muy bien aprovisionada. Hay de todo. Novelas en inglés, en español, alguna en francés.

Acabo cogiendo tres libros casi al azar. Un ensayo sobre la peste negra. Una novela contemporánea inglesa de un autor que nunca he leído, sobre arquitectos en Londres. Y un libro de relatos de un japonés que tampoco conozco.

Subo al dormitorio con los libros apretados contra el pecho y los dejo en la mesilla de noche. ¿Tendré el ánimo para leer después? Eso habrá que verlo.

Me obligo a bajar a la cocina para apaciguar los nervios. Abro el frigorífico y veo que el yogur griego natural, sin azúcar, es el de la marca que compro siempre.

La leche de avena, las aceitunas negras de Aragón, hummus de garbanzos, queso de cabra en rulo, una bolsa de espinacas, tomates cherry de los amarillos, no los rojos, etc... Parece que han estudiado mi lista de la compra. Pero ¿cómo no me he dado cuenta de que me vigilaban?

Esto lo ha comprado alguien que se ha tomado la molestia de pasar por mi nevera, por mi despensa y apuntar marcas. Alguien que sabe qué desayuno. Alguien que sabe qué pico cuando llego del despacho con hambre. Alguien que conoce mis pequeñas debilidades, como las mantequillas caras y las aceitunas raras.

Saco las aceitunas, el queso y una rebanada de pan de molde del armario, lo pongo todo encima de la isla y empiezo a picotear. Después saco unos muslos de pollo, una cebolla, ajo, un bote de tomate, un manojo de perejil que está fresquísimo. En el armario encuentro arroz, especias, un buen aceite. En fin, de todo.

Pico la cebolla muy fina, como me enseñó mi madre, que en paz descanse. Aplasto los ajos con el cuchillo plano. Salpimento los muslos, los doro en la cazuela hasta que la piel queda como tiene que quedar, dorada y crujiente. Echo la cebolla. La dejo sudar. Añado el tomate, el pimentón y la hoja de laurel.

A medida que voy cocinando, la cabeza, que llevaba todo el día descontrolada, se va calmando. Cortar, dorar, salpimentar. Sale vapor y bajo el fuego. Huele de maravilla.

Y mientras espero, apoyada en la encimera con un vaso de agua en la mano, sin querer me viene Aidan a la cabeza. La primera vez que lo vi.

Fue en un restaurante del puerto del que ya ni me acuerdo del nombre. Darío me había llamado a media mañana diciéndome que comiéramos los tres, que tenía un amigo al que quería que conociera.

Yo acababa de empezar la carrera, vivía con él en un piso cerca de la playa, y aquello me pareció extraño porque Darío casi nunca me presentaba a nadie de los suyos. Acepté a regañadientes.

Cuando entraron, los vi venir hacia la mesa. Darío con su brillante sonrisa de siempre, dos cabezas por encima de la gente, y al lado un tío mayor que él. Alto también, con un traje gris claro y una camisa blanca abierta en el cuello. Andaba como si el mundo fuera suyo. Sí, eso lo recuerdo bien. Me impactó. Parecía modelo, era guapísimo.

—María, este es Aidan —dijo Darío—. Aidan, mi hermana.

Aidan me dio dos besos. Tenía unos ojos bonitos y una sonrisa cautivadora.

—Encantado —dijo.

—Igualmente —contesté yo, y le solté la mano.

Aidan tenía presencia en cómo se sentaba, en cómo cogía la carta, en cómo le hablaba al camarero y conseguía que el camarero le prestara atención.

—¿Y tú qué haces para divertirte, María? —me preguntó Aidan en algún momento.

—Pues mira, no mucho. Estudio bastante casi todo el tiempo.

—Algo harás.

—Cuando puedo, viajo.

—¿A dónde te gusta ir?

—A cualquier sitio donde nunca haya estado. El año pasado me fui a Praga sola, con la mochila. Este verano quiero ir a Italia, Roma y bajar hacia el sur.

—Conozco todo eso —dice sonriendo—. Es muy bonito, te encantará. Te recomiendo la Toscana, un verdadero paraíso. ¿Y qué quieres hacer cuando termines?

—Quiero ser abogada.

—¿De qué tipo?

—De las que ganan, de las que sirven para algo. Civil, supongo. Familia, herencias, etc.

Darío soltó una carcajada.

—Esta tiene la cabeza mejor amueblada que la mía —le dijo a Aidan—. Te lo digo de verdad. Es la más lista de la clase.

Aidan solo cogió la copa y bebió un sorbo, despacio aunque sin dejar de mirarme.

El resto de la comida pasó entre risas, postre y un café que se alargó. Cuando salimos al puerto, Darío me pasó el brazo por los hombros y nos despedimos de Aidan. Y yo, mientras volvía con mi hermano al coche, recuerdo que pensé que aquel chico tenía algo. Algo que me había hecho hablar más de la cuenta. Algo a lo que dije que no le pensaba dar más vueltas.

Salgo de mis recuerdos y apago el fuego. ¿Por qué piensas de Aidan así, María? Te ha drogado. Estás como una cabra.

Pruebo el caldo con la punta de la cuchara. Está bueno. Me sirvo un plato. Sentada en uno de los taburetes de la isla, me lo como entero, con su pimienta recién molida por encima, mojando un pedacito de pan.

Cuando termino, friego todo. Justo cuando me estoy secando las manos, oigo el ruido de un coche. Después voces. ¿Aidan y Tom?

El paño se me cae de la mano, lo recojo del suelo y lo dejo en la encimera. Miro alrededor para comprobar que está todo en su sitio. Salgo con ansia y subo las escaleras.

Llego a mi dormitorio, cierro la puerta y echo el pestillo. Tengo la respiración acelerada y un picor en la garganta. Pasan unos minutos.

Oigo pasos subiendo las escaleras. Ahí viene. Se para delante de mi puerta y golpea suavemente.

—María, abre. Soy yo.

Me quedo callada y miro por la ventana.

—María, ábreme. Quiero hablar contigo.

Dejo escapar un suspiro.

—Vete —digo y trago saliva—. Vete, Aidan. Hoy no pienso hablar contigo. Ni hoy ni mañana. Tú a tus cosas y yo a las mías.

Sigue un silencio largo.

—Tú misma —dice por fin, con un tono que es más cansado que enfadado—. Puedes ignorarme todo el tiempo que quieras. A mí me da igual. Tengo paciencia.

Oigo sus pasos recorriendo el pasillo y bajando las escaleras. Si piensas que voy a besar el suelo que pisas, estás muy equivocado.

AIDAN

ME QUEDO PENSANDO en las últimas palabras de María. Cree que voy a rogarle. Cree que esto es un capricho o una rabieta mía, pero no tiene ni puta idea de los problemas que la rodean.

La rabia me quema por dentro, un calor espeso que me sube por el cuello, aunque por fuera mantenga las apariencias. Sé esperar. He estado dos años mirándola a través de una pantalla, conteniendo las ganas de acercarme, así que puedo aguantar unos días más.

Bajo las escaleras. Tom está junto al ventanal, con los brazos cruzados y la mirada fija en el jardín.

—La pista falsa en el piso de María está lista —dice con esa voz áspera que tienen los militares retirados—. Una libreta de direcciones falsa en el cajón de la entrada. Un par de nombres que apuntan a un piso en Estepona.

—Solo necesito a uno de esos cabrones que cante todo lo que sepa. Avísame en cuanto pique. No me importa la hora que sea.

—Entendido —dice y se marcha.

Asiento con la cabeza. Es hora de cambiar de escenario. Toca ponerse el traje de los Gallagher y lidiar con la mierda de Marcial.

Salgo al garaje, me subo al todoterreno y arranco. El motor ruge en el sótano. Al subir por la rampa, me fijo en la ventana del dormitorio de María. Duele alejarse de ella, pero me aguanto.

Enfilo la carretera que baja de Benahavís, esquivando las curvas con una mano en el volante. Con la otra, pulso el botón del manos libres en la pantalla del salpicadero. El tono de llamada suena tres veces antes de que salte la voz de Sergio Giraldo.

—Dime, Aidan. Estoy saliendo de los juzgados.

—Hay que mover los hilos ya, Sergio. Marcial no puede pisar el despacho del juez de instrucción.

—Es complicado. La UCO está encima de la lavandería y el fiscal quiere colgarse una medalla. Tienen los registros de contabilidad.

—Me importa una mierda el fiscal. Habla con la gente que tenemos en la cárcel de Alhaurín. Que metan a Marcial en el módulo cuatro, el que controlan los nuestros. Hay que facilitar las cosas para que aparezca colgado antes de que firme nada.

—Eso va a levantar sospechas en la dirección del centro, sabes cómo se ponen las cosas cuando hay un muerto bajo custodia.

—Págales el doble. Habla con el jefe de turno del vis a vis o con el médico de guardia, pero haz que parezca un suicidio de manual. Depresión por el arresto, presión familiar, lo que te inventes. Que la policía cierre la carpeta sin rascar más de la cuenta.

—Me pongo con ello ahora mismo. Te aviso cuando esté el contacto cerrado.

—Bien, sobre los registros de contabilidad. Rompe la cadena de custodia para que sean invalidados.

—Perfecto.

Corto la comunicación. La pantalla vuelve al mapa de navegación. Mis padres deberían reconocer lo que estoy haciendo en este tema.

Cuando se enteren, y se van a enterar porque todo les acaba llegando, van a anotarlo en su cabeza. Tienen esa libreta invisible donde lleva la cuenta de quién va por delante en la sucesión. Necesito seguir ahí, por encima de mis hermanos.

Entro por el portón de la Finca cinco minutos después y aparco en el sótano. La casa está inusualmente silenciosa. Cruzo el vestíbulo sin cruzarme con nadie.

Subo al despacho de mi padre, sin uso porque él sigue convaleciente en el ala de los dormitorios. Cierro la puerta con llave.

Voy directo al archivador oculto tras el panel de madera, junto a la caja fuerte. Saco las carpetas de la lavandería del último año y los expedientes personales que Marcial guardaba en la oficina central.

Extiendo los papeles sobre la mesa de escritorio, encendiendo únicamente el flexo de lectura. Paso las hojas con rapidez, buscando cualquier anotación marginal, cualquier descuadre que huela a peligro.

Empiezo por el cuaderno de movimientos del último año. Una a una. Entradas, salidas, transferencias, justificantes. Marcial firmaba todo, así que su firma aparece cada dos páginas.

Voy despacio. Cualquier cosa que conecte ingresos de mi empresa de bebidas con la otra sociedad paralela, la que financia la vigilancia a María y de la que mi familia no sabe nada, es una bomba que me puede estallar.

Me entra un recuerdo de ella, uno más. El día que nos conocimos.

Darío conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios. El coche bajaba por la curva de salida del polígono y enfilaba la avenida que llevaba al puerto. Él hablaba de su hermana con la naturalidad de quien menciona a alguien que está siempre presente en su vida y, sin embargo, yo aún no la había conocido.

—Por cierto —dijo Darío, mirando el retrovisor para cambiarse de carril—, viene mi hermana. Te lo iba a comentar antes pero se me ha pasado. Le he dicho que se viniera al puerto. Vive conmigo, ya te lo conté.

—Vale. Me gustará conocerla.

Aparcamos en la zona del puerto, junto a las terrazas. El restaurante era el de siempre, el que Darío elegía cuando quería comer bien sin que le mareasen con la carta. Cruzamos la puerta y la vi enseguida, sentada sola en una mesa.

Llevaba el pelo recogido a un lado, una blusa azul claro. Leía la carta con interés, como si fuera un asunto serio. Levantó la cabeza al oírnos llegar. Miró a Darío primero, después a mí.

—Aidan —dijo Darío, ya plantado al lado de la mesa—, ésta es mi hermana, María. María, Aidan, te he hablado mil veces de él.

Nos dimos dos besos.

—Encantado.

—Igualmente.

Nos sentamos. El camarero se acercó con la libreta. Pedí lo de siempre, una caña, lubina a la sal, ensalada. Lo hice con la atención puesta en ella. María eligió un risotto y un agua con gas. Todavía me acuerdo.

Darío empezó a contarle a María algo de un primo suyo que se había metido a vender suplementos por internet. María le escuchaba con la barbilla apoyada en la mano. Le preguntaba detalles. Se reía cuando Darío imitaba al tío poniendo cara de iluminado. La risa era genial y se le marcaba un hoyuelo.

Me fijé en cómo escuchaba a su hermano, cómo le miraba cuando él se pasaba de listo, cómo dejaba la servilleta doblada al lado del plato después de usarla. En fin, todos esos detalles...

Llegaron los platos. Probamos. Esperé a un hueco en la charla y le pregunté por qué estudiaba Derecho. Le dio un sorbo al agua y aproveché para alucinar con lo hermosa que era.

—Lo que me preocupa es que la gente que no tiene dinero ni contactos no entiende lo que firma —respondió con una sonrisa—. Y la idea de que un abogado decente pueda ayudar me interesa mucho. Yo no me veo en un despacho grande llevándole divorcios a ricos. Me veo en uno pequeño llevando los asuntos de la gente sencilla.

Darío soltó su carcajada de siempre, esa que se le oía desde el otro lado del comedor.

—Es la más lista de la clase —dijo dándome un codazo.

—No lo dudo —dije.

Terminamos de almorzar y salimos al puerto. El sol pegaba fuerte en el agua y el aire olía a salitre. Darío le pasó el brazo por los hombros a María, con esa familiaridad de hermano grande, y ella se dejó, encajando el cuerpo bajo el brazo de él como quien lleva haciéndolo de niña.

—Un placer, Aidan —dijo ella, mirándome con dulzura.

—Igualmente.

Me quedé en la acera, con las manos en los bolsillos, viéndolos cómo se alejaban. Qué recuerdo, es como si hubiera ocurrido ayer. Maldita sea todo lo que ha pasado después.

Vuelvo al presente. Continúo con mi misión. Repaso los expedientes, contratos, comunicaciones internas. Busco correos donde Marcial haya hecho una pregunta de más, un mensaje fuera de lugar. Nada.

Cierro las carpetas. Me apoyo un momento con las dos manos sobre la mesa. Bien. Mi empresa de bebidas paralela no aparece por ningún lado en sus libros.

Devuelvo los registros al archivador. Antes de salir me acerco a la ventana. El jardín está iluminado por el sol. Pienso en María, en la luz encendida que dejé hace un rato, en la trampa esperando en su piso vacío, en Marcial sentado en un catre sin saber que morirá muy pronto. Son muchos frentes abiertos.

Salgo del despacho. Toca estar en casa y poner cara de que todo va bien. ¿Qué estará haciendo María ahora?

MARÍA

QUÉ RARO. Estoy en la cocina de Darío. La de Notting Hill, el barrio pijo de Londres. La luz del sol entra por la ventana y cae sobre el suelo.

Darío está sentado a la mesa con una taza entre las manos. Lleva la rebeca gris que se ponía siempre. Tiene el pelo más largo de como yo lo recuerdo, le tapa media oreja. Levanta la vista y me sonríe.

—¿Qué tal el despacho? —me pregunta.

—Bien, mucho lío con el divorcio de los Salazar.

—¿Treinta y cuatro años de matrimonio, no?

—Y ahora pelean por una casa de campo que pagó el padre de ella.

—Vaya tela. ¿La vista cuándo es?

—El jueves. Un momento, ¿cómo sabes que llevan ese tiempo casados?

—Yo lo sé todo, María —responde con una sonrisa enigmática—. Cuéntame algo divertido.

—Inés se encontró con el procurador nuevo en el juzgado el lunes. Él le tendió la mano y le dijo «encantado, señora» y ella, que iba con prisa, le contestó «encantada» y le dio dos besos por inercia. El pobre se quedó con la mano colgando.

Darío se ríe y yo también. Él mira por la ventana hacia el patio interior. Empiezo a sentir una incomodidad que no acabo de pillar. Como cuando entras en una habitación y sabes que han movido un mueble pero no sabes cuál. Algo falla en esta escena con Darío. Lo intento agarrar y se me va.

—¿Sigues tratando a Aidan? —me suelta sin darle importancia.

—Qué va. Hace tiempo que no lo veo.

—Es buen tío —me dice—. Fíate de él.

Voy a preguntarle por qué me dice eso ahora, qué sabe él que yo no sepa, pero la cocina empieza a perder luz.

Le quiero decir algo importante. Estiro la mano hacia él por encima de la mesa.

—Darío.

—Me tengo que ir, María.

Me incorporo de golpe en la cama. Hay una sombra que tardo dos segundos en reconocer como la silla. Tardo un instante en ubicarme del todo. La villa. El encierro. Aidan.

—Ha sido un sueño —susurro.

Noto la boca seca, así que me levanto para ir a la cocina. La casa está a oscuras menos una luz fuera que llega del porche.

Abajo, al pasar por delante del salón, veo que una de las cristaleras que dan al jardín está entreabierta. Me acerco para cerrarla y, al hacerlo, oigo unas voces.

—Pues nada, jefe, lo siento, pero esto se acaba —dice una voz que no me suena—. La cría llega en septiembre y mi mujer no va a aguantar sola muchas horas. Tengo que encontrar algo más tranquilo. De ocho a cuatro, y así dormir en casa.

—Yo en tu lugar haría lo mismo. Si necesitas que te ayude con algún contacto, dímelo.

Esta es la voz de Tom, la reconozco.

—Te lo agradezco —dice el primero, que debe de ser uno del equipo de seguridad.

—¿Niño o niña?

—Niña.

Hay una pausa pequeña.

—Mira —dice el primero—, os voy a echar de menos. Y este curro también. Joder, fíjate, dos años con vosotros.

—Es mucho tiempo, sí.

—Seis tíos permanentes, las rotaciones, los sueldos, el que tienes metido dentro del edificio. Esto cuesta una pasta.

—Una fortuna que pocos se pueden permitir.

—Esta mujer tiene que ser muy especial para el jefe.

Tom se queda callado. Hay silencio.

—Te acuerdas del bolso, ¿no? —dice el primero.

—Cómo me voy a olvidar.

—El tirón fue rápido. Yo iba quince metros por detrás, el otro chaval por la otra acera. Cuando el tío arrancó a correr, salimos los dos detrás. Lo pillamos en un solar. Le dimos lo nuestro y dejamos el bolso en la comisaría, toda la documentación estaba dentro.

—La ayudamos, eso también cuenta.

¿Se refieren a mí? Sí, ya me acuerdo. Me robaron el bolso al salir del despacho. Y a las dos horas me llamaron de la comisaría. Que un señor había entregado el bolso. Lo agradecí al universo durante semanas. Lo conté a mis amigas como un milagro.

De suerte, nada. Fueron ellos.

—Y luego está lo del exnovio —dice Tom.

—Madre mía, el exnovio.

Me sobresalto. Noto la tensión recorriendo mi cuerpo.

—Estuvo... ¿cuánto con él? ¿tres meses?

—Si no recuerdo mal, cuatro o cinco.

—Llamadas de madrugada, plantarse en el portal del despacho con flores, aparecer en el bar donde ella estaba con las amigas. Un acosador de manual.

—Aquella noche de noviembre... —dice Tom—. Cuando bajamos al garaje a hablar con él.

—Sí.

—Le dijimos que si volvíamos a verlo por allí no iba a haber otra conversación. Que dejase en paz a María. Salió de aquel garaje cagado vivo.

Se llamaba Rubén, ese nombre lo tenía borrado y vuelve ahora de golpe. Rubén, el de la academia de inglés. Tres meses saliendo,

dos semanas para darme cuenta de quién era, y cuatro meses largos intentando quitármelo de encima sin conseguirlo.

Las llamadas a las tres de la mañana. Encontrármelo apoyado en el coche cuando salía del despacho. Qué loco. Mis amigas pidiéndome que llamara a la policía y yo sin atreverme.

Un día, sin avisar, dejó de aparecer. Pude descansar por fin.

—Bueno, jefe, me voy a la zona de la piscina, que me toca relevar a Pedro.

—Vale, buena guardia.

Doy dos pasos hacia atrás y subo las escaleras de vuelta. Una fortuna gastada durante dos años. Seis hombres pagados cada mes para mirarme entrar y salir de casa, seguirme por la calle, meterse en mi edificio sin que yo me enterara, correr detrás de un tirón de bolso, bajar a un garaje a meterle miedo a un acosador.

¿Aidan ha estado dos años protegiéndome? ¿Es bueno o malo? No sé qué pensar.

Llevo desde ayer sostenida por la rabia. La rabia me llevó a decirle desde el otro lado de la puerta que ni hoy ni mañana hablaré con él. La rabia es lo único que tengo ahora.

Pero no me basta.

Me quedo así, sentada en el borde de la cama, con las dos manos apretadas, sin saber qué hacer con lo que sé. Mierda, se me olvidó el vaso de agua, tengo que volver a bajar.

AIDAN

EN EL SALÓN, al atardecer, estoy sentado junto a Tom en la mesa que está pegada a los ventanales.

—La libreta sigue en el cajón de la entrada —dice—. Nadie ha entrado al piso de momento. Mis hombres llevan tres turnos completos sin novedad.

—¿Qué hay sobre los coches?

—Uno en el aparcamiento público, otro en la esquina de la farmacia. Rotan cada seis horas. Si alguien sospechoso entra en el portal, lo sabremos.

—Bien —Cruzo los brazos—. Aguantad y esperad. Están al caer.

—Esperar es lo que mejor se nos da —dice mientras se guarda su móvil en la chaqueta—. Le aviso a la hora que sea.

Asiento y se marcha. Me quedo solo con la luz del crepúsculo inundando el salón. Todo en su sitio, por ahora. Marcial en Alhaurín a punto de morir, mis hombres vigilando, mi padre en casa. Por una vez puedo respirar pero ¿cuánto tiempo?

Oigos unos pasos en la escalera. Al girarme, veo a María. Viste con una rebeca amarilla y vaqueros. Qué guapa está. ¿A qué ha venido? Se supone que está cabreada conmigo.

Intercambiamos una mirada en silencio. La tensión se puede cortar con un cuchillo. Nos han pasado tantas cosas... Hay un

vínculo entre nosotros. ¿O solo lo siento yo?

—Hola —le digo sin saber si va a responderme.

Guarda silencio, pero se acerca lentamente con el ceño fruncido. Parece que está dispuesta a hablar.

—Quiero saber una cosa —dice—. Y quiero que seas sincero.

—Vale.

—Llevas vigilándome mucho tiempo. ¿Qué sabes de mí? Quiero detalles.

Aprieto la mandíbula. Hay respuestas que prefiero callarme, porque dichas en alto suenan peor de lo que son.

—Sé dónde trabajas. El despacho de la calle Ricardo Soriano, planta segunda. Sé que llevas asuntos civiles, contratos, herencias. Sé que tu compañera se llama Inés y que coméis juntas casi todos los días en el italiano de abajo.

María tiene los brazos cruzados.

—¿Y lo demás?

—Sé que hace unos meses un tipo empezó a esperarte en la puerta del despacho. Rubén. Una tarde te siguió hasta el coche. Te acosaba.

—¿Cómo sabes tú lo de Rubén?

—Porque mis hombres lo vieron. Y porque, al día siguiente, dos de ellos le explicaron que no volviera a acercarse. Desde ese día, ni rastro.

María niega con la cabeza.

—Te has metido en mi vida, Aidan. Me has espiado.

—Lo sé.

—¿Qué más? —exige.

—Sé lo del bolso —añado—. Mis hombres lo recuperaron y lo llevaron a la comisaría.

—No me jodas —Se lleva una mano a la frente—. ¿Hay algo de mi vida que no sepas?

—¿Por qué quieres saberlo? Ya te he dicho bastante. Lo hice por tu seguridad, no por gusto.

Es lo más cerca que voy a estar de decirle lo que siento. Mejor así. Tampoco ahora es el momento y a lo mejor no lo será nunca.

—Aidan, si sabías todo eso, ¿por qué no viniste a verme? Una visita. Un café. Preguntarme cómo estaba.

Tomo aire y lo suelto despacio. Si supiera la cantidad de veces que deseé hacerlo.

—Estaba ocupado con el trabajo —digo sin mirarla.

—Tan ocupado que controlabas a hombres para que durmieran en un coche delante de mi casa, pero no tan ocupado como para verme en persona.

—María...

—Esa respuesta no me vale, Aidan —Me interrumpe—. Eras el mejor amigo de mi hermano. Comías en mi casa. Y de repente Darío muere y tú desapareces, y resulta que seguías ahí todo el tiempo, escondido. ¿Por qué? No lo entiendo.

Me levanto de la mesa. Dejo que transcurran unos segundos para ordenar mi mente y no mezclar cosas. Esta conversación es importante.

—Cuando murió Darío, mandé investigar quién había sido. En esa investigación encontré una cosa que no esperaba sobre tu familia. Tu bisabuelo fue Mac Meanman.

—Ya lo hemos hablado. ¿Cuál es el problema ahora?

Le digo que nos sentemos y ella obedece. Sus bellos ojos me miran con una curiosidad creciente. Me esfuerzo en no fijarme en sus labios. He soñado tantas veces con besarlos...

—Hace cuarenta años mi padre trabajaba para él en Dublín —digo intentando concentrarme en la conversación—. Era su sicario. Mac ordenó que vigilara a los padres de mi madre. Mi padre y mi madre se conocieron y se enamoraron. Pero Mac ordenó una explosión que tenía que matar a mi madre y sus padres. Mi madre sobrevivió de milagro y vivió años escondida con un nombre falso, aquí, en Marbella, huyendo de él. Mi padre la encontró, retomaron la relación y acabaron tendiéndole una trampa a Mac, que acabó en la cárcel. Sobre esa historia se levantó todo lo que somos ahora los Gallagher.

María parpadea, incrédula.

—No tengo nada que ver con eso, Aidan —dice con un hilo de voz, afectada por la maldad de su abuelo.

—Lo sé, María —digo y quiero estirar la mano y tocarla, pero no lo hago—. Pero tu sangre y la mía llevan años enfrentadas, por eso no pude contactar contigo porque mi familia odia a tu bisabuelo y todos sus descendientes.

—Pero mi bisabuelo ya murió.

—Eso no importa.

—¿Darío sabía de este odio entre familias? A mí nunca me lo dijo.

—Lo dudo. Nuestra amistad fue por puro azar. Ninguno de los dos lo sabía. De ser así, nunca habiéramos sido amigos. Todo ha sido una jugada del destino.

María asiente, aún asimilando la revelación.

—Entonces tu familia... ¿sabe que existo?

—No saben que eres una Meanman. Solo saben que eres la hermana de un gran amigo que murió. ¿Entiendes ahora por qué quise distanciarme?

—Creo que sí.

Mi móvil vibra en la mesa. La pantalla se enciende con el nombre de Carla. Ella no llama por tonterías. Lo cojo.

—Aidan, han entrado en la oficina.

—¿Qué?

—Al entrar, he visto que todo está patas arriba.

Siento cómo el cuerpo se me tensa de arriba abajo. Alguien ha entrado en mi empresa secreta. Tengo que ver qué se han llevado.

—¿Tú estás bien, Carla?

—Sí, Aidan. Un poco nerviosa pero nada más.

—Voy para allá. No llames a la policía —digo y cuelgo—. Tengo que irme —le digo a María según me levanto—. Luego seguimos hablando.

—Vale.

Cruzo el salón, bajo al garaje y me subo al todoterreno. En cuanto salgo de la villa y me incorporo a la carretera, mi mente no está en el registro de la oficina. Sigue en María.

Ha venido a hablar conmigo. Debería alegrarme. Una mujer que reacciona, que pregunta, que no se hunde, es justo lo que necesito a mi lado para lo que viene.

Estoy plantado en medio de la oficina con los brazos en jarras. Los cajones del archivador fuera de su sitio, tirados de cualquier manera, uno con el asa partida. Carpetas abiertas con las hojas desparramadas por el suelo, papeles encima de la mesa, por el suelo.

Aquí alguien buscaba algo concreto y se ha tomado su tiempo en hacerlo. Lanzo un suspiro de frustración.

Carla está de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados. Niega con la cabeza ante el caos que hay delante de nosotros.

—Llevo aquí media hora sin tocar nada, esperándote —dice con inquietud—. Me daba cosa tocar algo.

—Has hecho bien.

—Vine como siempre, puntual, pero cuando me encontré la puerta entreabierta ya intuí que había pasado algo.

—Supongo que no había nadie.

—Revisé el baño, vacío. Entonces te llamé —Se pone una mano en el pecho—. ¿Vas a llamar a la policía?

—¿Tú qué crees?

—Que no. Vale.

La veo todavía un poco nerviosa. Le pongo una mano en el hombro. Ella sonríe.

—Vamos a ver qué se han llevado.

Empezamos por el archivador.

—Este cajón era de albaranes del año pasado —dice agachándose—. Están casi todos. Falta el de octubre, creo.

—¿Crees o lo sabes?

—Lo sé.

—Vale. ¿Qué más?

—La carpeta de proveedores está abierta pero está todo. Los contratos de alquiler, aquí. Mira, los han sacado, pero no se han llevado ninguno.

El cajón con dinero efectivo para alguna emergencia, intacto. Ni un billete han tocado. Eso me confirma lo que ya sospechaba: los

que han entrado aquí no venían a robar, sino a buscar algo.

—¿Y las facturas? —pregunto.

Carla se arrodilla delante del cajón y rebusca.

—Aidan... —Levanta la cabeza y me mira—. No están.

—¿Ninguna?

—Ninguna.

Aprieto la mandíbula. No me jodas. Las facturas. Nombres de empresas, importes, conceptos, fechas. Para alguien que sepa cómo nos movemos los narcotraficantes, puede tener una buena idea de mis rutas. Cojo aire y hago la única pregunta que de verdad importa.

—Carla, las cuentas estaban en la nube, ¿verdad?

—Sí.

La caja fuerte está en el baño, detrás del espejo. Marco la combinación, abro. El disco duro sigue dentro. Ahí dentro tengo las cuentas de los sobornos a funcionarios y policía. Además del pago a Tom y sus hombres.

—Al menos no se lo han llevado —digo aliviado.

Lo cojo y me lo guardo en el bolsillo del pantalón. Tendré que encontrar un lugar seguro para esto. También cojo un estuche de terciopelo y lo abro. Ahí están los anillos. Cierro el estuche y también me lo guardo.

Lo tengo claro: el registro lo han hecho ellos. Los que mataron a Darío. Los que llevan meses buscando la manera de llegar a María. Han dejado de vigilar el edificio y han venido a mi terreno. Pero ¿cómo han dado conmigo? Joder, son mucho más hábiles de lo que imaginaba.

Si han llegado hasta aquí, ya no les queda mucho para volver a acercarse a María. Se acabó esperar. Se acabó dejar que María tenga tiempo para hacerse a la idea y su derecho a decir que no. Todo eso era un lujo cuando había margen. Ya no lo hay.

Me caso con ella. Tengo que protegerla. Sin esperar a que lo entienda, sin darle la opción de pensárselo una semana. Lo hago y lo hago ya.

Saco el móvil y busco a Martín en los contactos. El notario de confianza de mis padres desde hace años.

—Aidan Gallagher —dice—. Cuánto tiempo. ¿A qué debo el honor?

—Hola, Martín. Necesito verte.

—¿Qué ocurre?

—Tienes que casarme con una mujer.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. Ven ya y vente preparado.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Martín. Ya te lo he dicho, es urgente.

—Aidan, me pones en un compromiso.

—Ya sabes que te recompensaré generosamente. Esta vez más que nunca porque es algo entre tú y yo. Te daré diez mil en efectivo.

Martín carraspea.

—Suená bien...

—¿Puede ser la firma en mi despacho? Tengo ahí todo...

—No. Voy a buscarte. Ha de ser donde yo te diga.

Cuelgo. Ahora solo queda aguantar la reacción de María cuando se entere de que va a casarse conmigo.

MARÍA

LA TELE LLEVA un rato encendida. Un programa de subastas de casas en la costa, una pareja que no se decide entre dos villas. Pero mi mente está en otra parte.

Aidan lleva años manteniendo un equipo de vigilancia permanente, y eso es una fortuna. ¿Por qué? Además, nuestras familias están enfrentadas, por eso nunca quiso que nos viéramos, pero ahora va y me secuestra.

¿Qué locura es esta?

¿Por qué Aidan se preocupa tanto por mí? La amistad que tuvo con Darío, vale, pero eso explicaría una llamada de vez en cuando, un «si necesitas algo, aquí estoy».

Siempre he pensado en Aidan como el mejor amigo de mi hermano. Pero ahora ya no sé quién es. ¿Siente algo por mí? ¿O hay algo que me oculta? ¿Qué es lo que quiere?

Oigo pasos. Me giro y es Aidan. Justo ahora que estoy pensando en él. Parece cosa de brujería.

—Tengo que hablar contigo —me dice.

Algo en cómo lo dice me pone alerta, pero más que nada me da curiosidad. Apago la tele.

—Te escucho.

Se sienta a mi lado y me mira con sus magnéticos ojos castaños. Su perfume me envuelve. Me vienen pensamientos que bloqueo al momento.

—Nos vamos a casar —dice con seriedad.

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendida aunque no tanto como la primera vez que me lo dijo.

—¿Otra vez con eso? —digo frustrada.

—Ahora nos vamos a casar te guste o no. El notario está esperando —dice con un gesto de la cabeza, indicando que está en la casa.

—¿Has traído a un notario? —digo y me pongo de pie, nerviosa.

—Es por tu seguridad. Con mi apellido, lo tendrán más difícil para llegar a ti. No hay tiempo, cada vez están más cerca. No voy a poder protegerte yo solo todo el tiempo.

Doy vueltas por el salón, negando con la cabeza.

—No lo entiendo, Aidan —digo mirándole.

—No tienes que entenderlo ahora, María. Lo entenderás más adelante... Quizás. O quizás no, pero al menos estarás viva. ¿O es que quieres acabar como tu hermano?

—Claro que no. ¿Qué pregunta es esa?

—He sido muy paciente hasta ahora. Ya no se trata de una propuesta, como la otra vez. Ahora *tienes* que hacerlo.

—¿No hay otras soluciones?

Aidan se inclina hacia delante y, al verle de perfil, me fijo en cómo su mandíbula se tensa. Se queda callado, como si fuera inútil responder a mi pregunta.

—¿Cómo va a cambiar mi vida?

Aidan vuelve a mirarme y abarca el salón con sus musculosos brazos.

—Créeme, será mejor de cómo está ahora —dice como quien dice una obviedad.

—Ya... —digo y me pongo las manos en la cara, intentando asimilar el caos que es ahora mi vida—. ¿Me lo puedo pensar?

—¿Qué es lo que tienes que pensar? ¿Si quieres seguir viva? ¡Te han puesto una puta pistola delante, María!

—¡Ya lo sé!

—¿Es que no eres consciente de lo afortunada que eres? ¡Si estás viva es gracias a mí! —exclama señalándose el pecho

—¿Quién te lo ha pedido?

En el momento en que le espeto esas palabras me arrepiento, pero ya es demasiado tarde. Están dichas. Aidan asiente con la cabeza, en silencio.

—Muy bien —dice con calma después de un instante—. A partir de ahora, estás sola. Tom te llevará a tu piso y podrás seguir con tu vida normal. Voy a retirar el equipo de vigilancia. Te deseo la mayor suerte del mundo.

Se levanta y se encamina hacia la puerta. Se va a marchar. De repente, el pánico me invade. ¿Sola? ¿Me voy a quedar sola? ¿Qué va a ser de mí?

—Aidan... —digo casi sin pensarlo.

Se detiene pero sin volver la espalda.

—¿Qué?

Doy unos pasos hacia él y me detengo, frotándome las manos.

—Está bien, acepto. Seré tu esposa.

Aidan no se mueve. No sé si me ha oído o está pensando en qué hacer ahora.

—Vale —dice al fin y se marcha del salón.

Sintiéndome sola y desesperada, me dejo caer en el sofá. Me están pasando tantas cosas, que ya no sé ni qué sentir. Rabia, miedo, indignación, alivio. Todo a la vez, sí. Y encima una especie de energía íntima que noto entre los dos. Esto lo hace aún más complicado.

Al cabo de unos minutos, Aidan vuelve al salón con otro hombre. Tiene una melena canosa, y viste traje y corbata. Lleva unas gafas redondas y un maletín en la mano. Será el notario, claro.

—María, te presento a Martín —dice Aidan—. Es el notario.

—Encantado —dice Martín y me tiende la mano.

Se la estrecho por cortesía, aunque no estoy de ánimo. Su mano es fría y me suelta enseguida. ¿Sabe todo el lío en el que estoy metida?

—Sentémonos —dice Aidan señalando la mesa.

Martín abre el maletín, saca una carpeta y la deja delante de mí. «Licencias matrimoniales» leo en la portada.

—Este es el contrato —dice Martín entregándome el documento.

Paso las páginas. Separación de bienes, una cláusula de confidencialidad larguísima, otra sobre la custodia de hijos que todavía no existen.

—Hay algo que quiero pedirte —digo.

—Te escucho —dice Aidan.

—Quiero ver a Inés. Tiene que estar en mi vida. Es la única amiga que tengo.

Aidan se lo piensa. Martín finge revisar sus papeles.

—La verás —dice Aidan al fin—, pero bajo mis condiciones.

—Otra cosa: esta cláusula sobre la custodia de los hijos.

—¿Qué pasa con ella?

—No tenemos hijos.

—Nunca se sabe.

—Deberías haberme consultado.

—Ya habrá tiempo para esos detalles.

—Ahora tengo tiempo de sobra.

—Te estoy salvando la vida, María —dice dando un golpe sobre la mesa.

—Sí, y te estoy agradecida pero no así —digo sin dejarme intimidar—. Todo esto lo has puesto porque tú quieres. Firmaré porque no tengo alternativa, pero no soy idiota.

Por primera vez, me aparta la mirada.

—Quita esa cláusula —le dice a Martín.

—De acuerdo —dice el notario, tachándola—. Firme aquí, aquí y en la última hoja.

Mientras firmo, entra Tom con aire resuelto.

—Llegas justo a tiempo para ser testigo —dice Aidan.

—Estoy preparado.

Tom muestra el pasaporte al notario y firma. Aidan también. Ya está. En menos de un minuto me he convertido en la esposa de Aidan Gallagher.

—Enhorabuena —dice Martín sonriendo—, ya son marido y mujer.

—Gracias, Martín —dice Aidan sonriendo.

Yo guardo silencio. Toda mi vida pensando que me casaría de blanco y por la iglesia, y me pasa esto... Todavía no me lo creo. Aidan recibe una llamada al móvil.

—Lleva a Martín a su casa —ordena Aidan a Tom antes de contestar.

—Sin problema —dice Tom.

Los tres salen del salón. Otra vez me quedo sola con mis pensamientos.

Pienso en mi bisabuelo, Mac Meanman. Si ahora estoy en esta situación, es por su culpa. Mis padres hablaban a menudo sobre él. De pequeña era casi un cuento, el viejo de Dublín, el que mandaba. Solo de mayor entendí lo que querían decir con eso de que «mandaba».

Dirigió una organización criminal. Mi madre lo describía como un hombre que calculaba cada movimiento, frío hasta con los suyos, capaz de sentar a un hombre a su mesa y decidir su final sin que se le moviera un músculo de la cara. La de enemigos que hubo dejado en su camino. Entre ellos los que ahora son mis suegros.

AIDAN

EN LA FINCA, aunque la puerta del despacho de mis padres está abierta, llamo con los nudillos. Mi madre levanta la vista de unos papeles. Mi padre está sentado en el sofá de cuero con una taza entre las manos.

—Tengo que contaros algo —anuncio.

—Eso nunca suena bien —responde mi madre, y deja los papeles a un lado.

—Adelante, hijo —dice mi padre.

Suelto aire para relajarme. Ni se imaginan la noticia que les vengo a contar.

—Me he casado.

Silencio. Mi padre se queda inmóvil. Mi madre se quita las gafas de lectura. Después intercambian una mirada de sorpresa. Bueno, ya está, lo he dicho. No hay vuelta atrás.

—¿Que te has qué? —dice ella.

—Casado. Ayer, ante notario.

—¿Ayer? —Mi padre se remueve en el sofá—. Aidan, ¿de qué estás hablando?

—Sé que es repentino, pero ya está hecho.

—¿Con quién? —pregunta mi madre.

—Con María, la hermana de Darío.

Mi madre y mi padre saben quién era Darío. Saben que lo mataron. Pero ignoran el vínculo con su viejo enemigo, Mac Meanman.

—No sabía que... —dice mi madre—. Aidan, ni siquiera sabíamos que tuvieras novia. ¿Desde cuándo estáis juntos?

—Es complicado de decir.

—Pues nos lo explicas, porque yo me he perdido —dice mi padre.

Me siento en el sofá y me tomo un instante para elegir qué cuento y qué no.

—Siempre ha habido algo entre nosotros. Yo siempre he estado enamorado de ella. Lo que pasa es que nunca fue el momento. Ella estaba en otro momento de su vida, yo estaba liado. Y hace poco nos reencontramos.

—Hace poco —dice mi madre—. ¿Cómo de poco?

—Unas semanas —Lo digo y aguanto su mirada—. Sé cómo suena, muy precipitado.

—No, no creo que sepas cómo suena —dice mi padre frunciendo el ceño—. Te casas con una mujer que apenas conocemos y lo haces sin decírselo a tus padres.

—Os lo estoy diciendo ahora.

—Sí, ahora, cuando ya te has casado.

—¿Con un notario? —pregunta mi madre.

—Queríamos algo sencillo.

—Y tan sencillo... —dice mi padre con ironía.

Mi madre se cruza de brazos y me lanza una mirada que me atraviesa.

—¿Dónde vais a vivir?

—De momento, en una villa que he alquilado cerca de aquí, a diez minutos. Pero es temporal. La idea es mudarnos a la Finca en cuanto se pueda.

—¿Y por qué no estáis en su piso?

—Es pequeño. Ella trabaja como abogada en un modesto despacho.

Mi madre se levanta. Se acerca y me acaricia la mejilla, como hacía cuando yo era crío.

—Aidan, hijo. Te voy a preguntar una cosa y quiero la verdad.

Me quedo en silencio esperando. Mi padre nos mira.

—¿Está embarazada?

—No.

—¿Seguro? —pregunta desconfiada.

—No está embarazada, mamá. Te lo juro.

Mi madre asiente y se apoya en el borde de la mesa. En su expresión, hay una cierta extrañeza.

—Entonces no lo entiendo —dice mi padre—. Si no hay un niño en camino, ¿a qué viene la prisa? ¿A qué viene el secreto? Una boda se prepara, se invita a la familia. Es una fiesta, una celebración.

—María es discreta y no deseaba una boda grande. Yo tampoco. Los dos estábamos de acuerdo —digo, y mi voz interior me grita que estoy mintiendo como un cabrón, pero no tengo muchas opciones. Amo a María por encima de todo.

—Podríais habernos avisado solo a nosotros dos —dice mi madre—. Eso no hubiera supuesto una gran boda. Vamos, estamos presentes y nos vamos.

Mi padre se rasca la barbilla, pensativo. ¿Estará pensando en su boda? Nos contaron que fue por la iglesia.

—Tienes razón y lo siento, pero ya está hecho. Somos ya marido y mujer.

Mi padre se frota la cara con las manos. Cuando vuelve a mirarme, ya no hay enfado, solo cansancio. Me sabe mal darle un pequeño disgusto en su delicado estado de salud, pero las circunstancias mandan. Nuestra vida no es como la de los demás. El peligro acecha detrás de cada esquina y eso nos obliga a pensar que cada día puede ser el último.

—Pues nada, bienvenida a la familia, supongo —Se queda un momento callado—. Tráela a cenar. Quiero conocer a mi nuera antes de tener que preguntarle al notario de qué color tiene el pelo.

—La traeré. Ya lo tenía planeado.

—Esta semana.

—¿Lo saben tus hermanos?

—Aún no se lo he dicho.

Mi madre me da un beso en la frente y sale del despacho. Mi padre se levanta, me da un abrazo y se marcha. Me quedo sentado

en el sofá con una sensación de alivio e inquietud.

Acabo de mentirles. No es que me sienta orgulloso, pero es lo que hay. ¿Qué puedo hacer? Tampoco es fácil para mí. ¿Cómo iba a saber que la mujer de la que llevo media vida enamorado resultaría ser una descendiente de su enemigo? No estaba planeado. Simplemente sucedió y, aunque he intentado olvidarla, no he podido durante todo este tiempo.

Si he mentido ha sido solo para proteger la vida de la mujer que amo.

Salgo del despacho de mis padres y voy al salón de la tele. Solo me queda una charla más y doy a la familia por enterada. Encuentro a mis hermanos Seamus y Colin sentados en los sillones, mientras que Lola y Nellie tienen botellines de agua en la mano. Viste con ropa deportiva, por lo que imagino que vienen de hacer deporte.

—Aidan, ¿en qué andas metido? —dice Seamus—. Últimamente se te ve poco el pelo.

—Tengo algo que deciros —digo plantado en medio del salón.

—Vaya, por fin el día se pone interesante.

—Me he casado.

—¿Que te has casado? —dice Nelly con una sonrisa enorme—. Aidan, eso es maravilloso. ¿Con quién?

—Con María.

—Espera —dice Colin—, ¿la hermana de tu mejor amigo?

Asiento con la cabeza.

—Pues me alegro muchísimo por ti —dice Nellie—. Ya iba siendo hora.

—Yo no la conozco —dice Lola—. A ver si no las presentas.

—Ya no queda ningún Gallagher por casarse —dice Colin.

Seamus no ha movido un músculo. Colin se ríe por lo bajo y deja el móvil sobre el sillón.

—A ver si lo he entendido —dice Seamus—. Ya te has casado.

—Ayer, ante notario. Algo sencillo. Los dos lo queríamos así.

Seamus se inclina hacia delante, sorprendido.

—Qué repentino todo, Aidan.

—Nos conocíamos desde hace mucho —digo haciendo un esfuerzo por mostrarme despreocupado—. Lo que pasa es que nunca fue el momento, hasta hace unas semanas que lo hablamos.

—Pensé que nunca te casarías —dice Colin.

—Pues te equivocaste. Ahora es mi turno. En cuanto podamos, nos venimos a la Finca.

—Qué rara me parece la boda, hermano —dice Seamus lleno de suspicacia.

—Lo que tú pienses es lo de menos. Ya soy un hombre casado y eso es lo que hay.

Me sostiene la mirada un segundo más de la cuenta, y después la aparta. No se lo traga del todo, lo sé.

—Va a venir a cenar esta semana. Así que os pido una cosa. Cuando llegue, la tratáis con normalidad. Nada de preguntas raras. Que entre en esta casa como lo que es: mi esposa.

Lola asiente. Nellie también. Mis hermanos tardan un poco más, pero acaban asintiendo a regañadientes.

—Enhorabuena, Aidan —dice Colin.

—Gracias —digo con una sonrisa.

Salgo del salón con el deber cumplido. La familia, informada. Ahora solo queda que jamás se enteren de que lleva la misma sangre que Mac Meanman.

MARÍA

ESTOY LEYENDO en la cama cuando oigo unos pasos por el pasillo. Imagino que será Aidan, mi *marido*. Aun no me lo puedo creer, pero será mejor que me haga a la idea.

Nuestro vínculo... ¿será para siempre? Casada con el mejor amigo de mi hermano. ¿Darío estaría contento? Dadas las circunstancias, supongo que sí.

¿Qué ocurrirá con el sexo? Tarde o temprano vendrá a reclamarme. Solo de pensarlo siento que mi cuerpo responde con un estremecimiento. Los nervios me atacan, pero al mismo tiempo... ¿Lo que siento es morbo?

Creo que todo será pasajero. En unos días, volveré a mi vida normal, el despacho, la soledad... En fin, todo eso. Pero aquí viene otra vez el estremecimiento. Aidan dentro de mí. Va a tener que ocurrir. ¿Estaré preparada?

Golpea suavemente la puerta con los nudillos.

—María, ¿puedo pasar?

No es Aidan, sino Tom.

—Pasa.

Viste un polo gris de manga larga y pantalones de algodón. Mantiene la distancia de siempre, ni un paso de más.

—Buenos días —dice—. Tengo instrucciones de Aidan. Voy a llevarla a un sitio seguro para que se reúna con su amiga.

La alegría se apodera de mí. Voy a ver a Inés. Después de días encerrada, voy a ver a la única persona del mundo que me queda.

—¿Hoy? —pregunto sonriendo.

—Sí. Pero antes de salir tiene que llamarla al móvil —Saca el dispositivo de su bolsillo y me lo entrega—. Le dice que confíe en mí, que un hombre va a ir a recogerla y la va a llevar a un sitio donde estará usted.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo?

—Eso es todo. Si no se fía de mí, no podré llevarla.

Tiene sentido lo que dice Tom. Conozco a Inés. Esa cabeza suya tan ordenada... No se va a meter en el coche de un desconocido porque sí.

—El número está guardado. La dejo sola.

—No hace falta —digo—. Quédate.

Me mira un segundo, como estudiando si lo digo en serio. Después se queda junto al marco de la puerta. Desbloqueo la pantalla y la llamo. Contesta al segundo tono.

—Inés, soy yo. María.

—¡María! Madre mía, ¿estás bien? Llevo días con el alma en vilo. No me coges el teléfono, no...

—Estoy bien —la interrumpo—. Escúchame un momento. Va a ir un hombre a recogerte al despacho y te va a llevar a un sitio donde voy a estar yo.

Sigue un silencio al otro lado. Me la imagino apoyada en la mesa frunciendo el ceño. A ver si logro convencerla.

—¿Un hombre? —dice al fin—. ¿Qué hombre, María? ¿Quién es?

—Es alguien de confianza. Se llama Tom.

—No conozco a ningún Tom.

—Ya lo sé, pero yo sí. Necesito que te fíes de él, que te subas a su coche y vengas. Es la única manera de que nos veamos.

—María, esto no es normal. Desapareces, no sé nada de ti en días, y ahora me dices que me meta en el coche de un señor que no he visto en mi vida.

—Por eso te llamo. Para que te fíes.

—¿Y si te están obligando a llamarme? ¿Cómo sé yo eso?

La pregunta me deja de piedra. Es muy buena. Se nota que es abogada...

—Inés, ¿te acuerdas del jersey verde? El que me regalaste hace dos navidades y te dije que me encantaba.

—¿Qué pasa con ese jersey?

—Que nunca me lo he puesto. Lo tengo metido en el fondo del armario. Lo odio.

Inés se ríe.

—Sabía yo que no te lo ponías por algo.

—Pues ya lo sabes seguro. Soy yo, Inés. Nadie me obliga a nada. Te lo pido yo. Necesito verte, amiga.

—¿Es peligroso?

—No, te lo prometo. Tom solo te lleva y te trae.

Suelta un suspiro cargado de nervios.

—Está bien, iré. Pero como esto sea raro, como yo vea algo que no me guste, me bajo de ese coche y monto un escándalo, que lo sepas.

—No esperaba menos.

—Te quiero, ¿eh?

—Y yo a ti. Tengo muchas ganas de verte.

Cuelgo y le tiendo el móvil a Tom. Carraspea, y eso me hace levantar la vista.

—Cuando esté con tu amiga, hablen de lo que sea, pero hay algo que es mejor que no le cuente. Que tenemos hombres pendientes de ella, por su seguridad. Si Inés se entera de que hay hombres en su calle, va a tener miedo. Y una persona asustada comete errores.

Me fastidia darle la razón, pero la tiene. Inés con miedo no dormiría y le pasaría algo serio.

—No le voy a decir nada de eso —digo—. Tranquilo.

—Bien. Paso a buscarla en media hora.

Me cambio de ropa dos veces. Qué tontería, como si fuera una cita. Es Inés, que me ha visto en pijama, despeinada, con gripe. ¡De todo! Pero quiero que me vea bien, no hecha polvo. Tenemos tanto de qué hablar...

Un rato después, ya estoy en el coche con Tom, que conduce en silencio. Sentada en la parte de atrás, salimos de la villa. Miro con curiosidad el exterior a través de la ventanilla. No hay casas cerca, solo monte cubierto de verde.

El trayecto se me hace eterno. Tom no abre la boca para nada y yo no tengo mi móvil para distraerme. Echo la cabeza hacia atrás e intento relajarme mientras sigo mirando por la ventanilla.

¿Cada vez que quiera ver a Inés va a ser así? ¿Con Tom y un coche detrás lleno de hombres armados? Bueno, ahora piensa en el reencuentro con tu querida amiga.

Después de tomar la autovía y salir de ella por un desvío entre Estepona y Manilva, subimos por una carretera. Torcemos a la derecha y pasamos por un control de seguridad. El coche se detiene en una especie de patio andaluz muy bonito.

—Este es el hotel —dice Tom según se gira hacia mí—. Su amiga la está esperando en la suite 122.

—¿Voy sola?

—La acompañaré.

Se baja y me abre la puerta. La fachada del hotel es de blanco calado, decorado con macetas llenas de geranios. Entramos en la recepción y los empleados nos saludan con sonrisas. Tom conoce el camino, le sigo cruzando el vestíbulo y subiendo a la planta primera por las escaleras.

Nos detenemos en la suite. Tom llama a la puerta y enseguida se abre. Inés sonríe al verme. Da un paso y nos damos un abrazo. Un par de lágrimas se me escapan por la emoción. Mientras tanto, con el rabillo del ojo veo a Tom retirarse.

—Pasa, anda —dice ella, tirándome del brazo.

La suite tiene vistas a un campo de golf y, más allá, la bella sierra malagueña. Nos sentamos en un sofá supercómodo cerca de la ventana que da a la terraza. Inés me coge de las manos y las estruja con cariño.

—Estoy preocupadísima, María. ¿Cómo estás?

—En *shock*, pero bien dentro de lo que cabe.

—Cuéntamelo todo —dice—. ¿Qué está pasando? Apareces en mi piso diciendo que te han querido matar, después desapareces y me

llamas diciendo que no llame a la policía. ¿Qué está pasando?

—No sé ni por dónde empezar —digo en medio de un suspiro.

—Me lo imagino.

Respiro hondo sin soltar sus manos.

—Inés, mi vida ha cambiado. No voy a poder volver a casa, ni al despacho, ni a nada de antes. Al menos por ahora. Hay gente que quiere hacerme daño, gente peligrosa. La única manera de estar a salvo es... —Trago saliva y lo suelto—. Me he casado, Inés.

Inés se queda con la boca abierta. Suelta mis manos, se echa hacia atrás, totalmente alucinada.

—¿Que te has casado? ¿Con quién, María?

—Con Aidan Gallagher, el mejor amigo de mi hermano.

—¿Te has casado con el mejor amigo de tu hermano? ¿Así, de un día para otro? No lo entiendo.

—Es un matrimonio para protegerme. Su familia es poderosa.

Inés resopla y sacude la cabeza. Normal, lo que le estoy contando marearía a cualquiera.

—Pero ¿por qué te buscan? ¿Qué es lo que quieren?

—Tiene que ver con mi bisabuelo. Tenía... negocios oscuros, y aun muerto dejó muchos enemigos. Es el único motivo que se me ocurre, porque ya sabes que yo solo soy una simple abogada.

—Es todo como de película... —dice con una mano en el pecho.

—Lo sé. Yo tampoco acabo de creérmelo.

Hablamos de los casos pendientes y de otros asuntos del despacho. Dan dos golpes a la puerta. La señal de que nuestra reunión tiene que terminar.

—Tengo que irme ya...

—Prométeme una cosa —dice Inés—. Que me vas a llamar aunque sea un minuto. Necesito oírte, saber que estás bien.

—Te lo prometo.

—Y otra cosa. Ese Aidan Gallagher —Inés entrecierra los ojos—. Como te haga daño, te juro que voy a buscarlo y a decirle cuatro cosas.

—Lo sé —Le aprieto la mano con cariño—. Sé que lo harías.

Nos damos un abrazo y la dejo en la suite.

MARÍA

Es de noche cuando oigo el ruido de un coche entrando en el garaje. ¿Será Aidan? Me apetece verle, bueno, hablar con alguien. Esta casa es aburrida y con Tom hablo lo mínimo.

Llevo un rato en el salón, con un libro sobre las rodillas que no he avanzado ni tres páginas. La casa está casi a oscuras. He dejado una lámpara de pie encendida en un rincón y, fuera, el agua de la piscina iluminada desde dentro contrasta con la oscuridad estrellada.

Unos minutos después, aparece Aidan, mi marido. Viste un traje que le queda como un guante, sin corbata y con el primer botón de la camisa abierto. Lleva una bolsa que deja sobre la mesa del comedor.

—He traído la cena —dice—. Sushi.

—Mi favorito.

—Lo sé.

Va sacando las cajitas y las abre una a una. Niguiris de salmón, otros de atún, un par de rollos, jengibre, una bolsita de salsa de soja.

—Huele de maravilla —digo ya con hambre—. Sushi es lo que pido yo cuando me quiero dar un capricho. Inés y yo lo encargábamos los viernes.

Aidan sonríe levemente.

—También lo sabías, ¿verdad?

—Afirmativo. Ven, siéntate.

—Vale —dejando el libro a un lado.

En la mesa, nos sentamos a los lados de una esquina. Empuja una cajita hacia mi lado de la mesa. Cojo los palillos, atrapo un nigui de salmón y me lo como entero. Uau, increíble. Llevo días comiendo guisos que me cocino y están muy buenos. Pero hay algo nostálgico en el sushi que me encanta. Es como sentirse ¿en casa? Anda, no pienses esas tonterías.

Comemos en silencio. Me divierte ver masticar las poderosas mandíbulas de Aidan. Dentro de esta ¿normalidad? me doy cuenta de algo. En estos cinco días que llevo aquí, es la primera vez que estoy con Aidan sin tener ganas de tirarle algo a la cabeza.

La rabia sigue ahí, en algún sitio, pero esta noche la aparto. No sé, no tiene lógica pero es lo que siento.

—Mañana es el almuerzo con mi familia —dice Aidan, que ya me había avisado de que sucedería.

—¿Con tus padres?

Aidan deja los palillos cruzados. Se toma su tiempo para responder.

—Mis hermanos, mis cuñadas y mis sobrinos, claro. Eso parece un hotel más que una casa.

—¿Qué saben de mí?

—Que eres la hermana de Darío. Que fue mi mejor amigo, que murió y que yo me ocupé de resolver algunos asuntos suyos.

—¿Eso es todo?

—No saben quién fue tu bisabuelo. Para ellos eres María, abogada, hermana de un amigo. Una mujer normal.

Me limpio las manos en la servilleta más despacio de lo que hace falta. Una tonta manera de calmar mis nervios.

—Aidan, ¿por qué hay que ir tan pronto?

Me coge de la mano.

—¿Qué ocurre? ¿Cuál es el verdadero problema?

—Dudo que pueda hacerlo. Como se entere tu familia de quién soy en realidad.

—No se enterarán, María. Confía en mí —dice con su habitual seguridad en sí mismo.

—Soy abogada. Eso lo hago con los ojos cerrados. Pero entrar en una casa llena de gente que me observa, sonreír, ser tu mujer delante de tus padres... No tengo ni idea de cómo se hace. Voy a parecer lo que soy, una mujer asustada.

—Vas a parecer otra cosa muy distinta.

—¿Cómo lo sabes?

—Te conozco. Eres de esas mujeres que sabe aparentar calma en medio de una tormenta.

—No es verdad.

—Sí lo es. Si pudieras verte como yo te veo... te darías cuenta de tu potencial.

—¿Qué quieres decir?

—Solo eso, que puedes hacerlo. Además, no estás sola. Yo te apoyaré en cada momento.

—Qué fácil lo haces parecer.

—Fácil no es. Posible, sí.

Me quedo con esa frase dándome vueltas en la cabeza. Cojo otra pieza de sushi, esta vez de atún, y mientras la mojo en la salsa le doy un giro a la conversación.

—Háblame de Darío.

—¿Qué quieres saber?

—Algo que yo no sepa. Lo conocí toda mi vida, pero hubo años suyos en los que no. Los de su trabajo. Tú estuviste en esos. Cuéntame algo de ese Darío, al que yo no vi.

Se recuesta. Tarda en arrancar.

—Hubo una emboscada. Eso fue antes de que tú y yo nos conociéramos siquiera. Murió uno de los hombres de Darío, un joven con mujer y dos hijos. Darío no estaba allí, pero el hombre trabajaba para él.

—¿Y qué hizo?

—Esa misma semana se presentó en casa de la viuda con un sobre lleno de dinero. Y al mes siguiente, otro. Y al otro, lo mismo. Lo hizo durante años, María. Cada puto mes. Era una norma suya. Si

uno de sus hombres caía, se encargaba de su familia. Lo vi hacerlo más de una vez. Nunca le oí presumir de ello. Así era tu hermano.

Siento que el corazón se me encoge por la emoción. Mi hermano podía ser un criminal, sí, pero también era un ser humano. Por suerte, yo conocí la mejor versión de él. La negativa prefiero ni imaginarla.

—Ahora tú cuéntame algo de él.

Tomo aire mientras dejo que la memoria viaje al pasado. Hay tantas cosas que recuerdo de Darío...

—Tenía once años, doce como mucho. A mí me estaba haciendo la vida imposible una niña del colegio. Yo no le dije nada a Darío, me daba vergüenza. Pero él se enteró, no sé cómo se enteran los hermanos mayores de esas cosas, pero el caso es que se enteró.

—¿Qué hizo?

—Se plantó una semana entera a la salida del colegio, apoyado en la verja, con los brazos cruzados, para que todo el patio lo viera esperándome. No hizo falta más. Aquella niña no me volvió a molestar.

Aidan sonríe.

—Eso también es muy él —dice.

—¿Sabes? Es la primera vez que hablo de él con alguien que lo quería. Con Inés hablo, pero ella lo conoció de refilón. Tú lo conociste mejor.

—Lo quise como a un hermano —sentencia Aidan.

Nos quedamos con el recuerdo de Darío flotando entre los dos. Para mi sorpresa, eso me reconforta. Con la muerte de mi hermano, la mochila invisible que todos llevamos a nuestras espaldas se hizo más pesada, aunque esta noche siento que la comparto y eso me gusta.

Aidan parte un trozo de jengibre.

—¿Cómo te fue con Inés?

—Le solté de golpe que me había casado. Se quedó con la boca abierta. Cuando le dije tu nombre creí que se caía de la silla.

—¿Le pareció mal?

—Le expliqué que era un matrimonio para protegerme, que tu familia es poderosa. Le hablé del peligro, le conté lo de mi bisabuelo,

que tuvo negocios oscuros y dejó enemigos. Lo entendió. Inés es lista, ata cabos rápido.

—¿Le contaste algo más?

—Me callé una cosa. Que tienes a tus hombres vigilándola.

—Hiciste bien.

—Si Inés se entera no vuelve a dormir tranquila en su vida. La conozco. Se le mete el miedo en el cuerpo y ya no se le va. Prefiero que esté protegida sin saberlo a que esté aterrada sabiéndolo.

Me levanto de la mesa, cojo mi plato y el suyo y los llevo a la cocina.

—Hay una cosa que tengo para ti y para mí —dice Aidan cuando regreso.

Mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, colgada sobre la silla, y saca un estuche. Lo deja sobre la mesa.

—Ábrelo —dice.

Lo hago y veo dos relucientes y hermosos anillos. Abro los ojos como platos, sorprendida.

—Son de oro puro —dice.

—Muy bonitos —digo sin poder dejar de mirarlos.

Coge el más pequeño y me lo desliza en el dedo corazón de la mano izquierda. Siento la suavidad de su piel y no puedo evitar estremecerme. Me fijo en el anillo en mi dedo. Tiene un diamante gigantesco que brilla como una estrella. Lo acaricio como para decirme a mí misma que es real, que estoy casada y que Aidan es mi marido.

—¿Se supone que ahora yo...? —pregunto mirándole.

—Si quieres...

Cojo el otro anillo, el más grande, y se lo deslizo en el dedo. Miro su mano de dedos largos y bonitos. Se queda callado, ensimismado. Tengo la sensación de que él también está sorprendido. Su sonrisa delata su felicidad contenida.

—¿Cuándo compraste los anillos? —le pregunto.

—¿Eh?

—Que cuándo compraste los anillos.

Aidan toma aire y desvía la mirada. De repente, su móvil suena sobre la mesa. Lo coge y contesta.

—Dime, Tom.

Se queda escuchando. Le miro intrigada.

—¿Está vivo? —pregunta con gesto concentrado—. No empecéis sin mí. Voy para allá ahora mismo.

Cuelga y se levanta.

—Tengo que irme.

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos a uno de los que van a por ti —dice alterado—. Ha picado el cebo que dejamos en tu piso. No te puedo contar ahora, María. Tengo que irme.

—Vale.

Sin esperar, me da un beso en la mejilla y sale disparado. La húmeda sensación de sus labios permanece ahí, en mi piel. Es la primera vez desde que nos reencontramos. Me doy cuenta de que, mientras lo pienso, acaricio el anillo.

AIDAN

HAY QUE JODERSE. El polígono de Estepona a estas horas de la noche es un lugar oscuro lleno de tenso silencio. Aparco el todoterreno frente al almacén. Son casi las cuatro de la madrugada. Abro la guantera y saco la pistola, que me la guardo en la presilla del pantalón.

Ahí dentro guardo las cajas de bebidas de mi negocio, el que financia la vigilancia de María, el que mi familia no conoce. Palés apilados hasta el techo, ginebra, ron, vino de importación. Vamos, una tapadera perfecta.

Me bajo del coche y entro. Al fondo, entre dos columnas de cajas, hay luz. Tom y tres de sus hombres rodean a un hombre. Ese tiene que ser el hijo de puta que se metió en el piso de mi mujer.

El tío está atado de muñecas y tobillos, amordazado con cinta, y le cae un hilo de sangre desde la ceja hasta la mejilla. Alto, delgado, treinta y tantos. Tiene los ojos abiertos y me sigue con la mirada según avanzo. Su mirada está llena de dureza.

—Buenas, jefe —dice Tom.

Asiento sin dejar de mirar al rehén.

—Apareció sobre las once de la noche —continúa Tom—. Iba solo. Lo dejamos entrar y lo redujimos enseguida.

—¿Iba armado?

—Una pistola y una navaja. Sin documentación, por supuesto. No ha dicho ni su nombre.

Me quito la chaqueta y se la doy a uno de los hombres. Me remango la camisa, vuelta y vuelta, despacio, sin quitarle ojo al tío. Hago una señal y le arrancan la cinta de la boca de un tirón.

—Vamos a hablar tú y yo —Le miro fijamente—. ¿Quién es el jefe de tu banda?

El rehén escupe. Le cruzo la cara con el dorso de la mano. La cabeza se le va a un lado. Me mira con odio.

—¿Quién os manda? ¿De dónde venís? —digo alterado.

Silencio.

Le meto un puñetazo en el estómago. El aire se le escapa de golpe y se dobla hacia delante todo lo que puede. Espero a que recupere el resuello.

—No tengo prisa —le digo—. Dame un nombre, solo uno y esto se acaba.

Levanta la cabeza lentamente. Sonríe con los dientes manchados de rojo.

—Que te follen —dice.

Le parto el labio con el siguiente puñetazo. Después otro en el pómulo y otro y otro. Siento cómo se me abren los nudillos y sangran. Estoy fuera de mí. Nadie se atreve a detenerme.

El cabrón gruñe de dolor, pero no suelta una palabra. Lo he visto otras veces. Hay quien canta a la primera bofetada y hay quien aguanta porque sabe que, cante o no, no sale de aquí vivo. Este lo sabe. Es un profesional.

Podemos estar aquí hasta mañana y no voy a sacarle nada por las buenas.

—Dame el cuchillo —le digo al hombre que tengo a la derecha.

Me tiende una navaja con el mango de madera. Desenfundo la hoja que brilla bajo la luz de la lámpara.

El rehén entiende lo que viene. Empieza a removerse en la silla, tira de las cuerdas pero dos de mis hombres le sujetan.

—Ponedle la mano sobre el reposabrazos —ordeno sin dejar de mirar al cabrón.

Me obedecen sin rechistar. Uno le coge por la muñeca.

—Última oportunidad —le digo—. Dime un nombre.

Aprieta la mandíbula y no dice nada. Allá él.

Le cojo el índice y lo sujeto. La tensión reina en el almacén. Podía hacerlo rápido, un corte y ya, pero le clavo la hoja lentamente en la falange. Que sufra el cabrón. Mientras no para de moverse, grita como un cerdo. La sangre empieza a brotar. La punta del dedo cae al suelo.

—Tom, coge el dedo —le ordeno.

Se agacha, saca un pañuelo y lo coge con asco, como si fuera caca de perro.

—Guárdalo. Hay que sacar la huella dactilar. Quiero su ficha policial. Soborna a quien tengas que sobornar, paga lo que haga falta, me da igual el precio. Quiero saber quién es este hijo de puta y para quién trabaja.

—Hecho, jefe —dice guardándose el dedo en el pantalón.

El rehén tiene la cabeza caída. Le tiembla todo el cuerpo. Ya no me sirve. Si lo suelto, vuelve con los suyos y les cuenta quién le pisa los talones.

Saco mi pistola y le quito el seguro. El tío levanta la cabeza un poco, lo justo para mirarme. Ya no hay chulería en su cara, solo miedo.

Le disparo en la frente y la cabeza cae hacia atrás. Guardo el arma. Me vuelvo hacia los hombres.

—Lo enterráis en el monte, lejos, bien hondo. Que se pudra.

—Sí, jefe —dice Tom.

Recojo mi chaqueta, me la echo al brazo y me limpio los nudillos con un pañuelo según camino hacia la puerta. Tom me sigue dos pasos por detrás.

—Te llamo en cuanto tenga la ficha —dice.

—A la hora que sea.

Salgo a la noche. El aire frío me da en la cara y me sienta bien. El polígono sigue en silencio. Llego hasta el todoterreno, abro, me siento al volante y dejo la chaqueta en el asiento de al lado con cuidado. No quiero que se arrugue.

—Mierda —digo al darme cuenta de que la sangre de ese cabrón ha salpicado mi camisa.

Pulso el botón de arranque, piso el pedal de aceleración y me alejo del almacén. En cuestión de días espero tener una pista sólida sobre quién quiere matar a mi esposa.

MARÍA

MEDIODÍA. El sol luce en lo alto de un cielo despejado de nubes. Aidan conduce con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla. Se mantiene tranquilo, como si fuéramos a comer a un restaurante y no a meterme en la boca del lobo.

—Repasemos otra vez —digo, porque necesito fijarlo bien en mi cabeza—. ¿Qué saben ellos?

—Eres la hermana de Darío. Mi mejor amigo. Murió y yo me ocupé de resolver unos asuntos suyos. Nos reencontramos hace unas semanas y nos hemos casado delante de un notario. Punto.

—¿Y si me preguntan por qué nos casamos tan rápido?

—Que fue cosa mía. Soy impulsivo.

Aprieto el bolso contra las piernas. Llevo todo el trayecto repasando lo que puedo decir y lo que no. Lo que no es siempre lo mismo, una palabra de siete letras que no pienso pronunciar en esa casa. Meanman.

—Hay algo que tienes que saber antes de entrar —dice Aidan sin apartar la vista de la carretera—. En mi familia hay un tema. La sucesión. Mis padres van a decidir quién dirige la familia cuando ellos lo dejen. Mis hermanos y yo aspiramos a ser el sucesor.

—Pensaba que esas cosas iban por orden. El mayor, el primero.

—Va por quien mi padre y mi madre decidan.

—Es importante que me lo hayas dicho, sí.

—Otra cosa —añade—. Mi padre tuvo un infarto hace unos días. Está convaleciente. Lo verás cansado, pero está bien. Es como un roble.

Sigue un breve silencio. Siento un hormigueo en el estómago. Voy a conocer a mis suegros, cuñados, etc. Cada día que pasa estoy más metida en algo que no controlo. Miro por la ventanilla y descanso la mirada en los bonitos prados verdes.

Miro de reojo a Aidan y me entran las ganas de seguir hablando.

—Aidan, sobre la historia de tus padres... Me dijiste lo de la vigilancia en Dublín, pero sigo sin entenderlo. ¿Cómo se enamora un sicario de la hija de la familia a la que tiene que vigilar?

—No te creas que es algo de lo que hablen en las cenas de Navidad, María. Como te dije, mi padre trabajaba para tu bisabuelo, que le ordenó vigilar la mansión de los padres de mi madre. Una noche mi madre, que era una adolescente rebelde, se escapó por la ventana para ir a un pub con unas amigas.

—Y él la siguió.

—Menos mal que lo hizo —Aidan endurece un poco el tono—. Unos tipos empezaron a acosarla en el local y mi padre intervino para sacarla de allí. Ahí empezó todo. Se empezaron a ver a escondidas.

—Pero tuvo que ser una locura —le interrumpo, girándome un poco en el asiento, intrigada por la historia—. Quiero decir, él trabajaba para mi bisabuelo. Si se enteraba de que estaba con ella...

—Pero no se enteró. Ese es el tema —me corrige Aidan, apretando un poco más el volante—. Tu bisabuelo no ordenó la explosión porque supiera lo de su romance. Lo hizo por negocios. Quería eliminar a mi abuelo. Voló la casa por los aires y mi padre dio a mi madre por muerta durante años.

—¿Pensó que estaba muerta todo ese tiempo?

—Vio su nombre en la lista de víctimas de la explosión. Lo que no sabía es que un policía leal a mi abuelo la ayudó. Mi madre huyó a Marbella y cambió de identidad.

—Dios mío... —murmuro, intentando imaginar el dolor de los dos, separados por una mentira—. ¿Y cómo se reencontraron?

—Alguien reconoció a mi madre en Marbella y le llevó la foto a Mac. Tu bisabuelo, pensando que mi padre era su perro fiel, lo mandó para averiguar si de verdad era ella. Básicamente, para terminar el trabajo si lo era.

—Pero al verla...

—Todo saltó por los aires —Aidan me mira un segundo, y hay un brillo de orgullo en sus ojos—. Tardaron en confiar el uno en el otro, pero mi madre tenía algo que lo cambiaba todo: pruebas de que Mac Meanman era un soplón de la policía. Se unieron, lo citaron en una cala apartada de la sierra exigiéndole dinero por su silencio, y le tendieron una trampa. Se lo sirvieron en bandeja a la Guardia Civil.

Vaya historia tan fascinante y romántica, pero hay algo que me disgusta.

—¿Mi bisabuelo fue un soplón?

—Sí —responde sin adornos.

—Genial —digo resignada.

El coche empieza a reducir la velocidad. Al fondo, ya se adivina la enorme verja que da acceso a la propiedad de los Gallagher. Aidan se gira por fin a mirarme de lleno.

—Toda mi familia, todo lo que somos hoy, se levantó sobre esos años de dolor y sobre esa venganza, María. Por eso me mantuve lejos de ti cuando murió Darío. Porque, para mis padres, el apellido de tu bisabuelo es el origen de todas sus cicatrices.

Las puertas de hierro de la Finca comienzan a abrirse frente a nosotros. Trago saliva. Aparcamos delante de una casa enorme y junto a coches carísimos. El servicio abre la puerta, entramos al espacioso vestíbulo y es aquí donde Aidan me agarra por la cintura. Nos miramos frente a frente.

—Lo vas a hacer genial —susurra.

—Eso espero —digo sintiendo sus manos apretando con suavidad.

—¡Aquí está! —exclama una mujer, que viene derecha hacia nosotros.

—Es mi madre —dice Aidan.

Ella me abraza antes de que pueda decir algo. Huele a un perfume suave, a algo de flores.

—Tenía unas ganas locas de conocerte. Este hijo mío es una tumba, no nos cuenta nada, así que imagínate la sorpresa cuando nos dijo que se había casado.

—Encantada —digo sonriendo.

—María. Qué nombre más bonito. Pasa, pasa, vamos al salón.

Me coge del brazo y tira de mí como si me conociera de toda la vida. Esperaba una suegra que me mirase de arriba abajo con desdén. Por un momento pienso que a lo mejor esto no va a ser tan terrible.

El salón es gigantesco y entra un chorro de luz del jardín. Al fondo, en un sillón, hay un hombre de cabello plateado. Debe de ser Brendan. Brid y Brendan, su historia de amor parece digna de una película de Hollywood.

—Brendan —dice Brid—, mira quién ha llegado.

El padre de Aidan levanta la cabeza. A pesar de los años, conserva su atractivo. Sus ojos me recorren entera.

—Así que tú eres María —dice, y me tiende una mano que aprieta lo justo—. Siéntate, anda.

Aidan se queda de pie, detrás de mí, con la mano apoyada en el respaldo.

—¿De dónde eres, María? —pregunta Brendan.

—De Marbella. Bueno, nací en Málaga, pero llevo aquí toda la vida. Mis padres tenían una gestoría.

—Una gestoría —repite, y asiente despacio, como si guardara el dato en un cajón—. Gente de orden, entonces.

—Supongo que sí.

—Siento lo de tu hermano —Lo dice y se queda callado.

Noto el primer pinchazo de tensión en el cuello.

—Papá, ya te conté en su día lo de Darío —interviene Aidan.

—Lo sé, lo sé... —dice Brendan, que no aparta los ojos de mí.

—Darío y yo nos tuvimos el uno al otro —digo midiendo cada palabra—. Nuestros padres murieron. No teníamos más familia. Él se fue buscando la vida y a mí me dio por estudiar.

—Derecho, me dijo Aidan.

—Sí, tengo mi despacho con una amiga.

—Qué bien. En los negocios las amistades son lo más valioso.

Este hombre escucha. Debe de asociar lo que oye con lo que ya sabe, lo ordena y lo deja madurar. Es el patriarca, claro. De momento.

Un rato después pasamos al comedor. Hay no sé cuantos críos correteando y una niña preciosa en su silla dando golpes con una cuchara.

Aidan me va presentando al resto de la familia. Seamus, el mayor, serio, y a su esposa Nellie. Tienen un niño de unos cuatro años que no para quieto. Colin, más joven, con una sonrisa astuta, al lado de una mujer morena llamada Lola que tiene a un crío en brazos y a la niña de la silla.

Al otro lado de la mesa, me presenta a Nicola, junto a un hombre en silla de ruedas que ríe con estruendo. Se llama Danil. Me siento entre Aidan y Nellie, que enseguida se gira hacia mí.

—Este terremoto es Troy. Saluda, corazón.

El niño me mira un segundo y vuelve a lo suyo.

—¿Y qué tal lo llevas? Lo digo por lo de meterse de golpe en esta casa. La primera vez que yo vine... No fue fácil.

—¿Por qué?

—Porque en esta familia son muchos —dice riéndose—. No, lo que pasa es que hay mucha rivalidad entre los hermanos, aunque en el fondo son solidarios. Cuando uno tiene un problema, los demás ayudan.

Le cojo cariño enseguida. Le pregunto por el niño, me cuenta no sé qué de la piscina, y yo me agarro a esa conversación de cosas normales como a un flotador.

A mi lado tengo a Lola. Una mujer guapísima, por cierto. Aidan me mira de refilón y noto que me pregunta cómo estoy. Asiento con la cabeza con una sonrisa.

—Te voy a contar una cosa —dice Lola—, y te la digo porque a mí me habría gustado que me la dijeran. Aquí, en esta casa, se sobrevive. Pareces fuerte, María. Lo que tengas que aguantar, lo aguantas, y un día te das cuenta de que ya estás dentro y puedes encontrar la felicidad.

—Nellie me ha dicho algo parecido.

—Entre las tres nos llevaremos muy bien. Adoro a Nellie —Se fija en la alianza—. Es muy bonito.

—Gracias, el tuyo también —le digo sonriendo.

La comida avanza entre un montón de conversaciones cruzadas. Me siento extraña pero de momento a gusto. De la noche a la mañana, tengo un montón de familia. Tendré que acostumbrarme.

Aidan me llena la copa y me dirige otra mirada fugaz aunque tierna.

—Oye, María —dice Seamus—. ¿Cómo murió tu hermano? ¿Era de alguna familia grande, de las de antes?

Noto la presión en el vientre. Tengo la sensación de que ahora tengo el apellido Meanman tatuado en mi frente. Carraspeo y me limpio la boca con la servilleta.

—Darío, mi hermano... —empiezo, y no sé cómo seguir.

Bajo la mesa, la mano de Aidan se posa en mi muslo. Una presión firme pero que alivia.

—Darío venía de gente sencilla, Seamus —dice Aidan, sin levantar la voz—. Por eso me caía bien. No arrastraba apellidos ni cuentas pendientes. Lo mataron unos que querían su negocio, y punto. No le des más vueltas, que estamos comiendo.

—Solo preguntaba.

—Y yo solo contesto —dice Aidan que muestra una sonrisa forzada.

—Dejad a su hermano en paz, que en gloria esté —dice Brid.

La conversación por suerte se desvía hacia otros temas. Aún tengo la mano de Aidan en mi pierna y siento su protección como una estupenda fuente de energía ilimitada.

AIDAN

MI PADRE dobla la servilleta junto al postre y me hace un gesto con la barbilla. Quiere salir. No hace falta que diga nada más, llevo viéndole hacer ese gesto toda la vida.

María está riéndose de algo que le cuenta Nellie. Está bien, aguantando el tipo. Si hay nervios, lo disimula bien. Esa es mi chica. Mi padre y yo salimos al jardín.

El sol cae sobre la Finca. Mi padre y yo caminamos hasta el limonero y allí nos quedamos, a la fresca sombra. Se acaricia la barbilla, pensativo. Intuyo que no va a gustarme lo que está a punto de decirme.

—Aidan, te veo despistado.

No me equivocaba, no.

—¿Por qué?

—El tema de Marcial lo gestionaron tus hermanos. Llegaste bien pero tarde.

—Llegué a tiempo de aprobar lo que habían decidido —digo intentando defender mi posición.

—Aprobar lo que ya está decidido lo hace cualquiera. Llegar antes lo hace el que manda. La diferencia la conoces de sobra.

Eso es lo peor, que tiene toda la razón del mundo. Ahora sigue un silencio en el que nos llega el murmullo de la familia en el

comedor.

—¿Qué más, papá?

—Los dos contenedores de la semana pasada. Tu hermano Seamus te llamó para aclarar una duda. No contestaste.

—Tuve el móvil sin batería un par de horas.

—Un par de horas que no te puedes permitir. Aidan, tú ya no eres el segundo. Estás al mando del día a día. La empresa tira de ti, los hombres tiran de ti, tus hermanos...

—Lo sé.

Mi padre coge una hoja del limonero y la rompe entre los dedos.

—Tu matrimonio es asunto tuyo. Tu madre y yo lo hemos hablado y respetamos que hayas tomado una decisión, aunque haya sido sin avisarnos. No es lo que esperábamos, pero está hecho.

Asiento con la cabeza, animándole a continuar. No me queda otra que aguantar el tirón de orejas.

—Pero escúchame bien lo que te voy a decir. Un matrimonio no descentra a un Gallagher. Me casé con tu madre y nos pusimos manos a la obra a construir nuestro imperio. Seamus se casó con Nellie y ahí está, discreto pero constante. Tu hermana, lo mismo.

—María no me descentra, papá.

—Pues que no se note. Estuviste acertado con el asunto de Marcial y los registros de contabilidad, pero no te duermas en los laureles.

—Entendido.

Mi padre me mira con un brillo de orgullo.

—Eso espero, Aidan.

Volvemos al comedor. Me acerco a María para comprobar cómo está. Le pongo las manos en los hombros. Ahora habla con Lola. María me dedica una bonita sonrisa y algo en esa sonrisa me trae un recuerdo agradable de años atrás. Otra vez esa sonrisa fresca y genuina, como aquella primera vez que la vi en el restaurante.

Me entran las ganas de decirle que nos vayamos a casa. Quiero estar con ella a solas. Quiero estar a solas con mi mujer. ¿Cómo suena eso? María es mi esposa. Si Darío lo supiera, seguro que estaría contento.

Pero cuando estoy a punto de decírselo al oído, alguien me toca el brazo. Al girarme, veo a Nicola. Me sonrío.

—¿Tienes un minuto?

—Claro —digo sin que parezca que me ha chafado el plan.

Salimos del comedor. Nos detenemos junto a la cristalera que da al jardín de los olivos.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Tu mujer.

—¿Qué ocurre con ella?

—No entiendo lo de la boda por sorpresa. Nos has dejado sorprendidísimos a todos.

—No tienes que entenderlo, tienes que aceptarlo.

—¿Qué es lo que no cuentas, Aidan?

—Querida hermana, métete en tus asuntos.

—Estos son mis asuntos. Metes a una extraña de la que no sabemos nada. Nellie y Lola, de ellas sabíamos algo, de sus familias. Pero de María solo sabemos que es la hermana de Darío, un amigo tuyo que solo Colin trató.

Le sostengo la mirada. No sé cómo lo hace, pero Nicola siempre ha tenido un buen olfato para oler sangre. Fue ella quien se cargó a Seamus enviando las pruebas contra Nellie. Su problema es que no sabe ser discreta, le puede la ambición.

—¿Quieres dejar de jugar a los espías, Nicola? María es mi mujer. Te guste o no. Y se queda en la familia.

—Sé que intentas ocultar algo.

—Esta conversación ha terminado.

—Te equivocas. Seguirá porque esto solo acaba de empezar, y yo de ti estaría más alerta de lo que estás ahora.

—Métete tus consejos donde te quepan.

—No digas que no te lo advertí.

Me alejo de ella con la sensación de que trama algo. Lo que me faltaba, más incendios que apagar. Bienvenido a mi propia vida.

Vuelvo al comedor. María sigue en su sitio, ahora con Nellie y mi madre, y se ríen de algo que cuenta mi cuñada.

Mi mujer está preciosa. Eso es lo más increíble, que la quiero por encima de todo lo razonable, por encima del dinero y de los peligros

que me acechan por todos lados.

Mi padre acaba de decirme que estoy despistado. Mi hermana acaba de confesarme que sospecha de María. Y yo lo único que pienso es que esta noche, cuando estemos los dos solos en la villa, la voy a poseer, hacerla mía. Nunca he deseado a una mujer tanto como a ella. Es algo... Hasta me cuesta respirar por el ansia que me entra.

La risa de Colin desde el salón me saca de mis pensamientos sobre María. Se me ocurre hablar con él, así que voy para allá. Le veo jugar con Troy y Luna. Qué rápido crecen, ya tienen cuatro y tres años nada menos.

—Colin —le digo mientras mis sobrinos están encima de él, pegándole cojinazos.

—¿Qué? —dice empujando a Luna para que caiga en el sofá.

—¿Qué está tramando Nicola?

Le veo dudar un instante y ese ha sido su error.

—No lo sé.

—No me vengas con gilipolleces —le susurro para que no me oigan los niños.

—De verdad, no lo sé.

Me avergüenza recurrir a lo que le pasó con Lola, pero no tengo otro remedio.

—¿Quién te ayudó a recuperar a tu mujer secuestrada, maldito cabrón desagradecido?

—Eso es un golpe bajo.

—Aquí en la familia no hay golpes bajos ni altos, solo golpes.

Colin deja a los sobrinos que sigan jugando solos y nos desplazamos un par de metros.

—No sé cómo pero tiene los correos en los que Seamus, tú y yo hablamos sobre la operación para derribarla.

Levanto los brazos y niego con la cabeza, jodido.

—Me cago en la puta, ¿cómo los conseguí?

Mi hermano se encoge de hombros.

—No te veo muy preocupado —le digo.

—Yo me retiro de la carrera por el trono de la familia. Quiero centrarme en la familia y en la parte del negocio que me

corresponde.

Le miro con desconfianza.

—Lo digo de verdad —dice.

Aspiro y suelto aire. No es que me sienta orgulloso de la jugarreta que le hicimos a nuestra hermana, pero ella se lo buscó. Fue la primera en traspasar la línea.

—¿Cómo te enteraste? —le pregunto a Colin.

—Me lo dijo Seamus.

—¿Y si le pregunto a Seamus dirá que tú se lo dijiste?

—No lo sé.

Mi hermano vuelve a la carga con sus sobrinos. Con las manos en la cintura, me quedo pensando en mi próximo movimiento.

No puedo usar a Liam porque es alguien muy cercano a la familia, pero sí puedo tirar de Tom para que consiga esos putos correos. Si no, adiós mi puesto de privilegio en la familia.

MARÍA

AL ATARDECER, regresamos a la Finca en el todoterreno de Aidan. El sol arde en el cielo creando un efecto muy bonito. Él conduce y de reojo veo su perfil, nariz, boca y barbilla. Todo es armonía, muy viril.

—Tu madre es encantadora —digo.

—Me alegro de que te lo parezca —dice dibujando una sonrisa.

—Pensaba que me iba a examinar de arriba abajo, pero va y me abraza nada más verme.

—Ella es la matriarca de la familia. Ser madre de cuatro hermanos tan revoltosos como nosotros no es fácil.

—Cuatro hijos... Es de admirar —digo pensando en todo el trabajo que eso supone.

Aidan asiente sin apartar la vista de la carretera. Queda poco para llegar a nuestra villa. Las dos casas están increíblemente cerca. Andando sería un estupendo paseo de media hora.

—¿Cuándo se sabrá quién es el sucesor? —le pregunto.

Suspira y se encoge de hombros.

—No se sabe.

Apoyo la cabeza en el asiento y paseo la mirada por las verdes colinas de la sierra.

—Nellie y Lola me han tratado de maravilla. Las dos se han acercado, me han dado conversación, me han hecho sentir como

una más. Lola me dijo una cosa que se me ha quedado dentro.

—¿Qué te dijo?

—Que en esa casa se sobrevive. Que parezco fuerte, que aguantaré lo que tenga que aguantar, y que un día me daré cuenta de que ya estoy dentro y de que puedo ser feliz.

—Lola sabe de lo que habla. Lo pasó fatal.

—Se le nota que ha peleado por su sitio. Con Nellie me pasó algo parecido, congeniamos a la primera.

—Ninguna lo tuvo fácil. Tú tampoco lo tienes.

Me quedo con esa frase. Luego me viene a la cabeza el peor momento de la comida y se me revuelve el estómago.

—Lo de Seamus... —empiezo, y me cuesta seguir—. Cuando me preguntó por Darío, por mi familia, me quedé en blanco. Iba a meter la pata y me bloqueé.

—No pasa nada.

—Me pusiste la mano debajo de la mesa y eso me tranquilizó.

—Quería que supieras que estaba ahí. Que no estabas sola.

—Te lo agradezco de verdad —digo, y me sale del alma—. Menos mal que ha sido un par de horas.

—Lo has bordado. Te lo digo en serio.

—Gracias.

Llegamos a la villa. Aidan mete el todoterreno en el garaje, aparca y, al bajar, vemos a Tom esperando. A su lado hay una mujer que no he visto en mi vida. Treinta y pocos años, rubia, cuerpazo, vaqueros y una cazadora de cuero. ¿Quién será?

—Aidan —dice ella, y da un paso adelante—. Siento presentarme así, de repente.

Aidan se va derecho hacia ella.

—¿Qué ha pasado, Carla?

—Me han seguido al salir del trabajo. Un coche pegado a mí desde la oficina hasta mi casa.

—¿Estás bien? —le pregunta cogiéndole suavemente de los brazos.

Ella no para de moverse, nerviosa.

—Asustada. En mi casa no me sentía segura, así que avisé a Tom. No te quería molestar.

—Podías haberme llamado, Carla.

—La he traído —dice Tom—. Mejor tenerla cerca y controlada hasta que sepamos qué es esto.

—Bien hecho. Toda precaución es poca.

Me sube un calor por el pecho antes de que pueda pensar nada. Qué raro. No me lo esperaba y estoy... incómoda, sí.

Esta chica habla a Aidan con una soltura que indica hace tiempo que se conocen.

Comparte con él algo a lo que yo no tengo entrada: ese trabajo. Él se vuelca en ella. Le pregunta, la calma, le ayuda.

Frena, María. ¿A ti qué más te da? Estás casada con él por un papel que firmaste para no acabar muerta, nada más. Allá él con quien quiera... ¿estar?

Pero el malestar sigue dentro de mí, terco como una mula. Por mucho que me repita que es una tontería, una parte de mí ya lo ha admitido claramente: me importa. Y me importa muchísimo más de lo que mi cabeza está dispuesta a aceptar. Eso me fastidia.

—Tom, llévala al cuarto de invitados —dice Aidan—. Que pase la noche ahí, con un hombre en la puerta. Mañana lo revisamos todo a fondo.

—Hecho.

—Carla, ve a descansar. Aquí estás protegida.

—Gracias, Aidan —dice y le da un abrazo—. Siento de verdad ocasionar problemas.

—Nada de disculpas. Has hecho lo correcto —dice y se dirige a mí—. María, ella es Carla, mi ayudante. Carla, ella es mi mujer.

Percibo en la mirada de ella una discreta sorpresa. Bien, parece que no sabía que Aidan estaba casado. Nos decimos «encantada» sin mucho énfasis. Después, Tom y la dichosa Carla se marchan. ¿Habrán tenido algo? Me da igual. ¿O no?

—¿Quién es? —pregunto.

—Ya te lo he dicho.

—Sé cómo se llama y que es tu ayudante, pero ¿qué hace para ti?

—Tengo un negocio propio, solo mío, aparte de lo de mi familia. Una empresa de importación de bebidas. Ella lleva toda la

administración, las facturas, los proveedores. Es mi persona de confianza.

—Nunca me lo habías contado.

—Hay muchas cosas más que todavía no sabes.

Subimos por las escaleras.

—¿Hace cuánto que trabaja para ti?

—Unos dos años. ¿A qué viene tanto interés?

—Solo simple curiosidad —digo con los brazos cruzados mientras seguimos subiendo por las estúpidas escaleras.

Aidan se para de repente y ladea la cabeza, con una media sonrisa que me molesta.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? Por favor —Suelto una risa que ni yo me trago—. No digas tonterías. En absoluto.

—Pues lo parece.

—Pues te equivocas.

Subo las escaleras por delante de él. ¿Celosa, yo? ¿De una desconocida a la que apenas he visto cinco minutos?

AIDAN

LA VEO SUBIR por las escaleras. Vaya, está cabreada como nunca la he visto. Quién iba a decirme que la presencia de Carla crearía en ella esa reacción tan fuerte.

Sabía que hay una conexión entre María y yo, que tarde o temprano se daría cuenta. Estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta, años incluso, pero ahora la señal es clara.

Tengo que reclamar lo que es mío.

Voy detrás de ella. Noto cómo mi pulso se va acelerando y mi mente ya no piensa. Mi cuerpo toma el control y siento una fuerza que me empuja a ella de manera directa. Ella entra en el dormitorio y cierra de un portazo. Qué carácter. Eso no estaba en los informes, aunque Darío me lo dijo alguna vez.

Giro el picaporte de la puerta pero no se abre. La muy cabrona ha echado el pestillo.

—María, abre —digo llamando con los nudillos—. Tenemos que hablar.

Sin contestación. Vuelvo a llamar.

—Me apetece estar sola, Aidan.

—¡Abre!

—¡No!

—Como quieras...

Incapaz de contenerme, doy unos pasos atrás, levanto una pierna y le doy una patada a la puerta justo en la cerradura. Se abre con un estruendo.

—¡Aidan!

Entro y la veo levantándose de la cama a toda prisa.

—Hazme la pregunta que estás deseando hacerme —la reto mientras me dirijo hacia ella.

—¿Qué pregunta? —dice pegándose contra la pared.

—Lo sabes perfectamente —digo acercándome con la respiración entrecortada.

—¡No, no lo sé! ¿Qué pregunta?

—Quieres saber si me he tirado a Carla.

—¡Estás loco! ¡No me importa! ¡Me da igual si te lías con todas las zorras que quieras!

—¡Mientes! ¡Sé que me deseas! ¡No lo puedes negar!

—¡Eso es lo que tú quisieras!

Intenta huir saltando sobre la cama, pero la agarro por la muñeca. Caemos sobre la cama. Yo encima, ella debajo. Nos miramos con rabia. Con la mano libre me suelta una bofetada. No lo esperaba. La mejilla me arde, estoy cabreado pero me encanta. Y cada vez más cachondo.

—¡Suéltame! —exclama.

La agarro de las muñecas y la sujeto sobre la cama. Se queda inmovilizada aunque intenta zafarse. ¿De dónde saca tanta fuerza? El aire se carga de electricidad. Mi pulso se dispara. Lo que se avecina va a cambiarlo todo. Dejo que caiga un silencio en el que solo se oyen nuestras respiraciones.

Lentamente voy aflojando sus muñecas. Su pecho sube y baja mientras ella está de perfil, evitando mirarme. El cabello le cae desordenado. Ahora libero sus muñecas completamente y espero a que ella haga algún movimiento. No lo hace. Mantiene sus brazos en la misma posición, como si aún la sujetara.

Nuestras respiraciones se van calmando. La tormenta parece que ha pasado. Entrelazo mis manos con la suyas y siento cómo el roce de su piel hace efecto como de bálsamo.

Mientras el silencio nos envuelve, suelto una mano, le recojo el mechón detrás de la oreja y ella cierra los ojos. Vuelvo a entrelazar mi mano con la suya.

—Mírame —le digo con voz firme.

Ella tarda unos segundos, pero finalmente mueve su cara hacia mí y entonces nuestras miradas se enganchan. Sus pupilas se contraen y soy capaz de ver su interior, o eso me lo parece a mí. Es como si fuera la primera vez que realmente nos miramos.

Me inclino sobre ella y pongo con suavidad mi frente sobre la suya. Cierro los ojos. Joder, parece que no ha pasado el tiempo, que esos dos años han sido solo dos días. Los vuelvo a abrir. Ella sigue estando ahí, no se ha movido. Ahora las narices se rozan y siento su respiración en mi boca. Ya me queda menos.

Le beso en los labios y siento una intensa liberación. He estado deseando esto tanto tiempo... Al momento, guardo el sabor en mi memoria porque soy consciente de que este es EL MOMENTO.

De reojo, veo sus ojos cerrados y yo los cierro también para disfrutar del húmedo roce de nuestras lenguas.

Cuando los vuelvo a abrir, sus ojos están ahí, esperándome. Sonríe. Sonríe.

—Todo debería haber sido más sencillo —le susurro—. Un reencuentro, una cita romántica... pero la vida tiene sus planes.

La beso con ansia, como si me fuera la vida en ello. Casi sin tiempo a tomar aire, la vuelvo a besar. Soy un adicto, mi droga es ella y llevo muchos años de abstinencia. Tenemos mucho tiempo que recuperar.

Me quedo mirándola, embelesado. Hay fuego en sus pupilas, sí, sin duda.

—No puedo creer que esto esté pasando, Aidan. Hace unos días trabajaba en mi despacho y ahora estoy casada contigo, el mejor amigo de mi hermano.

—Cuesta creerlo, sí. Es muy fuerte.

Nuestras lenguas vuelven a enredarse. Me encanta cómo sabe ella y sé que no hay otro sabor mejor en el mundo. Quiero más. Aspiro el aroma de su cuello y mi libido se dispara. La erección me

aprieta en los calzoncillos. Me impongo calma, quiero disfrutar de este momento sin prisa.

Sonrío. Ella también. Mi mano baja por su escote y entreveo el sujetador. La deseo tanto que voy a explotar aquí mismo. Mi mano sigue bajando tomando conciencia de su cuerpo, del erótico calor que transmite incluso a través de la blusa.

Uno a uno voy desabotonando con la mirada puesta en sus ojos. Ella se muerde los labios, sonrío, se mueve. No hacen falta palabras para describir la excitación que reina en el dormitorio.

Ve el sujetador y acaricio por debajo, cerca del vientre, al mismo tiempo que la vuelvo a besar. Nos abrazamos, y hay algo de desesperación en mí, quizá también en ella. Una especie de nosotros contra el mundo.

Desabrocho el sujetador y le bajo unas de las tiras. Con la palma de mi mano acaricio el pecho, al mismo tiempo que sostenemos la mirada del deseo.

Una gota se me escapa en el calzoncillo. Peleo conmigo mismo para aguantarme las ganas de penetrarla, de hacerla mía, porque sé que va merecer la pena. Será otro momento para enmarcar.

Mordisqueo el pezón erecto y ella deja escapar un profundo jadeo. Cómo me gusta verla así, rendida a mí.

Me quito la chaqueta y la camisa a toda prisa. Ella echa un vistazo a mi pecho muy bien musculado y no solo eso, sino que con su mano me palpa suavemente. Está completamente encendida, con ganas de orgasmos que yo le voy a dar con mucho gusto.

—Bájate el pantalón hasta las rodillas —le ordeno.

Ella obedece al momento. Está a punto de quitarse las bragas, pero la detengo de un manotazo.

—Espera...

Aun notando la erección con ganas de salir de su guarida, meto la mano bajo sus bragas. Siento el cosquilleo de su vello púbico, aunque mi respiración se vuelve a acelerar de verdad cuando veo la expresión de su cara. Sus carnosos labios, contraídos. Sus bellos ojos, sedientos de sexo.

Meto un dedo en su coño con la mayor suavidad y lo flexiono una y otra vez, a la vez que no dejo de mirarla. Gira la cabeza hacia un

lado y empieza a respirar con agitación. Le estoy dando placer y eso me pone muchísimo.

Con la palma de la mano, acaricio su coño en círculos lentos. Abre las piernas un poco más. Ahora gime. Qué ganas de correrme dentro de ella. Estoy deseando que llegue ese momento. Ansioso, le bajo las bragas y empiezo a comérselo. La lengua sube, baja, izquierda, derecha absorbiendo todo su intenso sabor. El sabor a ella que tanto he esperado a probar.

—Aidan... —susurra.

—Amor, me gusta mucho el sabor de tu coño.

Agarra mi pelo con una mano para que lo siga comiendo hasta que ella quiera. Con la otra mano, está estrujando el edredón. Suelta un jadeo tan grande que imagino que lo han oído hasta los de seguridad.

—No puedo más —le digo ansioso—. Tengo que follarte ya o me muero.

Fuera la camisa. Bajo calzoncillos. Bajo pantalones. Subo la libido. Listo para convertirme en una máquina de follar. Cojo mi polla y se la voy metiendo en su espectacular coño sin apartar la vista de ella.

Quiero ver su reacción cuando la sienta entera. Me pone tanto eso... Abre la boca, sorprendida por su enorme tamaño y suelta un gemido lleno de placer. Gira la cabeza de un lado a otro, jadeando, suspirando, agonizando.

Sí, mi polla es enorme. ¿Te lo esperabas?

Cómo goza sentirse atravesada. Muevo la cadera lentamente para frotarle el clítoris. Ella sigue con los ojos cerrados, mordisqueándose el labio. Está fuera de sí, arrasada por la lujuria. Quiere más.

Empiezo a embestirla, sintiendo cómo el coño se apodera de mi polla. Cada empuje es más fuerte, más profundo, más desgarrador. La cama cruje con el peso de nuestros cuerpos en movimiento.

—Más rápido... —dice simplemente.

Imprimo más velocidad a mis caderas. Sus gemidos son cada vez más altos y largos. Noto el calor invadiendo mi cuerpo. Estoy cerca de correrme pero sigo manteniendo el ritmo, fuerte e implacable.

María me clava las uñas en la espalda y grita de placer. Se ha corrido. Sigo follándomela hasta que yo también me corro con un gruñido. Me dejo caer sobre ella, rendido. Todo mi cuerpo es una respiración ansiosa. Aquí estoy, fundido con mi esposa y sin ganas de irme a ninguna parte. Solo quiero estar junto a ella.

—Solo quiero que sepas una cosa...

Ella me mira, intrigada.

—Mataré a cualquier hombre que te toque.

MARÍA

EN LA CAMA, Aidan y yo seguimos abrazados, desnudos, aun con sudor en la piel. El silencio nos rodea y el dormitorio huele a sexo. La luz del atardecer entra por la ventana. La tormenta del sexo queda atrás. Ahora siento calma en mi interior, pero es una calma tensa. Pronto llegará la noche y con ella la oscuridad. Luz y oscuridad. En este momento mi vida es así, con luces y sombras.

Es inútil que me lo niegue a mí misma. Me siento atraída por Aidan. O debería decir, me siento atraída por mi marido. De tan obvio que suena, resulta extraño pensarlo.

Aidan tiene el físico que jamás pensé que podría atraerme. Su cara podría aparecer en las revistas de moda. Es tan atractivo que duele mirarlo. La nariz elegante, los ojos penetrantes, una boca de dientes perfectos y una barbilla robusta. Y qué decir sobre su cuerpo. Fuerte, musculoso, alucinante.

Mi marido es de esos hombres que te clavan a la pared y te hacen temblar. Nunca pensé que serían mi tipo y, sin embargo, estoy aquí, junto a él después de haber tenido el mejor polvo de mi vida. Si todo es tan genial, ¿por qué me siento confundida?

Me siento sobre el borde de la cama. ¿Dónde está mi ropa? Por ahí tirada.

—¿Estás bien? —pregunta Aidan.

—Sí —digo aunque suena poco convincente.

—Sé cómo te sientes —dice besando mis hombros.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —le digo girándome hacia él.

—Confusa.

Parece que me conoce bien.

—Pues sí, así me siento.

—Sé que esta situación no es normal, pero lo que ha pasado en esta cama ha sido puro fuego.

—Fue un momento de debilidad.

—Te mientes a ti misma, María.

Puede ser, pero no quiero reconocerlo. Me pongo de pie.

—Voy a la cocina —digo por decir algo.

—Lo que ha ocurrido cambia todo entre nosotros.

—Eso es lo que tú crees. Solo ha sido sexo.

—Para mí no.

Siento un latido del corazón más fuerte que otros. No me esperaba que fuese tan claro. Camino desnuda hacia el baño.

—Pensé que ibas a la cocina.

—He cambiado de opinión. ¿No puedo?

—Claro que sí —dice sonriendo de esa manera tan atractiva.

En el baño, abro el grifo de la ducha, espero a que el agua esté templada y me meto. Mi mente bulle de pensamientos pero poco a poco los consigo apartar. Solo quiero sentir el roce del agua sobre mi piel.

¿Para Aidan no ha sido solo sexo? ¿Está enamorado de mí? Todo lo que está haciendo es por mí. Para protegerme. ¿Por qué yo?

Unos minutos después, cierro el grifo y salgo de la ducha. Me envuelvo en una toalla y me planto delante del espejo empañado. Con la palma limpio el cristal y aparece mi cara, el pelo húmedo, los ojos que ya han visto tanto...

Salgo y veo que Aidan no está. Me pongo unos leggings y camisa de manga larga. Por encima, una rebeca. Salgo del dormitorio con la idea de ir a la cocina. Me apetece picar algo. Creo que el sexo ha hecho que tenga hambre.

Antes de llegar, oigo unas voces. Algo me hace detenerme en mitad de las escaleras. Son Aidan y esa dichosa Carla.

—Tienes que salir del país cuanto antes —dice Aidan.

—¿Irme? ¿Así, de un día para otro?

—Te han seguido y eso significa que estás en peligro.

Ahora me doy cuenta de cuánto arrastra a los demás que esas personas quieran matarme. Carla es un daño colateral, como dicen en las pelis.

—¿Y a dónde se supone que voy a ir? —pregunta Carla con angustia.

—Donde quieras, pero lejos. Yo me encargo de todo, el vuelo, un piso, los gastos del tiempo que haga falta. Coges una maleta y te olvidas de esto una buena temporada.

—No sé qué hacer, Aidan.

—Si quieres evitarte problemas, vete. Es lo mejor para ti. Recuerda que no es para siempre.

Hay una pausa. Me imagino a Carla dándole vueltas a la propuesta. Igual que yo en su lugar.

—Vente conmigo —suelta ella de pronto.

Ahí está. Lo sabía. Lagarta.

—Empecemos en otro sitio, tú y yo —sigue con la misma súplica—. Lejos de todos estos problemas. Creas otra empresa de bebidas y yo te ayudo. Seré tu mano derecha. Como siempre.

Todo mi cuerpo está en tensión esperando la respuesta de Aidan. Una parte de mí da por hecho que dirá que sí, que se largará con ella y me dejará tirada.

—No puedo, Carla —dice Aidan.

—¿Por qué no?

—Soy un hombre casado.

Suspiro aliviada. Ha defendido lo nuestro.

—Llevo dos años con tus horarios imposibles, tus secretos, tus desapariciones de tres días sin avisar. Aparece ella y de golpe todo cambia.

—Te tengo cariño, Carla. Eres la persona en la que más confío, pero no puedo darte lo que pides —Silencio—. Hasta que cojas el avión no te separes de Tom.

—Solo dime una cosa.

—¿El qué?

Quiero bajar y plantarme entre los dos, pero me quedo agarrada a la barandilla.

—Las alianzas que tenías guardadas en la caja fuerte de la oficina. Las vi una vez hace dos años. Nunca me dijiste para quién eran. Eran para ella, ¿verdad?

—Sí.

La revelación me deja tocada. Miro el anillo en mi dedo y hago las cuentas. Aidan compró estos anillos mucho antes. ¿Ha dicho dos años? Cuando murió Darío.

Todo este tiempo, mientras yo lo recordaba como el amigo de mi hermano que desapareció, él guardaba bajo llave los anillos de nuestra boda.

Me tapo la boca con la mano. Por primera vez desde que pisé esta casa, lo que me sube por el pecho no es rabia ni miedo, sino una emoción muy cálida.

AIDAN

BAJO AL JARDÍN con la camisa a medio abrochar y el cuerpo ansioso por volver a María. Se ha quedado en la cama, y me ha costado un mundo irme de allí. Cada minuto lejos de ella se me hace eterno.

Tom me espera sentado en el porche listo para nuestra reunión. Hay que tratar muchos temas. El cielo se tiñe de atardecer a la vez que una bandada de pájaros vuela hacia el oeste.

—Rápido, Tom. Tengo prisa.

—Carla ya tiene el billete. Sale el jueves hacia Zurich vía Madrid. Buena elección. Estará segura.

—¿El piso?

—Alquilado a nombre de una sociedad. Portero, garaje, tres habitaciones. Allí no la encontrará nadie.

—Que no pise España hasta que yo lo diga.

—Se lo he dejado claro.

Carla es un objetivo fácil para los que quieren matar a María. Podrían sonsacarle información o usarle en mi contra. Además, por qué no decirlo, así fuera de la casa no será obstáculo para María y yo. Carla y yo tuvimos algo, por eso será mejor tenerla alejada por un tiempo. Lástima, porque era muy eficiente.

—¿Sabemos ya algo de la identidad de ese tipejo? —pregunto cambiando de tema.

Tom consulta su móvil. Veo a uno de los hombres hacer su ronda.

—Irlandés, de Dublín. Pete Walsh. Trabajaba para los Doyle.

El nombre me cae como una patada en los cojones. Cillian Doyle. Mafia irlandesa. Un tipo duro de pelar. Solo lo conozco de oídas.

—¿Y qué cojones quiere de los descendientes de Meanman?

—Sea lo que sea, debió de ocurrir hace décadas. Llevará tiempo y dinero averiguarlo.

—El dinero no importa. Ya lo sabes, Tom. Quiero esa información.

Por fin tengo el nombre y el apellido de ese hijo de puta que mandó matar a Darío. Hasta entonces era como un fantasma. Noto mi cuerpo rígido al pensar que ese cabrón quiere ver a mi esposa muerta. Si lo tuviera delante no viviría para contarlo.

Pero estuvo tan cerca de lograrlo... Si no llego a tener a mi equipo atento, ahora estaría muerta y mi vida ya no tendría sentido. Incluso ahora siento una rabia que tengo que controlar delante de Tom.

—Otro tema. Nicola —digo serio—. Mi hermana guarda unos correos donde se habla del sabotaje de su cargamento, hace años. Mientras los tenga, tengo una bomba a punto de estallar en cualquier momento. Si se enteran mis padres, estoy acabado.

—¿Dónde los tiene?

—No lo sé. Investígalo. Usa un troyano para colarte en su móvil. Mi hermana no se lleva bien con la tecnología. No creo que sepa ni lo que es una copia de seguridad.

Tom anota cosas en el móvil. Este hombre es mi mano derecha. Sin él estaría perdido. Tendré que darle un bonus. Joder, qué poco sé de él y eso que lleva tiempo conmigo.

—Lo último. María quiere ver a su amiga Inés. Igual que la otra vez. Terreno neutral y controlado por nosotros. Un sitio cerrado, una hora, mis hombres en las salidas. María entra, ve a su amiga y vuelve a casa.

Tom se queda pensando un instante.

—Una precaución, jefe. El móvil de Inés. Si los Doyle la usan para llegar a María, lo sabremos. Propongo intervenirlo.

—Hazlo.

—¿Algo más, jefe?

—Sí, nunca te lo he preguntado pero ¿tienes hijos? ¿estás casado?

—Separado, con una hija de 20 años.

—¿Vive con la madre?

—Estudia en una universidad de Madrid. Comparte piso.

—Estarás orgulloso de ella.

—Desde luego que sí.

Asiento con la cabeza y doy por terminada la reunión. Recuerdo que lo contraté después de entrevistar a cinco candidatos. Tom fue el único que no me preguntó de primeras cuál sería su salario.

Tom se aleja. Presencio el relevo de mis hombres de seguridad privada. ¿Durante cuánto tiempo más tengo que vivir con este despliegue de fuerzas? No por mucho más. A la larga, María se puede cansar de tanta vigilancia constante.

Subo al dormitorio. Necesito follármela otra vez.

Al llegar oigo la ducha. La puerta está entornada y el vapor sale. A través del cristal, veo la erótica silueta de mi mujer. Tiene la cabeza inclinada hacia atrás.

Me deshago de la ropa con torpeza, tirando la camisa y los pantalones al suelo. Quedo desnudo y me meto con ella.

María se gira sobresaltada, pero el miedo en sus ojos desaparece en cuanto me ve. El agua resbala por su prodigioso cuerpo. Está hermosa. Tan jodidamente bella que parece un sueño.

—María... —digo casi sin aliento.

Me coloco bajo el chorro con ella, dejando que el agua nos empape a los dos. Hay un brillo nuevo en su mirada o quizá es cosa mía.

El roce de nuestra piel es una descarga eléctrica. La beso devorando sus labios, saboreando el agua y su propio sabor. María suelta un gemido ahogado y me rodea el cuello con los brazos, pegándose a mí como si le fuera la vida en ello.

Resbalo mis manos por su espalda hasta agarrar sus muslos. Ella lo entiende al instante. Abre las piernas y se engancha a mi cintura, apoyando la espalda contra los azulejos húmedos.

—Mírame, María —le ordeno con la voz rota, jadeando.

Ella abre los ojos encendidos por el deseo. Se la meto y me hundo en ella. El gemido que se le escapa resuena en las paredes del baño.

El ritmo de las embestidas que sigue es frenético. Siento la fuerza de sus piernas apretándome las caderas, mientras clava las uñas en mi espalda. Nos buscamos los labios, los hombros, el cuello, en una locura de mordiscos y suspiros.

Noto cómo los músculos de María se tensan a mi alrededor, cómo su respiración se vuelve espasmódica.

—Aidan, ya... no puedo más —gime, escondiendo la cara en mi cuello.

Aumento la intensidad, llevándola conmigo al orgasmo. María tiembla entera, destrozada por un orgasmo que la hace temblar en mis brazos. Me corro también rugiendo su nombre mientras el agua sigue cayendo sobre nosotros.

Cuanto más grande se hace el peligro ahí fuera, más falta me hace tenerla pegada a mi cuerpo, sentir que respira, que está viva, que es mía. Que arda el mundo entero si es necesario, me da igual, pero a María nadie va a tocarla.

MARÍA

LLEVO en esta suite de hotel casi una hora. El café se ha quedado frío, pero me da igual. Lo que me importa es saber cuándo vendrá Inés. Hace ya una semana que no veo a mi querida amiga. Qué rápido pasa el tiempo.

Sobre la mesa hay dos desayunos continentales, pero no tengo hambre y ella ya veremos. La suite es bonita y la terraza da a un campo de golf. Pero hemos dado tantas vueltas en el coche para llegar aquí que no sé dónde estoy.

La puerta se abre. Tom entra primero y después Inés con un gesto de tensión en la cara.

—Una hora —dice Tom mirándome—. Ni un minuto más. Estoy fuera.

Asiento. Cierra la puerta y nos quedamos solas.

Inés deja caer el bolso sobre el sofá de cuero. Nos abrazamos fuerte durante unos segundos. Qué bueno sentir su energía reforzándose.

—¿Qué tal? —Se separa para verme de arriba abajo.

—Bien dentro de lo que cabe.

Ella se quita la rebeca, la dobla sobre el respaldo del sofá y se sienta.

—¿Qué has estado haciendo?

Tomo aire. Hay tanto que contar...

—El domingo comí con su familia —empiezo—. Una finca que parece un parador, olivos por todas partes y una mesa para veinte. Para mi sorpresa, me trataron bien. La madre me abrazó como si me conociera de toda la vida.

—Qué agradable.

—Con el padre fue diferente, más serio.

—Normal. No te conoce...

Inés hace un mohín de disgusto. Conocer a la familia política, no importa en qué circunstancia, siempre es un poco incómodo.

—Y yo ahí, sonriendo. Contamos que Aidan y yo nos conocíamos de siempre. Él tenía la mano en mi pierna por debajo de la mesa.

Hago una pausa. Lo que viene me cuesta más, así que bajo la voz aunque no haya nadie cerca.

—El otro día pillé hablando a Aidan y a una tal Carla. Ella le preguntaba por unos anillos que había visto en su caja fuerte hacía tiempo. Le preguntó si eran para mí.

—¿Y lo son?

Levanto la mano y le muestro la alianza que ya vio en nuestro primer encuentro.

—Las compró hace años, Inés. La suya y la mía. Las tenía guardadas en una caja fuerte esperando el momento.

—Suenan a que lo tenía planeado —dice desconfiada.

—¿Es muy romántico, verdad?

—No sé qué decirte. Pero ¿quién es Carla?

—Su ayudante. Trabaja con él, o trabajaba. Apareció una noche en la villa muerta de miedo porque la habían seguido. Me hirvió la sangre. La vi acercarse a él con esa confianza y me entraron ganas de cruzarle la cara.

—¿Estabas celosa? No puedo creerlo. No puedo creerlo después de lo que has pasado.

—Pues eso no es todo.

Inés abre los ojos, expectante. Afuera el campo de golf se ve muy bonito. Lo verde parece una alfombra. Qué ganas de dar un paseo y respirar aire puro.

—Me acosté con él.

—¿Te obligó?

—Claro que no. La verdad es que yo también quise.

—Creo que tienes el síndrome de Estocolmo.

—Puede ser. No voy a ser tan tonta para negarlo.

Inés suspira y me coge de la mano.

—Recapacita. Ese hombre te ha vigilado sin que tú tuvieras ni idea. Pagó a gente para seguirte por la calle. Y el día que le convino, mandó a un tío a tu casa, te roció con un spray, te pinchó algo en el brazo y te despertaste encerrada Dios sabe dónde, que todavía no lo sé.

Dicho en boca de mi amiga suena a peli de terror.

—Un tío iba a pegarme un tiro. Sus hombres salieron de la nada y me salvaron.

—Te metió él en ese lío.

—Mi bisabuelo fue quien me metió. Aidan lo único que hace es...

—¿Es qué? Dilo.

Me callo. Porque la frase que iba a decir es «Aidan lo único que hace es protegerme».

—Es un secuestrador, que no se te olvide.

Me quedo sin respuesta para eso. Bajo la vista para fijarme en la alianza que no dejo de tocar. Soy la esposa del hombre que me secuestró. Es que es muy fuerte.

—Escúchame. He estado moviéndome toda la semana con mucho cuidado. Hablé con tres o cuatro compañeros sin soltar un solo nombre, claro. Lo planteé como un supuesto, una clienta inventada, un marido peligroso. Y todos me dijeron lo mismo.

—¿El qué?

—Que hay un cabo de la Guardia Civil, en un puesto cerca de Marbella, que lleva años metido en el crimen organizado y que es honrado. Tengo su nombre apuntado. Puedo contarle solo lo que tú me dejes.

—¿Y si por hablar con ese hombre nos ponemos las dos en peligro?

Aprieta más fuerte. Le tiembla un poco el labio, y eso me conmueve.

—Es tu salida, María. Solo tienes que decir que sí y la Guardia Civil irá a rescatarte. Te dará una nueva identidad y así te quitas de encima todo esa pesadilla.

Tendría que decir que sí. Es lo sensato pero... Pienso en el beso de la otra noche, el primero, y en cómo me quedé tonta después, con la mano en la cara, como una cría de quince años. El sexo tan increíble y cómo me está protegiendo. Nunca he visto a un hombre tan enamorado. ¿Qué hago?

—No es un plan perfecto, pero al menos es un plan —insiste.

Me aprieta las manos e insta a que me decida. Dejo escapar un largo suspiro.

—Vale —le digo—. Sácame de los Gallagher.

Llego a casa. El sol del mediodía cae sobre el silencio que nos rodea. Como siempre, un montón de vigilantes con ametralladoras.

Tengo la cabeza todavía en el hotel con Inés. Un cabo de la Guardia Civil. Una salida. Secuestro. Qué complicado suena todo. Para Inés resulta sencillo, claro. Cuando la vida que se juega no es la tuya, siempre lo es.

Qué digo. Ella es mi amiga y quiere ayudarme. Se está arriesgando por mí. Debería ser más agradecida. Si tengo una esperanza de dejar atrás todo esto, pasa por ella.

Al entrar veo a Aidan en el recibidor con las mangas remangadas. Luce una camisa azul que le queda muy bien. Algo en su postura cambia en cuanto me ve.

—¿Qué tal con tu amiga Inés? —pregunta.

—Bien.

—Cuesta creerte.

—¿Por qué?

Me quito la chaqueta despacio, para ganar segundos. Él avanza un paso y se detiene, como si midiera la distancia exacta que yo necesito.

—Estás temblando —dice frunciendo el ceño.

—No, estoy bien —digo desviando la mirada.

Pensará que tengo estrés por el encierro, la vigilancia, los que quieren matarme... Si supiera que el peligro del que tendría que protegerme se llama huida, dejaría de ser tan amable.

—Ven —dice y me tiende la mano—. Quiero enseñarte una cosa.

Dudo pero después se la cojo. Mi cuerpo lleva semanas rindiéndose antes que mi mente. Siento su piel y me estremezco. Sin soltarme, me guía con decisión hasta el piso de arriba. Entramos en un dormitorio del fondo que no conozco. Está vacío.

—Aquí no hay nada —digo.

—Todavía.

La luz del sol entra por la ventana e ilumina las paredes. Aidan se planta en el centro y extiende los brazos a los lados, como abarcando el dormitorio.

—Cuando todo esto acabe, amor —dice—, cuando ya no quede nadie persiguiéndote, me gustaría llenar la casa de niños. Cinco por lo menos. Esta podría ser la habitación del primero. Niño o niña, me da igual.

—¿Lo dices en serio?

—Imagínalos corriendo por los pasillos.

Lo suelta con una sonrisa que en otro momento me habría derretido. Ahora me cae encima como un jarro de agua fría.

—Para —digo.

—María...

—Que pares te digo.

Retrocedo un paso. El estómago se me ha cerrado de golpe, como una mano apretando.

—¿Tú te escuchas? Cinco hijos —digo agitando las manos—. ¿En qué mundo pasa eso, Aidan? Porque en el mío estoy casada a la fuerza.

—Pero...

—Me hablas de niños como si bastara con quererlo —le interrumpo—, como si lo nuestro fuera una vida normal.

—Con paciencia puede llegar a serlo.

Me tiembla la barbilla y me odio por ello.

—Tú planeas un futuro de cuento y yo ni siquiera puedo salir a la calle sin que alguien me vigile.

Silencio. Algo se le apaga en la cara. Está dolido.

—Pensaba que te alegraría —dice al fin.

—Ya ves que no.

Me voy antes de que cualquiera de los dos añada otra palabra. Lo dejo con su casa imaginaria llena de hijos.

AIDAN

ATARDECE EN PUERTO BANÚS. Se llena de gente guapa y rica que no tiene nada mejor que hacer que pasear y dejarse ver. Recuerdo cuando era un adolescente y venía con los amigos a la pizzería Picasso. Qué mayor me sentía con solo quince o dieciséis años. Mis padres me daban dinero en efectivo para que los invitase, y después dábamos un paseo para ligar con las turistas.

Fue en esa época cuando me eché mi primera novia. Macarena. Una chica española que trabajaba los veranos en una heladería. Nunca comí tantos cucuruchos de mango y pistacho. Con ella me desvirgué y fue increíble. Después se marchó a estudiar a Madrid. Qué bien me lo pasé en aquella época.

Aparco mi todoterreno entre un Ferrari y la entrada al pantalán. Entre miradas curiosas, bajo, cruzo la calle y entro en la tienda de ropa.

Una chica viene hacia mí desde el fondo. Negra, alta, guapa, de esas que saben que lo son y han aprendido a usarlo. Lleva un vestido ajustado y muestra una sonrisa de bienvenida.

—Necesito cinco vestidos. Los mejores que tenga.

Levanta una ceja.

—Cinco.

—Para mi esposa. Vamos a salir a cenar.

—¿Y qué talla tiene?

Le doy las medidas. Las llevo en la cabeza desde hace dos años. Cintura, pecho, la altura, el número de calzado.

—Algo de noche, entonces. Tengo cosas preciosas.

—Sorpréndeme.

—Cuenta con ello.

Se marcha contoneando las caderas. Un dependiente me ofrece una copa de cava y lo rechazo con un gesto de la mano. Saco el móvil y llamo a Tom.

—¿Cómo va lo de Doyle?

—Seguimos en ello. Hemos contactado con gente y nos han dicho algo, pero hay que contrastar la información. No es fiable.

—Quiero resultado cuanto antes.

—Es cuestión de horas.

Paseo entre los mostradores llenos de ropa. Odio ir de compras pero es lo que hay.

—¿Y lo de Nicola?

—Mi hombre ha entrado dos veces en su correo. Los mensajes que cogió siguen ahí, en un servidor que no controlamos. Estamos buscando la manera de llegar.

—Bien —asiento mirando hacia la calle.

La chica llega y me muestra dos vestidos. Uno rojo y otro negro. Le hago una seña: me llevo los dos. Ella sonríe.

—Otra cosa —digo—. Esta noche quiero organizar una cena para mi esposa y yo. Algo íntimo. Un restaurante junto a la playa.

—Muy bien, comprendido.

—Si hace falta cerrar el local entero, lo cierras. Pagas lo que pidan. Que dentro no haya nadie que yo no controle.

—Mando la dirección en una hora.

Cuelgo. La bronca de ayer todavía me molesta. Vaya desastre. Pensaba que esto saldría de otra forma, pero la vida tiene otros planes.

—Ya lo tengo todo —dice la chica.

Se acerca con cinco bolsas grandes, de esas con el cordón de seda, y las pone sobre el mostrador con cuidado, como si dentro hubiera cristal.

—Cinco vestidos. Están el rojo, el negro, uno verde esmeralda que es una maravilla, un dorado y un blanco de seda con el que su esposa se va a morir. ¿Quiere verlos?

—No hace falta, gracias.

Le paso la tarjeta. La pasa por el datáfono, me la devuelve, y al hacerlo me roza los dedos un poco más de lo necesario.

—Su mujer es una afortunada. Pocas veces entra aquí un hombre que sepa lo que quiere.

—Yo también soy afortunado.

Se ríe y mostrando una sonrisa amplia. En otro tiempo, no hubiera dudado ni un segundo en follármela pero ahora solo tengo una mujer en mi mente. Cojo las bolsas y le sonrío por cortesía.

—Gracias por todo.

Salgo de la tienda. Las gaviotas vuelan contentas. A lo lejos llega un yate de dos plantas. Parece que atracará cerca del nuestro. Abro el maletero y guardo las bolsas.

Conduzco de vuelta a la villa con la ventanilla bajada y el aire acariciando mi cara. Pongo en el Carplay música de los Rolling Stones. Elijo escuchar Satisfaction, un clásico. Por un momento no quiero pensar en los líos que tengo sobre la mesa. Solo quiero vivir el momento. Imagino que llevo una vida normal y que conduzco de vuelta a casa para disfrutar de mi esposa.

Al llegar a casa, los vigilantes me saludan con un gesto con la cabeza. Entro y aparco en el garaje. Cargado con las bolsas como si fuera Papá Noel, subo hasta el dormitorio. La puerta aún está rota, tengo que mandar que la arreglen. María está viendo algo en la televisión, las noticias me parece.

—Hola —digo.

—Hola —dice mirando con curiosidad las bolsas.

—Vamos a salir a cenar esta noche —Las dejo sobre la cama—. Te he comprado ropa. Ponte lo que quieras.

—¿Vamos a salir afuera?

—Sí.

—¿Y la seguridad?

—Está controlado. Además, tampoco vas a estar aquí todo el tiempo.

—Muy bien —dice seria—. ¿A qué hora?

—A las nueve en punto.

—Vale.

A regañadientes, me marcho. Tengo que ir a la Finca para ver cómo va todo. No puedo perder el contacto con mi familia. Siempre está pasando algo, generalmente malo. Siento como si llevara una doble vida.

Bueno, en realidad es lo que hago. Estar casado con una descendiente de un enemigo histórico de la familia es un secreto que cargo todos los días sobre mi hombro. En mi familia los secretos tarde o temprano salen a la luz.

AIDAN

VAMOS en coche de camino al restaurante. Por el retrovisor, compruebo que nos sigue mi equipo de vigilancia. Bien. Delante también hay otra unidad. Lo importante es la seguridad, sobre todo de noche.

María va a mi lado, callada desde que salimos, con la mirada perdida en el cielo nocturno de Marbella. Está muy guapa con el vestido esmeralda. Me lo tomo como una victoria y me la guardo, porque con ella las victorias duran lo justo.

La cena es una buena idea. Al sacarla de casa para cenar en plan romántico, bajará la guardia.

—Te queda muy bien el vestido.

—Gracias —dice con una sonrisa que parece forzada.

En fin. Al cabo de unos minutos, dejamos la autovía y vamos por un caminito que lleva a la playa. El restaurante está medio escondido pero está muy bien. Siempre está lleno. El cocinero tiene no sé cuantas mierdas de estrellas de esas.

Aparcamos en la entrada. María está a punto de bajar, pero le digo que espere. Al lado, mis hombres bajan de sus coches. Unos inspeccionan los alrededores. Otros, entran para examinar el interior.

—Ellos nos darán la señal —le digo.

Pasan los minutos lentamente en silencio. Tom sale del restaurante y me hace un gesto con la mano de que todo está ok.

—Ahora —le digo a María.

La cojo de la mano y entramos. Un par de camareros se inclinan hacia nosotros. Ante nosotros, las mesas están vacías.

—Lo he reservado solo para nosotros —le digo a María.

—Me lo imaginaba —dice sin entusiasmo.

—Pensé que preferirías cenar sin gente alrededor.

—¿Yo?

Cojo la silla y la invito a sentarse. María se coloca la servilleta sobre el regazo. Me siento al lado. Las velas hacen que el ambiente sea tranquilo. Sí, me gusta.

Llega el camarero, nos entrega las cartas y toma nota de las bebidas. Para ella, un tinto de verano y para mí una cerveza tostada.

¿Cuántas veces he imaginado una cena romántica con ella? No lo sé, muchas. Tengo la sensación de que haremos esto más a menudo. Una vez al mes estaría bien.

—¿Cuánto cuesta reservar un restaurante entero? —pregunta ella.

—Vaciar un restaurante un sábado tiene que costar mucho. Cancelar las reservas... Todo para que yo cene a veinte metros del agua. Tengo curiosidad.

—Luego hablamos de cifras.

—Te pregunto una cosa y me contestas otra.

—Te contesto lo que importa ahora.

El camarero trae las bebidas. Toma nota de la orden. Para mi esposa, venado al horno. Para mí, bacalao a la vizcaína. El camarero nos felicita por la elección y se marcha lanzando una mirada a mi esposa. Aidan, contente. No montes una escenita de celos.

María bebe un sorbo de su tinto de verano. Qué raro. No es la bebida habitual. Bebo de mi cerveza, fresca, y la saboreo con gusto. Levanto la vista y veo el techo de paja con vigas de madera.

—Quiero bajar a la orilla, Aidan. Pisar la arena y volver.

—¿Ahora?

—Sí, me apetece justo ahora.

Aprieto la mandíbula mientras valoro la respuesta. La amo tanto que no puedo negar nada que me pida. Bueno, casi nada. Tengo que protegerla de sus temeridades.

—Vale, te acompaño.

—No, quiero ir sola.

—Ni hablar, va uno de mis hombres contigo.

—Un paseo con un tío pegado al cogote no es un paseo.

—Llámallo como quieras. La respuesta es la misma.

—Pues se me han quitado las ganas.

—Como quieras, amor. Se trata de tu seguridad, no la mía.

Llegan los platos. El mío huele genial. Pruebo el bacalao y me encanta. El suyo, el venado, tiene muy buena pinta.

—¿Qué tal? —le pregunto.

—Muy tierno.

—Me alegro.

De reojo, veo que un par de mis hombres recorren el perímetro. Sopla una brisa fresca que mueve la copa de los árboles. El rumor del mar nos llega.

—Cuando terminemos, quiero hablar con Inés.

—Ya la ves una vez por semana.

—Tengo ganas de hablar con ella hoy.

Un móvil en sus manos es lo último que se me pasa por la cabeza.

—Dime qué quieres que sepa Inés y se lo digo yo o Tom.

—Eso no es lo mismo y lo sabes.

—Es lo que puedo ofrecerte.

—Una llamada de un minuto.

—La respuesta sigue siendo la de antes, María —digo ya con cierta impaciencia.

Cruza los cubiertos sobre el plato de mala gana. Joder, ya estamos.

—Cinco vestidos. Un restaurante entero para los dos pero no puedo dar ni un paseo en la playa sola —Se inclina sobre la mesa—. ¿De verdad no ves lo que está pasando?

—Lo que veo es que estás viva.

—Has construido una jaula. Confundes cuidarme con guardarme bajo llave, Aidan.

Con absoluta calma y manteniendo el dominio de la situación, me limpio los labios con la servilleta.

—Hay gente que te quiere muerta. Mientras yo no acabe con ellos, esto seguirá igual. Ni paseos. Ni teléfonos. Ni la vida normal que echas de menos. El día que termine tendrás el mundo entero para ti.

—¿Y si no termina nunca?

—Terminará.

Me quedo callado porque defenderme sería mostrarme débil, y eso sí que no. Se pone de pie. Tira la servilleta sobre la mesa y echa a andar hacia la terraza con la barbilla alta.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

—Fuera —responde sin mirarme.

Me levanto y la alcanzo antes de que salga. La agarro del brazo, firme pero sin apretar.

—Hasta aquí —digo.

Noto que está rígida. Dirige la vista hacia la playa en silencio. La brisa agita su hermoso cabello. Nunca permitiré que te pase nada malo, amor. Qué ganas de besarla.

—Llévame a casa —dice al fin.

—No hemos terminado de cenar.

—No tengo hambre —dice zafándose de mí—. Llévame a casa.

Hago un gesto a mis hombres mientras salimos por la puerta del restaurante. Los empleados alucinan, normal. Llegamos al todoterreno y subimos. Ella se vuelve hacia la ventanilla como si yo no existiera. Joder, eso duele. Pretendía recuperarla y la he perdido un poco más.

MARÍA

EL ATARDECER ENTRA por la cristalera y baña de naranja el gimnasio. El marcador de la bici estática dice que llevo dieciséis kilómetros. Qué curioso, pedaleo y pedaleo pero no avanzo. Si eso no resume mi vida ahora mismo, no sé qué lo hará.

Así son mis días desde la cena de la playa. Televisión por la mañana, bici por la tarde, televisión otra vez por la noche. Programas de reformas, concursos, documentales de asesinos en serie, que tiene gracia considerando la familia en la que he caído.

A Aidan apenas lo he visto en estos dos días. Desayuna antes de que yo baje y vuelve cuando ya estoy en el dormitorio. Tom me dijo ayer que estaba muy liado. Me pregunto si será trabajo de verdad o si todavía le dura el enfado que se le quedó cuando le pedí que me llevara a casa.

Y luego está lo otro. Lo que de verdad me tiene con el estómago en un puño: ¿Habrá hablado Inés ya al cabo ese de la Guardia Civil? ¿Tendrá un plan, una fecha, algo?

Le dije que me sacara de aquí y desde entonces vivo con esa idea mitad esperanza, mitad remordimiento. Necesito verla. Aunque sea una hora en otro hotel con cuatro gorilas en la puerta.

Aidan aparece con una sonrisa. Como casi siempre, va vestido con su traje que le queda de escándalo.

—Amor, tenemos que ir a la Finca —anuncia.

Dejo de pedalear. El corazón me late más deprisa.

—¿Cuándo?

—Ahora. Tienes una hora para arreglarte.

—¿Tan poco? Mírame, estoy empapada de sudor.

—Te da tiempo de sobra. Mis padres han convocado a toda la familia.

—¿Ha pasado algo con tu padre? Lo digo por el infarto.

—Está como un roble. He hablado con él esta mañana.

—¿Entonces?

—Creo que es lo de la sucesión. Mis padres van a anunciar quién se queda al mando de los Gallagher. Por eso quiere a la familia entera allí.

—¿Vas a ser tú?

Sonríe de oreja a oreja. Hace días que no le veía sonreír así.

—Eso espero. Llevo años trabajando para esto, María.

Me coge de la cintura y me baja de la bici como si pesara lo mismo que la botella de agua.

—Para, que te arruinaré el traje con mi sudor.

—Me da igual.

Me besa y yo le respondo. Como siempre, hay algo en él que encuentro irresistible a pesar de todo. Me deja en el suelo con un cuidado exagerado, como si fuera de cristal.

—Una hora —repite, ya camino de la puerta—. Ponte lo que quieras. Esta noche es importante.

Esa palabra se me queda dando vueltas mientras subo las escaleras.

Me ducho con la cabeza llena de inquietudes. Después me planto delante del armario envuelta en la toalla y ahí empieza lo bueno, porque mientras paso la ropa lo voy entendiendo del todo.

Si esta noche Aidan deja de ser un hijo para convertirse en el jefe, yo dejo de ser «la esposa de Aidan» para ser la esposa del jefe de los Gallagher.

Yo. Una Meanman.

Elijo el vestido azul oscuro. La bisnieta de Mac Meanman, el hombre que mandó volar por los aires a los abuelos de mi marido,

sentada a la mesa donde van a coronar al heredero.

Si los padres supieran quién soy...

¿Y esto va a ser para siempre? ¿Cenas, bautizos, navidades, cumpleaños... y yo con el secreto encima rezando para que nadie lo descubra? Los secretos en las familias acaban saliendo, eso lo sé yo sin que me lo cuente nadie, porque pasa en todas.

Me pinto los labios y me miro una última vez en el espejo.

¿Toda la vida cargando con el secreto? ¿Voy a poder soportarlo?

—Sonríe, amor —dice mi *marido*—. Esta noche es nuestra.

Bajo del coche con el vestido azul oscuro, los labios recién pintados y un apellido secreto. Siento un hormigueo en el estómago. A pesar de que mi última visita fue mejor de lo esperado, de esta no estoy tan segura. Siempre con los nervios de punta.

El salón de la Finca está lleno de gente. Brendan ocupa su sillón junto a la chimenea. Se le ve con buena cara a pesar de que hace poco sufrió el infarto. Conversa con Brid. ¿Cuánto tiempo llevarán casados? Bastante, si conocieron a mi bisabuelo.

Seamus y Nellie comparten el sofá grande. Colin y Lola, junto al ventanal, cada uno con una copa. Nicola creo que está con su marido, el de la silla de ruedas y aspecto rudo. El Bratva ruso, me ha dicho Aidan.

Aún no he hablado con él. Ellos se han quedado cerca de la mesa apartados del resto. Parece que la relación de Nicola con su familia es un poco distante.

Los niños estarán por ahí, en alguna habitación viendo la tele o lo que sea.

—Llegáis los últimos —dice Brid sonriéndome.

Aidan le da dos besos.

—Estás muy guapa, mamá.

—Sentaos —dice Brendan después de que Aidan también le de dos besos.

Nellie me hace un hueco a su lado y me aprieta el brazo. Aidan saluda a sus hermanos, incluida Nicola. Por supuesto, también a Danil. La cortesía no falta aunque por debajo se lancen cuchillos. El ambiente está cargado.

Aidan me dijo que saldrá victorioso, por lo que a lo mejor habrá algunas reacciones incómodas, ¿o todos mantendrán la compostura?

—Familia, un momento de atención —dice Brendan, y todos detienen sus conversaciones para mirarle—. Después del infarto, confieso que se han acelerado las cosas. Creo que todos sabemos a qué me refiero.

—Lo hemos hablado mucho durante semanas —dice Brid—. Esta familia necesita saber ya quién representa el futuro. Pero antes de deciros el nombre, quiero que sepáis que ha sido una decisión muy difícil.

Brendan asiente con la cabeza dando la razón a su esposa.

—Sois nuestros hijos y estamos orgullosos de cada uno de vosotros —dice Brid emocionada.

Brendan le estrecha la mano y se la besa con cariño. Me enternece el amor entre los dos. Es bonito. Miro a Aidan y les mira con seriedad. Sin duda, está con tensión pero lo lleva por dentro. Sus hermanos debe de estar igual.

—Seamus... —dice Brendan.

Seamus se pone rígido de repente.

—Empezaste esta carrera viéndonos a todos como simples piezas en un tablero de ajedrez, calculando cada movimiento con absoluta frialdad. Has demostrado ser un estratega brillante, de eso no hay duda. Pero por el camino descubriste que el verdadero imperio que querías gobernar era la familia que has construido junto a Nellie. Tu mayor victoria ya la tienes en casa, y sentarte en el trono solo te la arrebataría.

Seamus va a decir algo, está cabreado, pero Brid se adelanta.

—Nicola, hija mía, te arrojam a los lobos para evitar una guerra y, en lugar de dejarte devorar, aprendiste a liderar la manada. Has creado tu imperio lejos de nuestra sombra y has demostrado una inteligencia implacable. Tú ya eres una reina por derecho propio junto a Danil. No necesitas más.

—Gracias, mamá.

—Colin... —dice Brendan.

—Dispara, soy todo oídos.

—Colin, tu cambio en estos últimos años ha sido espectacular; pasaste de ser uno más a un hombre capaz de cualquier cosa por proteger a los suyos. Jugaste tus cartas de forma magistral, demostrándonos tu astucia al eliminar a la competencia cuando hizo falta. Sin embargo, sabemos que tu verdadera salvación está con Lola y tus hijos, no en la oscuridad que exige liderar este negocio.

Colin parece aliviado, no sé.

—Aidan...

Mi esposo asiente, esperando a ver qué dicen de él. Brendan se levanta y se dirige a él con los brazos abiertos. Aidan se incorpora y se abrazan efusivamente. Él es el elegido. Tenía razón.

—Enhorabuena —dice Brid y también le abraza.

Nellie lo abraza. Lola le planta dos besos. Colin levanta la copa desde el ventanal, sin moverse del sitio. Seamus estrecha la mano a Aidan.

—Por el nuevo patriarca —dice con una sonrisa.

Pero Nicola sigue sentada. Tiene los brazos cruzados y la mirada fija en Aidan. Danil le cuchichea algo al oído.

Mientras veo a Aidan seguir recibiendo abrazos, descubro algo que me sorprende más que cualquier otra cosa: estoy orgullosa de él. Que alguien me explique por qué teniendo en cuenta que quiero escapar de él.

—Un momento, quiero decir algo —dice Nicola.

Todos la miran en silencio, expectantes.

—Aidan no puede ser el jefe de esta familia.

—¿Perdona? —dice Aidan.

—Llevas años con un negocio a nuestras espaldas. Una distribuidora de bebidas. Almacenes, camiones, papeles en regla, todo perfecto. Pero mueves cocaína usando nuestras rutas, nuestros contactos del puerto, nuestros transportistas. Recursos de los Gallagher para llenarte los bolsillos tú solo.

—Eso es mentira —dice Aidan avanzando hacia ella—. ¿De dónde has sacado semejante idea?

—De tus propias cuentas.

—Tú estás mal de la cabeza. Esto es un disparate, te lo juro por...

Nicola coge una carpeta de la mesa, la abre y va dejando documentos, uno a uno, rápido. La tensión en el ambiente va creciendo poco a poco. La expresión de Aidan es de inquietud. ¿Será verdad lo que dice su hermana?

—Facturas, movimientos bancarios —dice Nicola—, una sociedad registrada a nombre de un testaferro. Está todo aquí.

Seamus se levanta y coge los papeles. Los demás están petrificados. Se sienta para revisarlos, parece.

—Cualquiera fabrica documentos —dice Aidan—. ¿Un testaferro? Dame media tarde y te monto un dossier igual de bonito sobre cualquiera de los presentes.

—Seamus —dice Brendan—, ¿qué ves ahí?

—Dame un minuto, papá.

—Esto es un golpe de estado —dice Aidan girándose hacia sus padres—. Nicola lo ha preparado todo porque quiere lo que me corresponde a mí.

—Las cifras cuadran —dice Seamus—. La sociedad existe. Los ingresos declarados son imposibles para una distribuidora de ese tamaño. Y hay al menos tres transferencias que casan con fechas de operaciones nuestras. Si esto es un montaje, es el mejor que he visto en mi vida.

—Aidan, explícate —dice su madre.

—Son falsos.

—Como sabía que Aidan diría eso, tengo algo más —dice Nicola creando una enorme expectación. Parece que disfruta con esto—. Tu secretaria, Carla, me lo ha contado todo.

Despecho. Carla se ha pasado al otro bando porque él jamás la miró como ella quería. Zorra.

—Carla miente —dice Aidan, pero algo le ha cambiado en la cara. Lo conozco. Tiene la mandíbula apretada de cuando pierde pie.

Nicola saca una tablet, toca la pantalla dos veces y la deja sobre la mesa, girada hacia sus padres.

En el vídeo aparece Carla sentada en lo que parece un reservado.

«Llevo siendo la mano derecha de Aidan durante unos dos años —dice en la grabación—. Yo me encargaba de todo el papeleo y de llevar su agenda. La empresa se dedicaba a distribuir bebidas. Me pagaba en negro y...»

Todos miran en silencio. Nadie se atreve ni a respirar. Yo tampoco.

—Apaga eso —dice Aidan.

—Quedan cuarenta minutos más —responde Nicola, y detiene el vídeo—. Por si alguien quiere los detalles.

—Llevas años esperando esto como una rata, sonriendo en los cumpleaños mientras...

—¡Límpiate la boca cuando le hablas a mi mujer! —exclama Danil deslizando sus manos sobre las ruedas.

—¡Esto es asunto de los Gallagher!

—¡Mi esposa es asunto mío!

—¿O qué, Danil? ¿Qué vas a hacer en esta casa, delante de esta familia?

—¡Ponerte en tu sitio!

—¡Basta!

Brid se planta entre los dos.

—¡En mi casa no, Danil! Te comportas o sales por esa puerta y esperas en el coche hasta que tu mujer termine.

Danil le sostiene la mirada a mi suegra. Después retrocede y vuelve junto a Nicola. Colin cruza una mirada con su hermana. Brid se gira ahora hacia su hijo

—Y tú deja de buscar pelea. Deberías centrarte en lo que está en juego, que no es tu ego. ¿Algo que decir sobre lo que ha dicho tu hermana?

Aidan se ha quedado solo en el centro, siendo el centro de atención.

—Aidan —dice su padre—, te lo vamos a preguntar una sola vez más.

—Delante de todos —añade Brid sentándose a su lado—. Porque delante de todos te hemos coronado. ¿Es verdad lo que dice tu hermana?

Aidan suspira con los brazos en jarras. Está acorralado sin muchas salidas.

—Es verdad —dice al fin.

Se oye un rumor creciente de asombro entre la familia. Debe de ser un pecado de los gordos.

—¿Desde cuándo la tienes? —pregunta su madre.

—Dos años.

¿Dos años? Justo cuando murió Darío.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta Brendan lanzando a su hijo una mirada dura como una piedra.

—Por puro egoísmo, por tener algo mío, solo mío —dice con mucha dignidad.

Pero un momento, eso no es muy convincente, no tiene sentido. Le bastaría con explicar que ese dinero es para proteger a mí, su esposa.

Si no lo dice es porque no quiere dar ni una pista de lo que me está pasando, de que hay gente que quiere verme muerta. De alguna manera, me sigue protegiendo. Es alucinante lo leal que es.

—Nos has mentido todo este tiempo —dice Brendan muy enfadado—. Has puesto nuestras rutas, nuestros hombres y nuestro nombre al servicio de un negocio que ni conocíamos. Cualquier otro estaría ya en el fondo del mar por menos de la mitad.

—Después de saber esto, es imposible que seas el patriarca que la familia necesita —dice su madre.

Aidan asiente con la cabeza. Después se pone a mi lado y yo le cojo del brazo, intentando transmitirle toda mi calidez y apoyo.

—Entonces, ¿quién será? —pregunta Colin.

La familia está con el alma en vilo. Seamus cierra la carpeta y la deja sobre la mesa. Lola busca el brazo de Colin. Nellie me suelta la mano (ni me había dado cuenta de que me la tenía cogida) y baja la vista. Brendan y Brid intercambian una mirada. El salón entero aguanta la respiración.

—Nicola —responden a la vez los patriarcas.

Aidan suspira y baja la cabeza.

AIDAN

EL PORTÓN de la Finca se cierra a mi espalda y piso el acelerador del todoterreno. María está a mi lado, en silencio. Los faros del todoterreno barren la carretera de la sierra, curva tras curva, rozando el abismo. Aprieto el volante hasta que los nudillos se me quedan blancos.

Coronado y destronado en la misma noche. Vaya putada. Mis padres me abrieron los brazos delante de toda la familia, y media hora más tarde me clavarón el cuchillo.

Si no soy el jefe de la familia, ¿quién soy? Me he quedado sin identidad, sin propósito, sin una razón de ser...

Nicola lo tenía todo preparado: las facturas, el testaferro, el vídeo de Carla... Maldita traidora... Y yo se lo puse fácil. Ahora me doy cuenta de que el registro que hicieron en la oficina no eran los hombres de Doyle, sino los hombres de Nicola y Danil en busca de pruebas. Joder. Me despistaron por completo.

Bastaba una sola frase para salvarme. «El dinero es para mantener viva a mi mujer». Pero callé. Dejé que Nicola se sentara en el trono que me pertenece.

Lo peor es que María ahora está un poco más desprotegida, ya que estoy alejado del centro de poder de la familia. Freno en una

curva cerrada. El haz de luz ilumina un instante en el guardarraíl y regresa al asfalto.

—Aidan, cuidado.

—Tranquila.

María suspira. Freno y recuperamos la velocidad normal.

—Se lo podrías haber dicho —dice al cabo de unos minutos.

—¿Decir el qué?

—El objetivo de tener esa empresa.

Decido quedarme callado.

—Inventaste lo del egoísmo —continúa—, lo de querer algo tuyo.

Lo que querías con esa empresa era financiar mi protección.

Ha atado los cabos. Tonta no es. Pero prefiero seguir en silencio.

—¿Por qué, Aidan? ¿Por qué no se lo has dicho?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—¿Me lo dices en serio?

Ahora ella se queda callada y mira al frente. Creo que necesita oírlo. Todas las mujeres lo necesitan.

—Porque te amo.

Ella me mira aunque yo sigo con la vista puesta delante.

—Esta noche me he dado cuenta. Gracias por hacer todo esto por mí —dice y me extiende su mano.

—De nada —digo sintiendo la suavidad de su piel.

La verja de la villa se abre, pasamos y detengo el coche en el garaje. Los hombres de guardia siguen en sus puestos, bien. Al menos eso continúa en pie esta noche. Rodeo el todoterreno, le abro la puerta y la acompaño hasta las escaleras.

—Sube y descansa —le digo, y le doy un beso en la boca—. Tengo que ver a Tom.

—¿Desde cuándo sientes eso por mí?

—Desde el día que nos conocimos en el restaurante.

—Nunca me dijiste nada.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no ibas a querer formar parte de mi mundo.

—Y es verdad, por eso me hice abogada.

—Quise que encontraras a un hombre normal, el típico oficinista de banco. Alguien que pudiera ofrecerte una vida tranquila y aburrida, pero segura. Eso fue así durante mucho tiempo.

—Hasta que mi hermano lo mataron.

—Entonces supe que tenía que protegerte. Solo yo podía hacerlo, aunque necesitaba dinero que nadie pudiera rastrear.

—Creaste la empresa sin decir nada a tu familia.

—Me hubieran preguntado para qué lo necesitaba. No iba a decirles que eres una Meanman.

—Gracias, Aidan. No creo que nunca pueda pagar lo que has hecho por mí.

—No te preocupes. Ahora vete a la cama y espérame.

—Vale.

La veo alejarse con el corazón encogido, pero no me dura mucho porque enseguida me acuerdo de Tom y de la reunión pendiente. Voy al despacho y veo que me espera de pie junto al escritorio.

—Hay que lanzarse al ataque sobre Doyle —le digo.

—Comprendo.

—Doyle tiene tiempo, paciencia y dinero. Si seguimos quietos, tarde o temprano logrará su objetivo. A él le basta con tener suerte una vez. Yo necesito tenerla en todo momento.

—Estoy de acuerdo —dice y me muestra la pantalla de su móvil—. Por eso me he adelantado. Ha costado pero ya tenemos el número y la dirección de Conor Hazard, su brazo derecho.

Subo las escaleras hacia el dormitorio. Siento la tensión por todo mi cuerpo después de uno de los peores días de mi vida. Solo hay una cosa en el mundo que puede hacerme olvidar el desastre de hoy. Para mí solo hay un refugio que valga la pena. El cuerpo de mi esposa.

Abro la puerta del dormitorio. No enciendo la luz. La persiana está a medio bajar y la poca claridad que entra forma la penumbra. María está cerca de la ventana. Está completamente desnuda. Me ha

leído el pensamiento, increíble. Ya noto que se me está poniendo dura.

—Ya era hora —dice en voz baja.

—Más vale tarde que nunca —digo con la respiración entrecortada al ver el brillo de la luna sobre su sexy cadera.

Tiro la chaqueta a una silla y me acerco. Le pongo las manos en la cintura y ella se gira para quedar frente a mí. Me pasa los brazos por el cuello y se pega a mi cuerpo, que ya está que arde.

—Tenía muchas ganas de que subieras —susurra mirándome a los ojos.

—Y yo también, pero tenía asuntos importantes que resolver.

Bajo las manos por su espalda hasta llegar a su culo y lo aprieto con ganas.

—Me pone tu culo —le digo sonriendo.

María suelta un suspiro cuando con la mano nota mi polla tiesa bajo el pantalón. Me inclino hacia su apetitosa boca y la beso como si fuese la primera vez, con esa mezcla de ansiedad, alivio y deseo.

Me quito la camisa rápido, tirando de los botones y me bajo los pantalones y los calzoncillos de un tirón. Ahora sí, desnudo.

—Ven a la cama —le digo, cogiéndola de la mano.

María se sube al colchón gateando y se tumba boca arriba. Me pongo encima, apoyando mi peso en los codos para no aplastarla, y siento el contacto de su piel sobre la mía.

—Qué bella eres —le digo apartándole un mechón de la cara.

Bajo la cabeza y le beso el cuello, chupando justo debajo de la oreja. María echa la cabeza hacia atrás y suelta un pequeño gemido. Bajo los besos por sus pechos y mordisqueo uno de sus pezones. Qué bien sabe.

—Así... me encanta —jadea.

Con la mano libre, bajo por su vientre hasta llegar a su coño. Ya está muy mojada. Le rozo el clítoris con el pulgar un par de veces y ella abre más las piernas.

—Aidan... métemela ya, por favor.

—Será cuando yo quiera —susurro.

Le meto dos dedos y acaricio a la vez que la miro. Tiene los ojos cerrados y los labios entreabiertos, respirando por la boca. Nuevo

los dedos dentro de ella con buen ritmo, mientras sigo estimulando el clítoris con el pulgar.

—Ay... —gime María, agarrándose a mis hombros—. Más rápido.

Acelero el movimiento de la mano. La siento temblar debajo de mí, acercándose al límite. Cuando noto que los músculos de sus muslos se ponen tensos, saco los dedos. María abre los ojos de golpe y me mira, quejándose.

—¿Qué haces?

—Ahora lo verás.

Me acomodo entre sus piernas. Agarro su cadera con las dos manos y empujo hacia delante, penetrándola. Vuelve a gemir de gusto y me clava las uñas en la espalda.

Empiezo a mover la cadera. Al principio constante, metiéndola hasta el fondo. La cama cruje un poco con cada embestida. María me rodea la cintura con las piernas, enganchando los pies en mi espalda para atraerme más hacia ella.

—Más fuerte —me ordena, tirándome del pelo para que la mire a la cara.

—Me encanta follar contigo así —le digo entre jadeos.

—Calla, no pares —dice María, moviendo las caderas para recibirme con más profundidad—. Sigue así.

El sudor empieza a caerme por la frente. María está entregada, gimiendo a pleno pulmón. Nuestros cuerpos echan fuego.

—Dime que te gusta —le digo.

—Me vuelve loca.

El ritmo ya es frenético. No pienso en nada más que correrme en ella.

—Mírame —le exijo.

Abre los ojos y clava su mirada en la mía.

—Córrete dentro —jadea.

Un par de empujes más fuertes y rápidos. María grita mi nombre y se contrae a mi alrededor, apretándose con tanta fuerza que me arranca el orgasmo de golpe. Me corro dentro de ella con un gruñido, dejándome caer sobre su pecho, vacío y sin aliento.

Nos quedamos así un buen rato. Siento sus manos acariciándome la espalda, subiendo y bajando despacio mientras nuestra

respiración vuelve a la normalidad.

Salgo de ella y me pongo a su lado. La atraigo hacia mí, pasando un brazo por debajo de su cuello para que apoye la cabeza en mi pecho.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Perfecta —dice, acomodándose—. Ha sido increíble.

—Sí que lo ha sido.

Le doy un beso en el pelo y la abrazo un poco más fuerte. Ojalá que la vida fuera esto, tenerla a mi lado y nada más. Pero mi felicidad no es completa. Hay una nube negra que tapa el sol. He sido desposeído de aquello por lo que tanto he luchado: El trono de la familia.

—¿Qué te pasa? —me pregunta ella.

—Nada, ¿por qué?

—Me estás abrazando muy fuerte.

Aflojo un poco, sorprendido porque mi cuerpo me ha *traicionado*.

—No me he dado cuenta.

—¿Preocupaciones?

—No, todo está bien —respondo ocultando la verdad, para que no se sienta mal.

MARÍA

DESDE QUE LE arrebataron el trono, Aidan lleva unos días raro. No para de hablar con Tom. Está ausente de la villa casi todo el día. Cuando regresa, me echa un polvo y se queda callado. Tiene mucho peso sobre sus hombros.

Yo sigo con mis sentimientos encontrados. Una parte de mí grita por la libertad, cansada de este encierro surrealista. Otra me pide distraerme, aceptar mi destino.

Echo de menos el despacho, el día a día, la complicidad con Inés. Ay, mi querida amiga. Estará desbordada ahora que está ella sola. Ojalá pudiera ayudarla. Qué ganas de sentirme útil.

Afuera oigo el ruido de un coche que llega. Debe de ser Aidan. ¿Quién si no? Siento una corriente de nervios por la espina dorsal. Espero que hoy esté más comunicativo.

Voy al baño, me lavo la cara y me acomodo el pelo en una coleta. Me doy cuenta de que quiero estar presentable para él. ¿Por qué? Mira, mejor ni me contesto.

Aidan entra en el dormitorio deshaciendo el nudo de la corbata. Parece cansado. Viene y me da un beso en la boca. Me encanta el olor de su piel. No sé cómo lo hace pero la siento fresca. Siempre ha sido así. Un hombre que se cuida.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto.

Hace un mohín de disgusto.

—Tengo algo que contarte —dice con cara seria, cogiéndome por la cintura.

—¿Me va a gustar? —pregunto aunque ya sé la respuesta.

Niega con la cabeza.

—En unos días tenemos que mudarnos a la Finca.

Me sienta como un jarro de agua fría. Bajo la cabeza y cierro los ojos.

—¿Por qué?

—Es lo más seguro. Allí estarás mejor protegida.

—Pero aquí está todo lleno de hombres.

—Lo sé —dice y se aparta.

Aprieta la mandíbula. Hay tensión en su cuerpo. Creo que me oculta algo.

—Aidan... ¿Qué es? ¿Tiene algo que ver con lo que pasó en la Finca?

—Nada que ver —dice pegado a la ventana.

Me acerco y le miro a sus bonitos ojos.

—Dime qué pasa.

Nos miramos y veo sus pupilas dilatarse. Sea lo que sea, está ahí luchando por salir a la superficie.

—Dime la verdad —insisto—. ¿Es por el negocio de bebidas?

Aidan asiente con la cabeza. Ahora lo comprendo todo. Como su familia se enteró de su negocio paralelo, tiene que dárselo a ellos y su parte se reduce.

—¿No hay dinero para pagar la vigilancia?

—De momento, no. Nicola me lo está poniendo difícil. Está pasando facturas después de todo lo que le hicimos. En el fondo, lo entiendo.

—O sea que la villa se queda sin vigilancia.

—Se queda sin nada.

—Tiene que haber otra opción. No quiero ir a encerrarme a la boca del lobo. Cómo se enteren de quién es mi bisabuelo...

—Eso es muy poco probable.

—Pero no imposible.

—Llevas tanto tiempo en esta villa que se te ha olvidado tu realidad. La gente de Dublín sigue buscándote. Quieren matarte, ¿lo recuerdas?

—No hace falta ser sarcástico.

—Sin mis hombres, no puedo garantizarte nada. Estás en peligro y eso no lo voy a permitir. Nos mudamos en 48 horas.

—Tiene que haber otra opción —digo dando vueltas a la alianza.

—No la hay.

Me da un beso en la mejilla, casi ni me entero, y se marcha del dormitorio. Hago un repaso mental de lo que me voy a encontrar. Brid, Brendan, sus hermanos, las cuñadas, los niños, empleados. Más que un hogar parece un hotel. Y yo en el medio de todo. Tengo que hablar con Inés, saber si ya ha contactado con la Guardia Civil.

Abro el armario y suspiro antes de mirar dentro. Tarde o temprano tendré que hacer las maletas. Al fondo, apoyada contra la pared, asoma mi maleta. La que hizo el último viaje conmigo a Londres. El último día que vi a Darío vivo.

Y de repente ya no estoy en el presente, sino allí.

Aquella mañana mi hermano me despertó tempranísimo, con el café en la mano y una energía desbordante.

—Arriba, dormilona —dijo—. Es tu último día aquí. Quiero exprimirlo entero.

Darío conocía Londres como la palma de su mano. Bajamos hasta South Bank y echamos a andar por el paseo del Támesis. El sol caía sobre el agua, encendía el Big Ben y dibujaba la silueta del puente de Westminster con una nitidez maravillosa.

—Reconócelo —le dije, dándole un sorbo al café—. No te gusta vivir en Londres.

—Sí que me gusta.

—Ya —dijo no muy convencida.

Hacia el mediodía fuimos a Covent Garden y buscamos una de las terrazas del mercado. Pedimos de más, como siempre, y acabamos compartiéndolo todo.

—Esto te lo comes tú —dijo empujando hacia mí los últimos trozos de *fish and chips*—. Que de pequeña me robabas la merienda y aún me lo debes.

—Yo no robaba. Tú la dejabas abandonada.

—Eso es una versión muy generosa de los hechos.

—Como cuando le dijiste a mamá que el jarrón lo había roto yo.

—No me acuerdo de eso.

Me reí con ganas. Un par de músicos tocaban a unos metros, y la gente iba y venía con bolsas y helados en un ambiente de domingo perfecto, sin prisa.

Por la tarde quisimos algo más tranquilo. Cruzamos hacia Hyde Park y recorrimos los senderos sin rumbo fijo, dejando que las horas se estiraran solas, hasta que llegamos a la orilla del Serpentine con la luz empezando a dorarse.

Me acomodé en el banco de madera, dejando que el sol de la tarde me diera de lleno en la cara. A pocos metros, el agua del Serpentine brillaba con destellos y una fila de patos avanzando. Darío estiró las piernas, cruzó los tobillos y entornó los ojos para mirar la orilla opuesta, donde una pareja paseaba a un perro grande. Se quitó las gafas de sol y las colgó del cuello de la camisa.

—Hacía tiempo que no veía este parque con tanta luz —comentó—. Normalmente, cuando vengo, el cielo es gris hormigón.

—Hemos tenido suerte. Londres no regala días así —le contesté, apoyando la espalda en el respaldo—. ¿Con quién has venido?

—Con chicas.

—¿Ah, sí?

—He salido con un par. Nada serio, líos de los que sabes cómo terminan antes del segundo café.

—¿Y qué tal?

—Una se pasó dos horas quejándose del servicio y analizando el margen de beneficio del dueño del local. A la tercera copa de vino, yo ya estaba pensando en la excusa para marcharme. No hubo segunda cita.

Solté una carcajada.

—Te pasa por buscar siempre el mismo perfil. Chicas solo guapas.

—Habló la experta. A ver, cuéntame tú. ¿Cómo va tu vida amorosa en Marbella? Porque dices de mí, pero tú te pasas el día metida en el despacho o yendo a ver a Inés.

—Todos con el mismo corte de pelo, el mismo coche que no pueden pagar y las mismas frases de manual para intentar impresionarte en los primeros cinco minutos. Es agotador.

—¿Ninguno se salva?

—Hace un par de meses salí con un arquitecto que estaba de paso por un proyecto en Estepona. Tuvimos un par de citas. Cenamos en la plaza de los Naranjos, paseamos por el paseo marítimo... Estuvo bien, de verdad. Era educado, hablaba de cosas normales, no intentaba aparentar lo que no era.

—¿Dónde estuvo el fallo?

—En que no había chispa, Darío —Bajé la vista hacia mis propias manos, uniendo las yemas de los dedos—. Era como cenar con un colega del colegio. Todo correcto, todo en su sitio, pero cuando me dejaba en el portal, no sentía ninguna prisa por volver a verlo al día siguiente. Supongo que mis expectativas se han vuelto demasiado estrictas con los años.

Darío se quedó callado un momento asimilando mis palabras. Como siempre, quise preguntarle en qué estaba metido, cómo se ganaba la vida, pero más allá de que sabía que vivía al margen de la ley, preferí no preguntar. No quería arruinar el día. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Volvió a ponerse las gafas de sol y observó a un grupo de niños que corría detrás de una pelota.

—Te entiendo —dijo con la voz más pausada—. Aquí pasa igual. La gente tiene prisa por etiquetar todo. A veces echo de menos esa sensación de cuando éramos más jóvenes, cuando quedar con alguien no requería tanta planificación ni tanto filtro previo.

—Es el precio de cumplir años, hermano. Nos volvemos más selectivos porque valoramos más nuestro tiempo. Yo prefiero quedarme en el piso leyendo antes que aguantar otra cena con un desconocido que solo quiere hablar de sí mismo.

—No te lo discuto.

Le di un pequeño empujón con el hombro, riéndome.

—Eres un caso perdido, Darío.

—Habló la reina de la soltería de la Costa del Sol —se levantó y me tendió la mano para ayudarme a incorporar—. Anda, camina un

poco más, que si nos quedamos aquí sentados nos va a dar pereza movernos y se nos va a echar el tiempo encima para ir al aeropuerto.

El trayecto se me hizo corto, como se hacen cortas las cosas que una querría detener. Facturé la maleta, que se alejó tambaleándose por la cinta, y caminamos juntos hasta el control, donde él ya no podía pasar.

—Me lo he pasado genial —le dije.

—La próxima, en Marbella, y me presentas a alguno de tus novios.

Lo abracé fuerte, más de lo que un adiós cualquiera requería, sin saber por qué me costaba tanto soltarlo. Hundí la cara en su hombro, noté sus brazos alrededor de mí, y por un instante volvimos a ser adolescentes.

—Cuídate, anda. Y come algo decente, que estás en los huesos.

—Y tú consigue una mujer.

Avancé unos pasos, me giré y todavía estaba allí, con la mano en alto. Jamás volví a verle.

AIDAN

TENGO a la mayor parte de mi equipo de vigilancia frente a mí con las manos cruzadas por delante, esperando a que hable. Los que faltan siguen en sus puestos. Tom está a un lado, junto a la ventana.

Me ajusto los puños de la camisa. Hay que ir rápido porque duele menos y deja poco espacio para preguntas incómodas. Siempre es difícil despedir a alguien.

—Gracias por venir —empiezo—. Voy a ser breve.

Ninguno se mueve. Todos me aguantan la mirada sin pestañear.

—Prescindo de vuestros servicios. Tenéis cuarenta y ocho horas para cerrar los turnos y devolver el material. El sueldo de este mes va completo, más una mensualidad de cortesía.

Dejo caer la frase y aguanto. Eso es lo importante: aguantar sin parpadear, como si fuera una decisión y no una sentencia.

—¿Hemos hecho algo mal? —pregunta el más veterano.

—Habéis hecho un trabajo impecable.

—Entonces cuesta entenderlo, señor.

—Tampoco te pido que lo entiendas. Ya no necesito vuestros servicios. Eso es todo.

Uno de los jóvenes da un paso al frente.

—¿Es por dinero? Porque si hay que apretarse el cinturón, yo el primero...

—El dinero no es asunto vuestro —digo tajante.

Lo que no voy a confesar es que la distribuidora se ha ido al carajo y que me he quedado sin un duro. Una cosa es despedir a tu gente. Otra muy distinta es que tu gente sepa el motivo.

Sonríó lo justo. La sonrisa correcta, la que dice «yo controlo», aunque por dentro todo sea un puto desastre.

—Escuchadme bien. Os he reunido para deciros la verdad a la cara, no por carta ni a través de un tercero. Cada uno de vosotros ha hecho un trabajo espectacular. Eso no se me olvida.

—Ha sido un honor —dice el veterano.

—El honor es mío. Quien necesite una carta de recomendación, la tendrá firmada esta misma tarde. Quien necesite una llamada a la gente adecuada, la hago yo en persona.

Asienten. Un par de ellos me dan las gracias.

—Cuarenta y ocho horas —repito—. A partir de ahí, la casa se reorganiza. Podéis iros.

Salen en fila. El más joven es el último. Se acerca a mí y me tiende la mano, que estrecho fuerte.

—Cualquier cosa, ya sabe dónde estoy —dice.

—Lo sé. Gracias, amigo.

Tom espera a que se vaya y se dirige a mí.

—Lo ha llevado bien.

—¿Y Liam? —digo deseando cambiar de asunto.

—Está esperando en el despacho. Voy a por él —dice según se marcha.

—Dale la carpeta sobre mi mujer.

—Vale.

Me acuerdo de María al quedarme solo. El miedo comprensible de vivir en la Finca. Sé que hay mejores soluciones, pero ha de ser paciente. Se me ocurre que puede ser una buena idea si Lola y Nellie le hacen una visita, para que pueda hablar de cosas de mujeres.

Al cabo de unos minutos vuelve Tom con Liam, que entra con una carpeta bajo el brazo. Nos sentamos. Tom, a mi derecha. Liam, enfrente, serio con su cara de boxeador.

—Ahí dentro está todo lo que hemos reunido sobre mi mujer durante el último año —digo—. Rutinas, contactos, recorridos. Es para ti. Si ahora vas a protegerla, tienes que saberlo.

—Tres turnos al día de vigilancia desde cuando vivía en su piso —dice Tom—. Dos coches, un hombre a pie cuando sale. Peluquería los jueves. Una amiga, Inés. Trayectos breves y casi siempre por las mismas calles.

Liam se detiene en una página y la repasa dos veces.

—Aquí hay una dirección en Estepona. Dos visitas. Dueño sin identificar. ¿Por qué se quedó este cabo suelto?

—Lo resolvimos en su día —dice Tom—. Una amiga de la facultad. Sin importancia.

—El informe no lo dice.

—Te lo aclaro yo de palabra. ¿Te vale?

—Me vale, de momento.

—Si dudas de cómo hemos trabajado, suéltalo de una vez —dice Tom.

—De vuestro trabajo no dudo. Me inquietan los vacíos —dice Liam señalando la carpeta—. Y en un dossier sobre la esposa del jefe, un vacío es lo único capaz de robarme el sueño.

—Tom ha cumplido muy con su trabajo —digo antes de que se pongan a discutir—. Liam, tú recoges el testigo a partir de hoy.

—¿De quién la protejo? —pregunta Liam—. Para montar el dispositivo necesito un enemigo con nombre y apellido.

—Gente de Declan. Mataron a su hermano y ahora la quieren a ella —digo y no añado nada más.

Liam cierra la carpeta del todo y se la pone bajo el brazo.

—Lo que decida sobre su mujer, bien está, pero el dispositivo lo diseño yo y respondo ante su hermana.

—Muy bien —digo tragándome mi orgullo.

Liam recupera la chaqueta del respaldo y se la echa al hombro.

—Vuelvo a La Finca. Hay mucho trabajo por hacer.

En cuanto Liam desaparece, Tom mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y deja un sobre encima de la mesa.

—Esto no podía enseñártelo delante de él —dice.

Lo abro. Dentro hay un dossier de tres folios. En la primera página, una foto: un tío de unos cuarenta años, mandíbula cuadrada, cara de perro que come personas.

—Conor Hazard —leo.

—La mano derecha de Declan. El que le hace el trabajo sucio, y el que decide quién entra y quién sale de la organización.

Paso la página y veo una dirección de Dublín.

—Es donde vive —dice Tom—. Confirmado. Lleva ocho años en el mismo piso, un tercero en Stoneybatter. Va al mismo gimnasio a las seis de la mañana, sin escolta, porque se cree intocable. Los domingos come en casa de su madre, en Cabra.

Llevo años jugando a la defensiva vigilando a María, y resulta que el muro de Declan tiene una grieta, y se llama Conor Hazard.

—Esto lo cambia todo —digo—. Se acabó esperar a que vengan. Vamos a por ellos.

—Sabía que iba a decir eso.

Me echo hacia atrás en la silla. Llego a la parte peor del día, la que me he guardado a propósito para el final.

—Tom.

—Dime.

—Voy a tener que prescindir también de ti.

Se queda callado. Por una vez, soy incapaz de adivinar qué cara va a poner.

—Liam lleva ahora la seguridad de toda la familia, yo incluido. Lo ha decidido mi hermana y no hay vuelta atrás. Dos jefes de seguridad bajo el mismo techo es inviable.

Tom asiente despacio. Creo que está dolido, pero es un profesional así que saldrá de esta. Coge el sobre de la mesa, lo dobla y se lo guarda.

—Lo entiendo —dice—. Y que conste: en su lugar yo habría hecho lo mismo.

—Has hecho una labor cojonuda.

—Se lo agradezco.

—Tu último trabajo será acompañar a mi mujer a su encuentro con su amiga.

—No hay problema.

De todos los hombres que he despedido hoy, este es el único que me importa de verdad. Y es también el único que se va sin pedirme una sola explicación. Así ha sido Tom desde el primer día.

MARÍA

INÉS ME ABRAZA ANTES de que Tom cierre la puerta y se marche. Me aprieta los hombros, me suelta para mirarme con cariño, y me vuelve a abrazar. Huele igual que siempre y por un momento estamos un martes cualquiera en el despacho y nada de lo pasado en el último mes ha sucedido de verdad.

—Qué ganas tenía de verte —me dice.

—Igual que yo.

La habitación es, como siempre, lujosa. Una lámpara de pie, dos sillones, una mesa baja con una botella de agua sin abrir. Cada vez que nos vemos, es en un sitio distinto. Ni siquiera me da tiempo a mirar a través de la ventana. Siempre, nuestros encuentros, tienen ese carácter de urgencia tan intenso.

—He hablado con la Guardia Civil —dice en voz baja.

—¿Y? —digo sintiendo un pinchazo de nervios.

—Saben cómo sacarte.

Abro los ojos, sorprendida y expectante.

—Tienes que ir al hospital —dice como si fuera lo más natural del mundo.

Frunzo el ceño.

—¿Al hospital? ¿Cómo?

—Es imposible que puedan entrar en la casa sin una orden judicial. Y convencer a un juez... Bueno, ya lo sabes, tú eres abogada.

Asiento con la cabeza. Los Gallagher tienen tantos tentáculos que no me extrañaría que tuvieran a algún juez en el bolsillo. Ya me lo dijo Aidan. *No confíes en la policía*. Pero el caso es que no tengo otro remedio.

—Me tengo que entregar a ellos —digo—, sin que los hombres de mi marido lo sepan.

—Claro, entonces sí pueden protegerte.

—Pero no puedo dar un paso por la calle sin los hombres de mi marido. Ahora nos mudaremos a la casa de sus padres, allí tienen seguridad también.

—Ellos han pensado en eso —dice medio sonriendo.

Saca algo del bolso. Un sobre pequeño, doblado. Lo abre y dentro hay una pastilla roja.

—Con esto —dice mostrándolo.

Miro a Inés en busca de una explicación.

—Te provoca sudores fríos y el pulso disparado.

—¡Qué dices! ¡Ni loca!

—María, es seguro. Si no, no me la hubieran dado.

—¿Una pastilla? Parece de película.

—Lo sé, pero es así. Si quieres huir con garantías, es la única salida. Si no, tendrás que encontrar una manera de quitarte de encima a esos hombres que dices.

—Ya... —digo negando con la cabeza.

—Nadie sospecha de alguien que se cae al suelo y tiembla.

—¿Y después qué?

—Te vas con ellos, respondes sus preguntas y serás libre.

—Libre... —repito como si quisiera saborear esa palabra.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Tú me dijiste: Sácame.

—Sí.

Extiendo la mano y mi amiga me entrega el sobre.

—Guárdalo bien.

—Claro —digo y me lo meto debajo de la blusa.

—Tienes que hacerlo en cuarenta y ocho horas. Si no, se irán del hospital.

—¿Qué hospital?

—Al que suelen ir los Gallagher, el más caro de Marbella. Eso es lo que me han dicho que te diga.

—¿Qué lleva la pastilla?

—Ni idea.

—Inés.

—Te lo juro. Me han contado lo que hace, nada más.

—¿Deja secuelas?

—No creo.

—Eso me da una seguridad...

—Si te pusiera en riesgo no te la darían.

Me encojo de hombros. Se supone que perderé el control durante unos minutos y eso da miedo.

Deja escapar un suspiro. Sin querer, sustituyo un pensamiento por otro, y este duele.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—He caído en una cosa.

Inés parpadea, expectante.

—A lo mejor esta es la última vez que nos vemos —digo.

Se lleva la mano al pecho.

—Es verdad —dice con un hilo de voz.

—Eres lo único que me queda —digo.

—Con saber que estás viva en algún sitio me vale, aunque no pueda llamarte nunca.

Nos fundimos en un abrazo que dura una eternidad, o al menos me lo parece a mí. Qué bonito sentir el cariño de una gran amiga. No sé qué me habría pasado si no llego a contar con su apoyo. Su sola presencia ya me da la vida, y eso me lo concedió Aidan. Justo es reconocerlo.

Me levanto. Inés me abraza otra vez, ahora más breve, porque alargarlo sería peor.

—Cuarenta y ocho horas —repite.

—Vale.

Me marchó con el corazón encogido. Tom me espera abajo, junto al coche. Al verme, me saluda con la cabeza. Me abre la puerta y entro.

—¿Todo bien? —me pregunta cuando se sienta frente al volante.

Veó su mirada a través del retrovisor.

—Sí, todo bien —digo manteniendo la calma aunque apretando el bolso en el regazo.

Vuelvo a revivir mi encuentro con Inés. Parece una película de espías, pero no, es la vida real. Tengo una pastilla que me provocará algo que me llevará al hospital. Dios mío, es que no me lo creo.

¿Después de todo lo que ha hecho Aidan por mí, me voy a ir así, de esta manera? Pero al mismo tiempo, yo nunca le pedí nada y ahora voy a vivir en la casa de una familia que me odiaría si supieran quién fue mi bisabuelo. Lo mire por donde lo mire, cualquier camino es malo.

En la boca del estómago se acumula todo: los nervios, el remordimiento, la culpa... ¿Seré capaz de tragarme la pastilla y prepararme para lo que vendrá? ¿Y si no sale bien? ¿Y si me llevan a otro hospital?

Ahora tengo una nueva sensación que se apodera de mí. El miedo.

En casa, me bajo del coche y subo hasta el salón con el bolso pegado al costado y la pastilla debajo de la blusa. Al llegar al salón me paro en seco. La mesa está puesta. Aidan está junto con las mangas de la camisa dobladas hasta el codo. Me sonríe con esa sonrisa tan magnética, tan suya.

—Llegas justo a tiempo, cariño —dice—. Siéntate.

En la fuente del centro hay arroz caldoso con bogavante, y al lado un plato de tomates aliñados que huele de maravilla. Es lo que pedía mi hermano cuando había algo que celebrar.

—¿Tienes hambre?

—No mucho.

¿Quién podría tener hambre con todo lo que me pasa?

—Come aunque sea un poco —dice sirviéndome.

Hay algo distinto en él hoy, una manera de estar presente, como si afuera de la villa el mundo fuera un reino de calma y él lo supiera. Pero no lo es. Afuera el mundo es hostil.

—¿Qué tal Inés? —pregunta mientras parte el pan.

—Bien.

—¿De qué habéis hablado?

—Pues de cómo va todo. Me ha contado cosas del despacho. Ya sabes... Le digo que estoy bien. Es lo que necesita oír para que esté tranquila.

—¿Y lo estás, amor?

—Mejor, imposible —respondo sonriendo.

Su atención continua me mata lentamente más que cualquier amenaza, porque cada gesto suyo me recuerda lo que voy a hacerle. Y lo peor es que después de un mes encerrada, este hombre que me obligó a casarme es lo único que tengo, y voy a pagárselo con una huida a traición.

—Tengo que irme unos días —me dice.

Noto un vuelco en el estómago.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días, por eso te llevo hoy a la Finca.

Suelto el aire poco a poco.

—¿Hoy? Pensaba que teníamos más tiempo.

—Mientras yo esté fuera, nadie puede responder por tu seguridad. En la Finca sí.

Dejo el cubierto en el plato y lo miro de frente.

—¿Tiene que ver con ellos? —pregunto con cautela—. Con los que vienen a por mí.

—No.

—Aidan...

—He dicho que no.

La Finca es un nuevo escenario. Aidan va a estar afuera justo cuando me tome la pastilla. Inés me dijo que cuando les pasa algo a

los Gallagher los llevan al hospital más caro de Marbella. Si me desmayo en la Finca, ¿quién decide, uno de seguridad?

Termina de comer antes que yo. Se levanta y empieza a recoger la mesa. Me quedo sentada, con las manos en el regazo, viéndolo hacer una tarea que no tiene a quién delegar.

Después me tiende la mano para que me levante. Quedamos a un palmo uno del otro. Me coge desprevenida y me besa. Le devuelvo el beso aunque por dentro noto algo raro, como si estuviera actuando.

—Nos vamos en una hora —dice y sale del salón.

Me quedo sola con su sabor en los labios. ¿Ha sido nuestro último beso?

AIDAN

CRUZO LA PUERTA de la Finca con mi amada María. Llevo su maleta. He entrado por aquí mil veces como el sucesor de mis padres. Hoy es distinto. Ya no soy el sucesor sino uno más. Es humillante, sí, y no sé el tiempo que tardaré en acostumbrarme. Quizá nunca.

Cuánto me arrepiento de haber saboteado a mi hermana en el pasado. Supongo que me lo tengo merecido. Por culpa nuestra, Nicola, con la Bratva de su lado, es más poderosa que nunca.

Entro en la casa y parece un gesto de rendición más que otra cosa. Joder, qué mal todo. Uno de los empleados coge la maleta y se marcha.

—¿Estás bien? —le pregunto a María.

—Bueno.

—Tranquila, es mi familia, y aquí dentro estás segura.

—Eso espero —dice con una media sonrisa.

En el salón nos espera casi todos los Gallagher. Mi madre se levanta del sofá y va directa a María.

—Por fin te tenemos aquí, hija —dice y la envuelve en un abrazo.

Le agradezco a mi madre ese gesto con toda mi alma, y al mismo tiempo noto tensión en el estómago. Brid O'Sullivan abrazando a la bisnieta de Mac Meanman. Si ella supiera...

Mi padre está de pie junto a la chimenea. Le tiende la mano a María.

—Bienvenida —dice—. Esta es tu casa mientras la necesites.

—Gracias —dice ella.

Mi padre asiente. Es lo que esperaba de él, un hombre que lleva toda la vida estudiando quién pisa su terreno. Por ahora me sirve. Nellie se acerca con una sonrisa radiante.

—Me alegro un montón de que estés aquí —le dice a María—. Esta casa va sobrada de hombres y le faltan mujeres con cabeza.

—Y le sobran pistolas —añade Lola en voz baja, que aparece por detrás con dos copas. Le pone una en la mano a María—. Ven, anda, que te saco de en medio.

Hace unos días, cuando despaché al equipo de seguridad, se me cruzó la idea de que Nellie y Lola podían hacerle compañía aquí, para que no estuviera sola entre tanto Gallagher. Verlas ahora con ella me quita un peso de encima.

Seamus me saluda con la cabeza. Colin se levanta del sofá y besa a María en la mejilla.

—Bienvenida al circo. Si necesitas que alguien te explique quién odia a quién y por qué, yo cobro barato.

—Colin —le corta mi madre, aunque hasta a ella se le escapa la risa.

Entran los críos en tromba desde el jardín. Troy persigue a Hugo alrededor de la mesa, Luna va detrás arrastrando un peluche más grande que ella, y la pequeña Amber gatea hacia los zapatos de mi madre. La tensión se deshace de golpe.

Durante unos segundos esto es solo una familia en un domingo cualquiera, y María observa a los niños con algo parecido al alivio.

Nicola también está aquí, por supuesto. Todo en esta casa pasa ahora por ella. Yo incluido. Saluda a María con cortesía. No me hace gracia dejar a mi esposa junto a ella, pero no tengo opciones. Me animo al pensar que serán solo unos días, si todo va bien.

—Tengo que irme unos días a Dublín —le digo.

—¿Y eso?

—Ahora que voy a cerrar el negocio de las bebidas, tengo que pagar dinero a modo de compensación. No quiero que nuestro

nombre se vea perjudicado en el futuro.

—¿Por qué no envías a alguien de confianza?

—Prefiero hacerlo yo mismo. Quiero cerrar esto ya y pasar a otra cosa.

Me mira con desconfianza por un instante. Ahí, dentro de ella, está el rencor que aún me guarda.

—Cuando vuelvas, hablamos y me cuentas lo que has hecho.

—Cuenta con ello.

—¿Qué te gustaría hacer cuando vuelvas? —pregunta, refiriéndose a un papel en la familia.

—Lo que estaba haciendo antes.

—Ya... Lo tendré que pensar.

Me voy a Dublín a por la gente de Declan. Los mismos que mataron a Darío y que ahora quieren matar a María. Recuerda, Aidan: Conor Hazard, gimnasio a las seis, los domingos en casa de su madre. Mi hermana eso no lo va a saber jamás, porque el día que Nicola entienda por qué hago lo que hago, sabrá quién es María. Y ese día se acaba todo.

Vuelvo al salón. María sigue entre Nellie y Lola, con la pequeña Amber colgada de una pierna. Le hago una seña con la cabeza. Me sigue hasta el recibidor, lejos de los demás.

Le cojo las manos, que tiemblan. Es por mi familia, es tener que actuar delante de gente que no debería saber quién es ella. Es eso. Tiene que ser eso.

—Eh, mírame.

Levanta la barbilla.

—Vas a estar bien aquí —le digo—. Mi madre te va a cuidar. Lola y Nellie te harán compañía.

—Vale.

Le brillan los ojos. Suelto una mano y le aparto un mechón de la cara. Está bellísima, como siempre. La beso. Despacio, distinto al de hace una hora en la villa. Ojalá que no, pero me ha sabido como si fuera nuestro último beso. Será lo especial del momento.

Me separo de ella con esfuerzo. Doy un paso atrás, dos. Llego a la puerta y me giro una última vez. Ahí está. La voy a echar de menos.

En el dormitorio de la villa, saco la bolsa de viaje del vestidor y empiezo a llenarla. Dos camisas oscuras, un jersey, ropa interior, etc. Los cargadores del móvil y del portátil, enrollados, al bolsillo lateral. La documentación en el compartimento de arriba, a mano.

Del fondo del armario saco la pistola. Enrosco el silenciador, compruebo el cargador, la envuelvo en una camiseta y la hundo en el centro de la bolsa, entre la ropa. Dublín no es Marbella. Allí voy a una cosa concreta y a nada más.

Dejo la bolsa junto a la puerta y me siento al borde de la cama.

Abro la carpeta que me dio Tom. Quiero repasar los detalles. Conor Hazard en la primera página. Es la mano derecha de Declan, el gran objetivo. El hombre que ordenó matar a Darío y que ahora quiere hacer lo mismo con María.

Paso las hojas. La dirección de Dublín es un adosado en las afueras. El gimnasio al que baja cada mañana a las seis, solo, sin escolta, porque a esa hora hay cuatro gatos. Los domingos come en casa de su madre, siempre a la misma hora.

Cojo el boli y anoto en el margen. Seis en punto. Nadie alrededor. Calculo la ventana: entro, lo hago, salgo antes de que la ciudad se despierte. Doce minutos, quince como mucho. Cruzo los horarios con el vuelo privado de vuelta. Todo cuadra. Bien.

Todo esto por ella. Para que pueda dormir tranquila el resto de su vida. Algo cae sobre la cama. Un *pendrive*.

Lo cojo entre dos dedos. ¿Qué será? Bajo al salón y lo conecto al portátil que usaba Tom. Veo que hay varios archivos ordenados por fecha.

Le doy al primero. Qué sorpresa. La voz es la de Inés. Habla con otra mujer, otra abogada. Ya sé lo que es: el volcado del teléfono de Inés. El que ordené intervenir hace semanas, cuando algo en ella empezó a no encajarme.

—Entonces lo vemos el martes en la vista, ¿te viene bien?

—Me cuadra. Oye, ¿al final arreglaste lo de la canguro?

—Un desastre. Me ha dejado tirada con dos días de aviso, imagínate el marrón.

Adelanto. Nada de esto me sirve. La voz de Inés otra vez. Le responde un hombre que jamás he oído. Ella le llama «Cabo».

—La pastilla se la das tú. Una sola. Le dispara el pulso y le provoca sudores fríos. Parece una urgencia de corazón de manual, y cualquier médico la ingresa sin pensárselo.

—¿Está seguro de que es inofensiva, cabo?

—A la dosis que le he preparado, malestar y poco más. Lo justo para que la crean.

—¿Y a qué hospital la llevarían?

—Al privado de la milla de oro, el más caro de Marbella.

—¿Y si algo se tuerce? ¿Si acaban ingresándola en otro sitio?

—Para eso está atado todo. En cuanto cruce la puerta, mis hombres la sacan.

—¿Cuánto tiempo hay desde que se la toma?

—Media hora larga hasta que empieza a notarlo. Otra media hasta el ingreso. Tiempo de sobra.

—Está bien.

—Tranquila. Esto lo he hecho más veces y todo ha salido bien.

La milla de oro. Una pastilla. Sacarla del hospital. Un plan entero, montado para arrancármela de las manos. A mi esposa. Un cabreo enorme empieza a invadirme.

Paso al siguiente archivo. Otra fecha, más reciente. Inés de nuevo, con el mismo hombre.

—Ya está. Ha aceptado.

—¿Ella misma? ¿Sin dudas?

—Ninguna. Se toma la pastilla y sabe lo que va a pasar. Está de acuerdo con todo. Quiere salir de ese infierno.

—Pues entonces adelante.

Detengo el audio. María ha aceptado. Está de acuerdo. Quiere huir de mí. Lo escucho entero otra vez, de principio a fin. La pastilla, el hospital, los hombres del cabo. «Ha aceptado». «Está de acuerdo.» «Quiere salir de ese infierno».

—¡Hija de puta!

Cojo el portátil con las dos manos y lo estrello contra la pared. Barro de un manotazo todo lo que hay sobre la mesa. Vuelco la silla de una patada. Arranco la lámpara de la mesilla y la lanzo contra la ventana. Se oye un estruendo horrible.

MARÍA

ME DESPIERTO y tardo unos segundos en situarme. La Finca. El dormitorio de invitados. Mi primera mañana aquí. La luz entra por una rendija de las cortinas y dibuja una franja en el suelo.

Antes de vestirme voy al neceser. La pastilla sigue ahí. El alivio me dura un suspiro y enseguida se convierte en algo que me aprieta el pecho: hoy o mañana tengo que hacerlo. El plazo corre y no hay vuelta atrás.

¿Y si alguien descubre la pastilla? Voy a cambiarla de sitio.

Empiezo por la cómoda. Abro los cajones uno a uno: madera buena, forro de tela y ni una sola cerradura. Cualquiera puede abrirlos igual que yo. No me vale.

Paso al armario, aparto las perchas y palpo la balda de arriba. Es el primer sitio donde buscaría cualquier persona con dos dedos de frente. Descartado también.

Queda la estantería. Esconder algo detrás de los libros es de niño de doce años con un diario, y aun así lo pienso un poco. Eso da la medida de lo desesperada que estoy. Unos golpecitos en la puerta me sobresaltan.

—Soy Nellie.

—Pasa, pasa.

La puerta se abre lo justo para que asome la cabeza.

—El desayuno está listo. Te esperamos abajo.

—Enseguida voy —digo sonriendo.

Vuelvo a guardar la pastilla en el neceser. Me visto deprisa. Siento un nudo en el estómago, pero es lo que hay. Prefiero no llevar la pastilla encima.

El comedor huele a café y a pan recién tostado. Brid preside la mesa desde la cabecera, con la espalda recta y un bol de muesli delante de ella. Hay un sitio libre a su izquierda.

—Siéntate, María. ¿Has descansado?

—Sí, gracias.

—Me alegro. En una casa ajena la primera noche nunca se duerme del todo.

—Pues yo he caído rendida.

Es una mentira a medias. Hugo deja el vaso de leche y se limpia el bigote blanco con la manga.

—María, ¿te gustan los trucos de magia?

—Me encantan —digo—. A ver ese truco.

Saca una baraja del bolsillo del pantalón y me extiende el abanico de cartas. Cojo una sin enseñársela: el siete de tréboles. La devuelvo al montón y él baraja con la lengua entre los dientes, concentradísimo.

—¿Era esta? —Me planta un rey delante.

—Frío, frío.

—¡Espera! —exclama y vuelve a mezclar, saca otra carta y me la muestra—. ¿Y esta?

El siete de tréboles otra vez.

—Madre mía —digo—. Eres un mago increíble.

—¡Lo sabía!

Hugo se infla como un pavo, Luna se parte de risa y yo me descubro riéndome también. La primera risa desde hace mucho. Esta familia me ha abierto su casa, me sientan a su mesa, y yo tengo una traición planeada.

—En un ratito bajaremos al jardín con los niños —dice Lola—. ¿Te apuntas?

—Hay una zona de sombra junto a la fuente —añade Nellie—. Se está de maravilla.

Negarme levantaría sospechas porque no hay mucho que hacer aquí.

—Claro que sí. Me apetece mucho.

Mientras la familia habla entre ellos, Liam se sienta a mi lado. Viste con un traje, igual que todos los hombres de la familia.

—Sra. Gallagher, soy Liam, el responsable de la seguridad de la familia —dice con mucha formalidad—. Quería explicarle cómo funciona la casa mientras Aidan está fuera. Si necesita cualquier cosa, me lo pide a mí directamente. Y si le apetece pasear, uno de mis hombres la acompañará.

—¿Puedo hacer una llamada? A Inés, una amiga que Aidan conoce.

—Las comunicaciones con el exterior quedan pendientes hasta la vuelta de su marido.

—Claro, cómo no —digo disgustada, aunque ya me lo imaginaba.

Nadie va a confirmarme nada, nadie va a decirme si esto es una locura o la única salida que me queda. La decisión es mía y de nadie más. Me despido de Brid y subo al dormitorio.

En el pasillo, el corazón me da un vuelco al ver la puerta entornada. ¡Yo la dejé cerrada! Entro y veo que la maleta ya no está sobre la banqueta: alguien la ha vaciado y se la ha llevado.

Voy al armario. Mi ropa cuelga, planchada y ordenada. En el baño, el neceser descansa junto al lavabo con los botes alineados en fila. Abro la cremallera y busco la pastilla.

Sigue ahí. Menos mal. Uf, qué alivio.

¿Quién ha entrado? Seguramente alguien del servicio ha entrado a deshacer la maleta y a dejarlo todo perfecto mientras yo desayunaba. La conclusión es evidente: no existe ningún escondite seguro. A partir de ahora la llevo encima. Donde vaya yo, va la pastilla.

Queda poco para reunirme con los demás, el tiempo justo.

La mano me tiembla. Podría tragarme la pastilla y ver qué pasa. Acabar con este miedo que me come por dentro. Lo pienso tan en serio que acerco la palma a la boca.

¿Y si sale mal? ¿Y si me pasa algo aquí dentro y nadie llega a tiempo? Me veo tirada en el suelo, sola, mientras el resto está en el

jardín. ¡Voces en el pasillo!

A toda prisa, envuelvo la pastilla otra vez y me la meto en el bolsillo del pantalón. Me miro un momento en el espejo. Me cuesta un mundo, pero sonrío.

—¿María? —dice Lola entrando—. Cuando quieras, bajamos.

Hugo me espera sentado en un escalón, con la baraja en la mano, y se levanta de un salto al verme.

—¿Te enseño otro truco en el jardín?

—Me encantará, señor mago.

¿Cuándo me atreveré a tomarme la pastilla?

AIDAN

SACO el móvil y miro la foto una vez más. Conor Hazard, unos cuarenta años, cara ancha, el pelo rapado en las sienes. La he mirado tantas veces en el avión que podría dibujarla con los ojos cerrados.

Hoy es domingo. Las tres y media, y llevo hora y media metido en un coche de alquiler, media calle por debajo de un adosado de ladrillo rojo con geranios en la ventana.

El gimnasio habría sido una opción. Seis de la mañana, la calle desierta, entrar y salir. Pero el vuelo privado aterrizó tarde, se me fue esa oportunidad y ahora toca pillarlo a la salida de casa de su madre.

De repente, cierro los ojos un instante y vuelve la voz de Inés en los audios del *pendrive*. «Ha aceptado. Está de acuerdo. Quiere salir de ese infierno.»

María quiere huir de mí. Quería olvidarme de eso durante el viaje, pero es imposible. Aquí la tengo otra vez, envenenándome. Aprieto el volante hasta que me duelen los nudillos. Pero ahora mismo hay un hombre del que tengo que sacar una dirección a toda costa.

Ahí está. Chándal gris, una bolsa de tela colgando de la mano. Se inclina a darle un beso a una mujer menuda encorvada en el umbral,

le dice algo, ella le contesta y se despiden. Él baja los tres escalones y tira hacia la esquina, hacia un Passat plateado aparcado a la salida.

Abro la puerta y salgo.

Camino detrás sin prisa con las manos en los bolsillos. Noto la pistola con el silenciador bajo mi axila. Domingo de sobremesa, las familias en casa. Lo que quiere decir aceras despejadas.

Lo alcanzo justo cuando mete la llave en la puerta del coche.

—Conor.

Se vuelve. Me estudia con la cara de quien calcula en medio segundo si el que tiene delante es amigo o enemigo.

—¿Nos conocemos?

—Todavía no —digo, y abro la chaqueta para que vea la culata de la pistola—. Tú al volante. Yo detrás. Las manos donde yo las vea.

Me clava la mirada con arrogancia.

—¿Sabes quién soy?

—Sé de quién eres el perro. Arranca, vamos.

Entra, me siento detrás, le pongo el cañón entre los omóplatos.

—¿Adónde?

—Sal del barrio y tira al sur. Yo te voy diciendo.

Conducimos un par de manzanas. Me mira por el retrovisor.

—Por dinero no es —dice—. Un tío con tu ropa y tu manera de hablar no viene a robarle el reloj a nadie.

—Gira a la derecha y cierra la puta boca.

Llegamos hasta un polígono de naves pegado a la vía del tren. Los domingos dicen que es un cementerio. Le hago meter el coche detrás de un almacén con las persianas oxidadas.

—Para. Las llaves, ponlas en el asiento de al lado.

Obedece. Después le digo que baje. En vez de bajar, gira el cuerpo de golpe. El filo de una navaja le brilla en la mano derecha. No sé cómo, pero la hoja me entra por el costado antes de que pueda apartarme. Joder, qué puto daño.

Le meto el codo en la cara. Una vez, dos. Abre la mano y la navaja se le va al hueco entre los asientos. Nos enganchamos, él tirando de mi muñeca para llegar otra vez al arma, yo con una mano buscando su cuello.

Es mucho más fuerte de lo que aparenta en la foto. Aguanto el dolor pero no la humedad de la sangre. Le engancho el pulgar en la cuenca del ojo y aprieto. Grita como un cerdo. Le pongo el cañón de la pistola bajo la barbilla.

—Quieto o te vacío el cargador en la cabeza.

Se queda quieto. Noto que mi cuerpo pierde fuerza. Aprieto los dientes. Ya me ocuparé de curarme cuando tenga lo que he venido a buscar.

Lo saco del coche y lo tiro contra el suelo. Le meto una bala en la rodilla para quitarle las ganas de correr. Suelta un grito y se lleva la mano a la herida.

—Vamos a hacer esto rápido, Conor, que ninguno de los dos tiene toda la tarde —digo y me acucillo delante de él. El gesto me arranca una punzada de dolor que casi me tumba—. ¿Dónde está Declan?

—¡Vete a la mierda!

Le piso la rodilla. Vuelve a gritar.

—¿Dónde está Declan?

—No lo sé —responde sufriendo—. Cambia de sitio cada semana. Le hundo el cañón en la herida. Otro grito.

—¡Wicklow! —suelta al fin, con la voz ya débil—. Tiene una casa en Wicklow. En la carretera de Roundwood, una granja vieja rehabilitada, la única con el portón blanco. Ahí se esconde cuando quiere desaparecer.

—¿Seguridad?

—Dos hombres en el portón —Traga saliva—. Él duerme arriba, en la habitación del fondo, la que da al campo.

—¿Cuántos duermen dentro?

—Ninguno, solo Declan —responde y me agarra la muñeca con la mano que le queda entera—. Ya está. Te lo he dado todo. Déjame ir a un hospital, por Dios. ¡Te lo suplico!

Pienso en Darío un par de segundos. Tirado en un callejón de Londres por orden de la gente de Declan. Pienso en María durmiendo en la Finca sin saber que estoy aquí. Y pienso que un hombre que ha vendido a su jefe en tres minutos volvería a vender a cualquiera en otros tres.

—Gracias por la dirección.

Le meto una bala entre las cejas. Se queda tumbado boca arriba como un estúpido muñeco.

Me cuesta ponerme de pie. Siento en el costado un latigazo. Estoy perdiendo mucha sangre. Me pongo la mano pero no aguantaré mucho tiempo. Mierda, aun no he terminado la misión y ya estoy bien jodido. ¿Qué hago?

Lo ideal sería deshacerme del cadáver, pero no hay tiempo que perder. Me quito la chaqueta, me la anudo apretada alrededor del costado y aprieto hasta que veo chiribitas. Servirá para aguantar hasta llegar a Wicklow, por lo menos.

Vuelvo al coche de alquiler dejando un reguero de sangre que ya limpiaré o no. Me siento al volante. Las manos me tiemblan sobre las llaves y las obligo a estarse quietas.

Roundwood. Portón blanco. Cuatro dentro, dos en la verja. Declan arriba, la habitación del fondo.

Arranco. Voy a seguir sangrando, lo sé. Pero no descansaré hasta matar a Declan y que María quede libre para siempre.

Apago las luces medio kilómetro antes del desvío de Roundwood y meto el coche en un camino de tierra, pegado a un muro de piedra. El resto lo hago a pie, campo a través. La chaqueta anudada al costado pesa por la sangre empapada. Cada paso me cuesta el doble de lo que debería costarme. Da igual. Solo le pido a mi cuerpo una hora más.

La granja asoma detrás de una loma. Dos plantas, tejado de tejas, y una ventana iluminada en la planta baja. El portón, tal cual lo describió Conor antes de morir. Y los dos hombres: uno apoyado en la verja con un cigarro, el otro sentado en un Land Rover con la ventanilla bajada.

El cielo es un manto oscuro con estrellas. Me arrodillo detrás de unos arbustos y enrosco como puedo el silenciador, porque las manos están torpes.

Avanzo pegado al muro, agachado, parando cada pocos metros para respirar profundamente. El del cigarro le da la última calada y lo tira al suelo. Se gira hacia el campo para mear con absoluta calma.

Ahora.

Dos disparos. Uno para el de la verja, en la nuca, y otro para el del Land Rover, que ni llega a girar la cabeza. Se queda con la barbilla clavada en el pecho, igual que un borracho dormido en su coche.

Me acerco y remato a los dos cabrones. Una bala más para cada uno.

Entro y cruzo el patio arrastrando los pies por la gravilla. Me pego a la fachada, junto a la ventana iluminada. Parece la cocina. Sorpresa, hay más hombres: uno de espaldas, calentando algo en un cazo, y otro sentado a la mesa con el móvil en la mano y una escopeta apoyada contra la pared.

Cuento hasta tres y me asomo por la ventana, que está abierta. El del móvil levanta la vista. Le meto dos balas en el pecho antes de que le dé tiempo a abrir la boca.

El del cazo se vuelve con el cacharro en la mano y me lo lanza a la cara. Lo sorteo, pero el tipo se me echa encima. Es grande, joven, fuerte.

Caemos al suelo del patio. El dolor me traspasa. Por un segundo se me va la vista. El tío me agarra la muñeca y me la dobla para quitarme la pistola.

Pero dejo de tirar hacia atrás y empujo hacia delante con todo mi peso. El cambio lo descoloca. Le meto un cabezazo en la nariz y gruñe de dolor. Aprieto el gatillo dos veces contra su estómago. Se dobla, cae de rodillas, y el tercer disparo lo tumba del todo. Muerto.

El vendaje improvisado ya suelta sangre otra vez. Me pongo de pie no sin esfuerzo y busco las escaleras.

Subo agarrándome a la barandilla con las dos manos. Creo que si no fuera que hago esta locura por María, caería al suelo desmayado. Me encuentro a un hombre en el descansillo. Setenta y tantos años, canoso.

—¿Quién mierda eres? —me suelta.

—Soy Aidan Gallagher y he venido a matarte.

Levanta la mano rápidamente. Le disparo en el hombro y se oye cómo cae algo al suelo. Supongo que la pistola. Se queja del dolor mientras me acerco.

—Gallagher, ¿eh? —dice con desprecio, sujetándose el hombro—. Tenía que ser el puto Gallagher. Los irlandeses que viven en la Costa del Sol, los exiliados.

Se ríe como una hiena.

—Lograste matar a un Meanman —le digo—, y pagarás por ello.

—¿Hablas de Darío? Sí, lo mandé matar y bien a gusto que me quedé. No pude matar con mis manos al viejo, pero las deudas se heredan se quieran o no. ¿Sabes quién fue Meanman?

—Un soplón.

—El más grande que ha parido este país —dice con odio—. Veinte años pasándole nombres a la policía. Veinte años vendiendo a los clanes de toda la vida, uno detrás de otro, para quedarse él solo con el pastel. Los Brennan, los Cassidy, los míos... Mi abuelo se pudrió en Portlaoise por un cargamento que Meanman mismo le colocó. Mi padre heredó un apellidoapestado y una casa embargada. Yo crecí limpiando establos de gente que antes se inclinaba al cruzarse con nosotros. Y los Meanman, mientras tanto, de rositas. El viejo viviendo en la cárcel de España tan a gusto.

—Y medio siglo después vas y se lo cobras a dos nietos que ni conocían la historia.

—Ya te lo he dicho. Las deudas se pagan —dice con los ojos brillantes—. El tipo de Londres fue el primero. La chica era la siguiente. Con ella se acababa el apellido y yo podía morirme en paz, con el nombre de mi familia limpio. Dime que tú no habrías hecho lo mismo.

—Yo no mando a matar por una deuda de un antepasado.

Lo miro y me doy cuenta de que ya no queda nada que sacarle. Es solo un viejo devorado por un rencor que empezó antes de que existiéramos ninguno de los dos. Darío está muerto por eso. Y María huyendo de un pasado que no es el suyo.

—Tú eres como yo. Un asesino.

Le disparo dos veces al pecho. Se queda quieto por un instante. La sangre brota, se tambalea y sonríe como un loco antes de caer al suelo. Se acabó.

—En mi mundo, matar a un asesino tiene perdón —le digo antes de rematarlo con un tiro en la frente.

De repente, siento que mis rodillas me fallan. Todos en la casa est n muertos. Antes de irme, quizá merezca la pena buscar un botiquín.

Llego a un baño de una habitación y abro el armarito que hay sobre el lavabo. Lleno de cosas que creo que pueden ayudarme. Vendas, esparadrapo, tijeras, etc.

Corto la camisa con las tijeras. La herida tiene mala pinta: los bordes hinchados, oscuros. Hago un taco con gasas, lo planto encima y paso la venda alrededor del torso, dos vueltas, tres. Tengo que sujetar un extremo con los dientes y tirar con la cabeza hacia atrás.

Al apretar la venda a llo de dolor. Me cuesta respirar pero creo que puedo aguantar hasta el aeropuerto. Tengo que salir de Irlanda ya. Antes de que alguien eche en falta a Declan o de que yo caiga redondo al suelo.

Arriba, Aidan. Un último esfuerzo.

Me pongo de pie apoyándome en la pared. Me cuelgo la chaqueta sobre los hombros para ocultar el vendaje y bajo las escaleras agarrado a la barandilla. Salgo de la granja. Afuera, el frío de la noche me sienta bien aunque puede ser que lo que tenga sean sudores fríos.

Me meto en el coche y, con un esfuerzo descomunal, logro girar la llave. El motor se pone en marcha. Meto primera y me alejo.

Por el retrovisor, la granja se va haciendo pequeña hasta quedarse en nada: una mancha en la oscuridad de Wicklow, con el cuerpo de Declan dentro. Misión cumplida. María es libre.

MARÍA

LA PASTILLA roja en la palma de mi mano. El vaso de agua, en la mesita. Llevo un minuto así, como una tonta.

Tiene que ser hoy. El tiempo se va a agotar, así que no puedo ponerme más excusas.

Pienso en Inés para atreverme a tomar la pastilla. En la seguridad con la que me prometió que era un procedimiento controlado. Sudores fríos, pulso disparado, un susto de un ratito. Después, la Guardia Civil para recuperar mi vida.

Cojo aire. De repente, unos golpes en la puerta.

—¡María! —exclama una voz—. ¿Estás ahí?

Es Lola. Cierro el puño y le digo que entre.

—Acaba de llamar Liam —dice—. Es Aidan. Lo han ingresado de urgencia en Marbella.

De repente, mi corazón da un salto mortal.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto con alma en vilo.

—Nadie lo sabe todavía. Ha vuelto de Dublín y ha llegado muy grave al hospital. Salen ahora mismo. Baja ya, que te esperan.

Se va corriendo por el pasillo y yo sigo con el puño cerrado, temblando como un flan. Aidan. Grave. Las dos palabras me desgarran por dentro.

La pastilla, a la mierda. La envuelvo en su papel, la guardo en el bolsillo del pantalón y, con el bolso, bajo las escaleras con apremio.

Afuera esperan dos coches. Brendan, Brid y Nicola suben al primero. Seamus me abre la puerta del segundo y Colin se sienta delante. Lola se despide desde la entrada.

—Nellie y yo nos quedamos con los niños —dice—. Llamad en cuanto sepáis algo, por favor.

Arrancamos y salimos de la Finca.

—¿Qué se sabe? —pregunto.

—La tripulación del avión privado nos dijo que ya estaba medio inconsciente al subir, y que lo llevaron al hospital nada más aterrizar.

Colin va callado todo el trayecto, con la vista clavada en la autovía. Seamus conduce con las manos fijas en el volante. Y yo me descubro rezando en el asiento de atrás. Yo, que dejé de rezar después del funeral de mi hermano.

El hospital está en la milla de oro. Nos pasan a una sala de espera privada. Asientos de cuero, una máquina de café, revistas que nadie lee. Nicola nos ve.

—Siguen operándolo —dice—. Llegó consciente, aunque muy débil. Ha perdido mucha sangre durante el vuelo.

—¿Qué clase de herida tiene? —pregunto con una mano en el pecho.

—En un costado, parece que le clavarón algo afilado.

Nicola se cruza de brazos y da la espalda al grupo. Nadie añade nada más. Pasa una hora larga hasta que entra un médico con un gorro de tela verde en la mano.

—¿Familia de Aidan Gallagher?

Nos levantamos todos a la vez.

—Soy su padre —dice Brendan.

—Su hijo ha ingresado con una herida por arma blanca entre las costillas. Causó una hemorragia interna importante y ha llegado con muy poca sangre en el cuerpo. Hemos conseguido controlar el sangrado, pero está muy debilitado. Tengo que ser honesto con ustedes: el pronóstico es reservado. Las próximas horas serán decisivas.

—¿Va a salir de esta? —pregunta Brid.

—Es joven y fuerte, eso juega a su favor. Más no puedo decirles por ahora.

—¿Podemos verlo? —pregunta Brendan.

—Cuando lo subamos a planta, de uno en uno y solo unos minutos.

El médico se marcha. Brid se deja caer en el sillón y Brendan permanece a su lado. Nicola sale afuera con el móvil pegado a la oreja. Colin y Seamus intercambian una mirada de preocupación.

Una herida de arma blanca. En un viaje a Dublín para firmar papeles y pagar indemnizaciones. Eso fue lo que me dijo. ¿Y si me mintió y fue por mí?

Suben a Aidan a planta a media tarde y seguimos esperando en silencio. Resulta conmovedor que muchos de la familia estén aquí. Quizá después de todo se preocupan unos por otros debajo de tanta guerra civil en la superficie.

Vamos pasando para ver a Aidan. Brid entra unos minutos y sale con los ojos rojos de haber llorado. Brendan pasa después y vuelve sin decir palabra.

Yo entro luego. Aidan duerme con una vía en cada brazo. Le beso en la frente. Me siento como la esposa que cuida al guerrero. Una lágrima se me escapa y se desliza por la mejilla.

La pastilla sigue en mi bolsillo. Un recordatorio de lo que estaba a punto de hacer esta mañana, mientras él se desangraba por ahí. Salgo del cuarto para que entre otro miembro de la familia. Me siento cerca de Brid y ella me palmea la pierna.

—Saldrá de esta —me dice—. Estoy convencida.

—Eso espero.

Ya es de noche cuando una enfermera se asoma a la sala.

—Está despertando y pregunta por la familia. Pueden pasar, pero pocos y sin agobiarlo.

Entramos sus padres y yo. Aidan tiene los ojos entreabiertos y está apoyado en el cabecero. Intenta erguirse al vernos y Brid llega antes.

—Nos has dado un susto de muerte, hijo.

—Lo siento —dice haciendo un gesto de esfuerzo.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunta Brendan.

—No lo sé. Me atacaron por la espalda. Creo que querían robarme, pero me defendí y me apuñalaron. Preferí aguantar y no ir a un hospital de allí para que no avisaran a la policía.

Brendan asiente despacio.

—Descansa —dice—. Es lo único que tienes que hacer ahora.

—¿Nos dejáis un momento? —pide Aidan a sus padres.

—Claro que sí —dice Brid.

Cuando me quedo a solas con él le cojo de la mano. De cerca está peor: los labios agrietados, media cara sin afeitar, un moratón que le asoma por el cuello de la bata. Me busca la mano y se la doy sin pensarlo.

—Mi viaje a Dublín para cerrar el negocio era mentira.

—Ahora da igual.

—Escúchame —dice con un hilo de voz—. Tengo algo importante que decirte.

—Te escucho —digo sintiendo un nudo en la garganta.

—Fui a buscar a los que mataron a Darío —dice y se detiene como para reunir fuerzas—. Los mismos que andaban detrás de ti.

—¿Los has matado?

—Al cabecilla, a su mano derecha y algunos de sus hombres.

Me quedo mirando nuestras manos juntas. Siento su energía constante aunque debilitada a través de su piel.

—Podrías haber muerto, Aidan.

Cierra los ojos un segundo y los abre.

—Ya no queda nadie que te quiera muerta, María. Nadie que conozca tu apellido ni lo que significa. La amenaza se acabó para siempre.

—Aidan...

—Eres libre.

—Gracias —digo emocionada—. Lo que has hecho por mí es...

—Si quieres marcharte de los Gallagher, puedes hacerlo. De esta casa, de esta familia, de mí. Nadie te lo impedirá. Yo menos que nadie.

Los ojos se me empañan por las lágrimas.

—Nadie ha hecho tanto por mí —le digo en medio de sollozo.

Aidan sonríe.

—No me debes nada.

Me inclino y le beso en la boca. Siento en mi interior una cálida brisa que me gustaría que estuviera ahí siempre.

MARÍA

EN LA FINCA, en el dormitorio de Aidan, la enfermera despliega el material sobre la cómoda: gasas, suero, esparadrapo, unas tijeras pequeñas. La ha mandado Brid. Es una mujer madura, rellenita y cara de buenas persona.

—Es un momento —dice sonriendo—. Le cambio el vendaje al señor y me marchó.

—Lo hago yo.

Me sale sin pensarlo. La mujer se queda con una gasa a medio abrir entre las manos.

—Hay que limpiar la sutura con cuidado, señora. Y vigilar que no supure.

—Enséñeme los pasos y yo me encargo.

Me lo explica dos veces, me deja la bandeja ordenada y se despide hasta la próxima revisión agitando la mano. Qué encanto. La puerta se cierra y me acerco a la cama. Aidan está incorporado sobre el cabecero, con la parte de arriba del pijama abierta enseñando su sexy pecho.

—¿Desde cuándo sabes tú de curaciones? —pregunta.

—Desde hace un minuto. Has oído las indicaciones igual que yo.

—Qué tranquilidad me das —dice con ironía.

Me siento en el borde del colchón y retiro el esparadrapo tirando de las esquinas. Debajo, la sutura le cruza el costado entre dos costillas, rodeada de un moratón que va del violeta al amarillo. Trago saliva y disimulo lo mucho que me angustia verle así.

—¿Duele?

—Cada vez menos.

—Eso es muy buena señal.

Sonríe y aprieta los dientes un instante. Empapo una gasa en suero y limpio alrededor de los puntos, despacio, sin apretar. Tiene la piel caliente.

—Tienes manos de abogada, no de enfermera —dice sonriendo.

—Los abogados servimos para todo. Curamos y resolvemos litigios.

Se me va un poco la mano y masculla algo. Sigo limpiando. En la ceja izquierda tiene una línea donde el vello desaparece.

—¿Y esa marca de la ceja? —pregunto por curiosidad.

—Tres tipos en un callejón. Uno llevaba una barra de hierro.

—¿Ah, sí? —digo desconfiada.

Se lo piensa dos segundos.

—Puede que fueran dos. Y puede que lo de la barra fuera el canto de una mesa de billar.

—O sea que te caíste en un bar.

—Me empujaron. Hay matices.

Me río por sus tontas ganas de impresionarme. En el hombro derecho asoma otra cicatriz del tamaño de una moneda pequeña. Qué extraño que no las viese antes.

—A ver esta. ¿Cuál es la historia?

—El roce de una bala. Tiroteo en el puerto de Marbella en mitad de la noche.

—Aidan...

—¿Qué?

—Que ya sé cuándo exageras. Se te arruga esto —digo tocándole el rabillo del ojo.

Resopla como un niño pillado con las manos en la masa.

—Fue un anzuelo. Pescando con mi padre a los nueve años. Se me clavó hasta el hueso y mi madre me lo sacó con unos alicates.

—¿Y lloraste?

—Los Gallagher no hacemos esas cosas. Grité, que es distinto.

Esta vez me salen carcajadas. Le coloco el apósito limpio sobre los puntos y lo fijo por los bordes.

—A tu hermano le encantaba la historia del anzuelo —dice—. La llamaba mi versión heroica de una tarde de pesca. ¿Te contó lo de la comisaría de Marbella?

—A ver, cuéntame tu versión.

—Darío dijo que era imposible usar un hidropedal de la playa sin que nadie se enterara.

—¿Y lo era?

—Los encargados nos pillaron y llamaron a la policía local.

—Él me dijo que fue idea tuya.

—¡Mentira! ¡Fue suya!

Nos reímos los dos a la vez. Hablar así de Darío duele menos de lo que esperaba: anécdotas en lugar de pésames. Me imagino a los dos adolescentes con caras de travieso.

La puerta se entreabre y Brid asoma la cabeza.

—¿Cómo va el enfermo?

—Sobrevivirá —digo—. Aunque descubrí que exagera las batallas.

—Eso lo hace desde niño —dice acercándose a los pies de la cama—. Una vez volvió del colegio con un chichón y una historia de cinco contra uno. Fueron dos, y uno era el poste de la portería.

—Mamá, que me abochornas.

—¿Qué? Tu mujer tiene derecho a saberlo.

«Tu mujer». Lo dice con naturalidad y se me queda dentro.

—¿Has comido algo? —le pregunta a su hijo.

—Un caldo. Estoy bien.

—Eso lo decido yo. Le digo a la cocina que te suba fruta y pan.

—Uf, prefiero la comida del hospital —dice guiñando un ojo.

Brid se ríe con ganas. Los tres seguimos así un poco más, con bromas, y esta habitación parece la de cualquier familia con un convaleciente. Brid se inclina y le besa el pelo. Al pasar por mi lado me aprieta el hombro.

—Cuidámelo —dice—. Que este, en cuanto pueda andar, se escapa.

—Para eso estoy.

Sale y deja la puerta entornada.

Vuelvo al vendaje. Corto una tira de esparadrapo, la miro, corto otra. Y ahí caigo en la cuenta: llevo con esta cura el doble del tiempo necesario. La enfermera habría terminado en cinco minutos. Yo llevo veinte y sigo alisando gasas que ya estaban lisas.

Hay más. Me he fijado en cómo huele a jabón. Me he fijado en sus manos, quietas sobre la sábana, unas manos bonitas para un hombre que hace lo que hace. Y llevo un buen rato sonriendo sin motivo, con la vista puesta en su sonrisa.

Me incomoda. Y me gusta. Las dos cosas a la vez. Coloco la última tira y la aliso con el pulgar. Reviso el conjunto: recto, firme, digno de aprobado.

—Listo.

—Gracias, Sra. Gallagher —dice y chocamos las palmas de la manos.

Recojo los restos de la cura sin prisa. Me ha llamado «Sra. Gallagher». Hoy me gusta.

Días después, sigo ocupándome de Aidan. Qué menos después de todo lo que ha hecho por mí. Ahora el termómetro marca treinta y ocho y medio. Tiene la frente empapada.

—Voy a llamar a la enfermera a alguien —digo.

—Es fiebre, no un infarto. Mañana habrá bajado. Además, ya es de noche y terminó su horario.

—¿Y si sube?

—Para eso te tengo a ti. Te prefiero mil veces antes que a esa gruñona.

—¡No es un gruñona! Es encantadora.

—Pero no es tan guapa como tú.

—Qué tonto eres —digo negando con la cabeza y sonriendo.

Le acerco el vaso y las pastillas que dejó pautadas la gruñona, digo la enfermera. Se las traga con esfuerzo. Humedezco un paño y

se lo pongo en la frente.

—Cuéntame algo —dice—. Si me duermo escuchándote, mejor para los dos.

—¿Sobre qué?

—Si tuvieras la oportunidad ahora mismo, ¿a dónde te gustaría viajar?

—Siempre quise ir a Nueva Zelanda y nunca pude.

—¿Qué te lo impidió?

—La vida. Primero la carrera, después el trabajo. Siempre quedaba para el año siguiente. Me encantaría visitar los volcanes o los fiordos. Los paisajes son alucinantes. ¿Y a ti dónde te gustaría estar?

—Donde sea pero contigo.

Seguimos hablando de ciudades, de desayunos, de tonterías... Le toco la frente: está tibia. Se queda dormido con la mano encima de la mía.

Los días siguientes son muy parecidos a este momento. Charlar, charlar y charlar. Conocernos de verdad.

—¿Siempre ha sido así de cabezota? —pregunto a Brid en una de las visitas que hace a su hijo.

—Peor. A los ocho años se cayó del tejado del cobertizo y se rompió el brazo. Estuvo media tarde callado, con él pegado al cuerpo. Nos enteramos porque Seamus lo delató en la cena.

Aidan protesta. Poco a poco voy montando el álbum: el niño del cobertizo, el cabezota, el que se aguantaba el dolor. Un álbum del hombre del que me estoy enamorando. ¿Del que me estoy enamorando? Del que me estoy enamorando, sí.

Pero no todo es un camino de rosas.

—¿Te tratan bien en esta casa, María? —me pregunta Brendan un día en el salón.

Siento una punzada de nervios. El secreto de ser una Meanman me está agotando poco a poco. Siento que en cualquier momento se van a enterar y todos me odiarán.

—Muy bien —digo disimulando mi ansiedad todo lo que puedo.

—Si alguien deja de hacerlo, dímelo.

—Lo haré, gracias —digo y me levanto con brusquedad.

Salgo del salón. Voy al baño, cierro la puerta e intento respirar con calma.

Una tarde se cuela Hugo con una baraja.

—Elige una carta, tío Aidan. La que quieras.

Aidan elige al azar el as de corazones, la devuelve, y el crío baraja concentrado como un adulto. Después, coge una y se la muestra. Es el rey de espadas.

—¿Era esta? —le pregunta Hugo lleno de ilusión.

La carta no es, claro, pero Aidan finge que se queda boquiabierto.

—¡Sí! ¡Increíble!

Hugo repite el truco tres veces y el fingido asombro de Aidan crece con cada una. El tío que se deja engañar por su sobrino de siete años. Otra página para el álbum.

Más tarde, Lola y Nellie me bajan al jardín con la excusa de un café.

—Venga —dice Nellie—. Ahora que no nos oye nadie, ¿cómo os enamorasteis? De verdad.

—Lo de «fue poco a poco» no vale —dice Lola.

—Pues sí que fue poco a poco —digo riéndome—. Él llevaba años ahí, cerca. El mejor amigo de mi hermano. Y un día lo miré distinto.

Piden detalles, doy algunos y me callo otros. Mientras remuevo el café descubro una cosa: mentir sobre esto ya no me cuesta. Porque casi no es mentira.

Días después damos el primer paseo por el jardín. Aidan camina apoyado en mi brazo, más lento de lo que su orgullo quisiera, parándose a ratos con la excusa de mirar los naranjos.

—¿Te das cuenta? —le digo—. Nunca habíamos caminado juntos al aire libre. Nuestro matrimonio entero ha pasado entre paredes.

—Pienso arreglar eso.

Lo dice con la seguridad de quien ya tiene un plan. Y afloja el paso para apoyarse un poco más en mí.

El sábado baja a cenar por primera vez. Aparece en el comedor por su propio pie, recién afeitado, y la familia lo celebra. Brendan golpea la mesa con la palma, Colin levanta su copa, Seamus

aplaude, Troy y Luna dan palmas sin saber por qué. Hugo se sube a la silla y Amber sacude la cuchara.

—Gracias, familia —dice Aidan.

Se sienta a mi lado con un gesto de dolor que disimula mal. Brid sonríe con cariño maternal, los niños alborotan, alguien cuenta algo en la otra punta y las risas van y vienen. Aidan me roba una patata del plato con toda la tranquilidad del mundo.

Busco dentro de mí a la infiltrada que se sentó aquí el primer día y ya no la encuentro. Pero de repente, intercambio una mirada con Brendan.

Siento que me está estudiando, que sospecha algo o quizá ya sabe la verdad. El secreto está a punto de salir a luz. En cualquier momento, seré expuesta y no sé qué harán conmigo. ¿O es solo una impresión? ¿Me estaré volviendo loca?

AIDAN

AL SENTIR dolor en la herida, me despierto de madrugada. Cambio de postura lentamente para no despertar a María. Nada, sigo con dolor. Si me pongo boca arriba, peor. Vaya mierda, ¿cuánto tiempo estaré así?

Qué ganas de recuperarme y volver a la vida normal. No pensé que echaría tanto de menos algo tan sencillo como pasear o correr. No nos damos cuenta del valor de las cosas hasta que nos faltan.

En medio de la penumbra, me giro hacia mi bella esposa. Tiene las manos juntas debajo de la mejilla y el pelo sobre la frente. Respira despacio.

La miro como cuando la miraba a través de los fotos y vídeos que me pasaba Tom. Tenerla enfrente sigue siendo algo que me deja sin respiración. Es más íntimo que saber los detalles de su vida.

El dolor vuelve y aprieto los labios. Me siento sobre el borde de la cama y espero a que pase para no caer redondo sobre el suelo. Vale, ya está. Voy al baño caminando como un anciano. Compruebo el vendaje y me tomo una pastilla.

Vuelvo a la cama. ¿Qué hora será? Da igual. Solo ve a la cama y duerme lo que puedas. Aunque sea solo una hora de sueño profundo, será oro.

¿Qué le pasa a María? Tiene el ceño fruncido. Su expresión es rara y murmura. Sí, está hablando en sueños.

—Que no lo cuenten... —dice—. Por favor... que no lo cuenten...

Me acerco a ella. Debe de tener una pesadilla.

—Meanman —murmura—. Meanman... Yo no soy responsable... Perdón, perdón... Darío tampoco...

Lo está pasando mal.

Acabé con seis hombres y con el viejo que había ordenado la muerte de Darío, y volví medio desangrado creyendo que traía la libertad de María en el bolsillo.

Qué imbécil. Todavía hay otra amenaza sobre ella: el secreto de ser una Meanman la está devorando por dentro. No es fácil para ella convivir con la familia a la que su bisabuelo quiso destruir. El plan de huida no solo era por mí, sino también por eso.

María se revuelve en la cama, dice algo que ya no se entiende y de pronto se incorpora de golpe, con los ojos abiertos y las manos agarradas a la sábana.

—Eh —le digo en voz baja—. Tranquila, amor. Soy yo.

Tiene sudor en la frente. Tarda un par de segundos en encontrarme en la penumbra.

—¿Dónde estoy? —pregunta aturdida.

—En casa.

Mira alrededor como si todavía tuviera que confirmarlo.

—Tenías una pesadilla —le digo.

—¿He hablado? —dice alarmada—. ¿He dicho algo?

Será mejor que me guarde la verdad. Ella ahora necesita calma.

—No he entendido lo que decías.

—Perdona, te he despertado.

—Ya estaba despierto. Vuelve a dormir.

Ella asiente, cansada.

Se gira hacia su lado, encogida y dándome la espalda. Me pego a su espalda, paso el brazo por encima y la atraigo hacia mí. Al principio la noto rígida, pero poco a poco su cuerpo se va relajando.

La sombra de Meanman sigue al acecho, amenazando con desequilibrar a María y romper nuestro matrimonio. Hay que actuar rápido. Pero ¿qué tengo que hacer?

Eso es una muy buena pregunta para la que, por suerte, ya tengo la respuesta. Me enfrentaré a mi familia y les diré la verdad.

Entro al despacho y ahí están los cinco.

Mis padres detrás del escritorio, expectantes. Seamus apoyado en la librería, Nicola en el borde del sofá con las piernas cruzadas y Colin en el sillón de cuero, mirándome serio. He convocado yo esta reunión aunque parece que estoy en mi propio juicio.

Me coloco en el centro de la sala. Perdí el trono y mi familia es lo único que me queda de los Gallagher. No, no será fácil.

—Os he reunido porque hay algo que tenéis que saber —digo y hago una pausa—. Y quiero que lo oigáis primero de mi boca.

Silencio profundo. Cojo aire y me dirijo a mis padres.

—María es bisnieta de Mac Meanman.

Las caras de mis padres son un poema. Parpadean y sacuden la cabeza. Parece como si alguien les hubiera abofeteado.

—¿Qué? —dice mi madre, llevándose una mano al pecho.

—Calma, Brid —dice mi padre poniendo una mano sobre la suya.

—Tenía que contarlo y eso es lo que estoy haciendo —digo con aplomo—. Creo que ya es hora de que esta familia lo sepa.

Durante unos segundos, nadie se mueve. Se puede escuchar el sonido del aspersor en el jardín. Colin se levanta y agita las manos.

—Has metido sangre del enemigo en la casa donde duermen mis hijos —dice—. Y se lo has ocultado a tu familia.

—No es fácil decirlo. No sabía cómo reaccionarías.

—¿Ella sabe lo que ese nombre significa para esta familia? —pregunta Seamus cruzándose de brazos.

—María conoció siempre su apellido, pero no que fue el motivo por el que asesinaron a su hermano. También ignoraba qué fue Mac para los Gallagher. Lo ha sabido ya casada. Y desde entonces ese secreto la está matando por dentro. Habla en sueños. Pide perdón dormida por algo que hizo un hombre al que jamás llegó a conocer.

De nuevo cae un pesado silencio. Mi madre desvía la mirada y parece que vuelve a recordar toda el trauma que supuso la muerte de sus padres, mis abuelos. La explosión, los escombros, los cadáveres y la huida desesperada de Irlanda.

—¿Quién más lo sabe? —pregunta Nicola como si nunca hubiera roto un plato.

—Solo vosotros y Tom, que fue mi hombre de confianza. Respondo por él.

—¿Y tú? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace dos años. Investigaba el asesinato de Darío, tiré del hilo y acabé descubriendo el árbol genealógico. Así supe quién era el bisabuelo de mi mejor amigo. Llevaba media vida entrando en su casa y de pronto...

Mi madre me corta a media frase.

—La senté a comer conmigo, Aidan. Le conté tu infancia —dice y da dos pasos hacia mí—. Me has hecho querer a la bisnieta de Mac sin darme la posibilidad de elegir. Esa es una herida más, hijo.

Mi madre está dolida y lo entiendo, pero estoy aquí con una misión.

—Tengo derecho a que mi esposa viva en paz en esta casa. Si lo cuento el primer día, ¿la habrías sentado a tu lado? ¿La habrías querido? Todos sabemos la respuesta.

—Un hombre que monta un negocio a espaldas de la familia no puede exigirnos nada —dice Colin.

Ahí está. Lo llevaba esperando desde que he entrado.

—¿Queréis hablar de la distribuidora de bebidas? —digo—. Cada euro que salió de ahí pagó el operativo que protegía a María. Los hombres, las cámaras, los informes, los turnos de vigilancia. Cuando me lo desmantelasteis, la dejasteis sin protección. Por eso me la traje a la Finca. Ese negocio que tanto os molesta es la razón de que hoy mi esposa siga viva.

—Pero es una Meanman, una enemiga.

Señalo la mesa.

—Aquí hubo una vez fotos de Nellie. Y hubo un cargamento desviado a territorio ruso para fabricar una deuda. En esta familia todos hemos callado algo cuando tocaba proteger lo nuestro. Todos.

—Aquello fue distinto —dice Seamus.

—Es lo mismo.

—Lo que hay que oír —dice Colin—. Nos cuela al enemigo en casa y todavía nos da lecciones.

Colin se levanta del sillón, yo avanzo sin miedo hacia él. Seamus se planta entre los dos con una mano en el pecho de cada uno.

—Basta —dice nuestro padre—. Ya está.

Espera a que Colin se siente. Tarda, pero se sienta. Nicola se cruje los huesos de la manos. El ambiente sigue tenso y no sé cómo acabará todo.

—Hace años yo estuve donde está él ahora, en esta misma sala, defendiendo a mi mujer —dice Seamus—. Me costó el trono, pero fue lo mejor que me pudo haber pasado.

Cruza la sala y se coloca a mi lado. Qué sorpresa. Asiento con la cabeza en señal de reconocimiento.

—Qué bonito —dice Nicola, y se pone en pie—. ¿Y ahora qué toca, Aidan? ¿Que te perdone por callarte que había una Meanman durmiendo en La Finca? A mí me casaron con un desconocido para pagar una deuda que vosotros creasteis. Aunque ha salido bien, nadie me dio a elegir. Así que disculpa si tus motivos no me convencen.

—Solo quería que lo supierais por mí.

Mi padre se echa hacia delante y me señala con el dedo.

—¿Entonces el atraco en Dublín nunca existió?

—Fui a Dublín a terminar con la gentuza que quería matar a María. A Declan y Conor Hazard. Declan ordenó matar a Darío por una absurda venganza de hace sesenta años. Odiaba un apellido, nada más. Y María era la siguiente de la lista.

—¿Fuiste solo? —pregunta Brendan.

Asiento con la cabeza.

—Era mi problema —les digo a todos.

—Volviste desangrándote en un avión, solo —dice, emocionada—. Podrías haber muerto sin que ninguno de nosotros supiera la verdad.

—Era lo que me tocaba hacer, madre. Estoy enamorado de María desde que la conocí. Ella nació con el apellido equivocado. Ese es

todo su delito. Y lo ha pagado con un hermano asesinado y una vida siendo vigilada.

—No me convence. Hay que expulsarla de esta familia —dice Colin.

—No —dice Seamus.

—Lo digo muy en serio.

—Y yo.

Mi madre alza la mano y mis hermanos se callan. Nicola se echa hacia atrás y se lleva una mano a la barbilla. Está pensando.

—La cuestión es muy simple, Aidan —dice mi madre lentamente—. Tu familia o ella.

Todas las miradas se ponen sobre mí. Otra vez un silencio que se puede cortar con una navaja. Siento el pulso más rápido. Aprieto los puños.

Mi familia o ella. Como si eso cupiera en una balanza. Media vida siendo un Gallagher contra unos meses siendo el marido de María, y aun así la respuesta al dilema es sencilla y clara.

Seamus va a decir algo y Brendan lo frena con un gesto de la mano. Nicola espera. Colin también.

Pienso en María hablando en la pesadilla, pidiendo perdón. En lo mucho que sufre por dentro. Si ella no es feliz, yo tampoco puedo serlo.

—Elijo a mi esposa —digo sin dudar.

Mis padres intercambian una mirada de asombro. Mis hermanos se quedan sorprendidos y también se miran entre ellos.

—¿Estás seguro, hijo? —me pregunta mi padre.

—Completamente —digo sin bajar la cabeza—. Ahora mismo nos marcharemos.

—¿Adónde? —pregunta mi madre.

—No lo sé. Lo decidiremos sobre la marcha.

Seamus me da un abrazo y me desea suerte. Colin asiente con la cabeza y Nicola mira a mis padres.

—Voy a hacer las maletas y nos vamos enseguida.

—Me parece bien —dice mi padre.

Antes de irme del despacho, les lanzo una mirada inquisitiva. Por mi parte, será la última vez que los vea. Pueden irse al mismísimo

infierno.

MARÍA

LLEVO un buen rato sentada en el borde de la cama viendo la tele. Ahora bajaré para jugar con los sobrinos. Anoche no dormí bien por culpa de esa pesadilla.

Aidan me aseguró que solo murmuraba el nombre de mi hermano, pero creo que hubo algo más. Le doy vueltas a lo mismo: ¿qué se me escapó?

Tendría que bajar y relacionarme. Poner la sonrisa, dejar que Hugo me enseñe otro truco, contestarle a Brid que dormí de maravilla. Cada día me cuesta más levantar ese teatro. Soy una Meanman comiendo en la mesa de los Gallagher.

La puerta se abre de golpe y me levanto de un salto.

Aidan entra con la mandíbula apretada. Tiene los ojos brillantes y la tensión de quien acaba de salir de una pelea.

—Recoge tus cosas —ordena—. Nos vamos.

—¿Qué dices? ¿A dónde?

—Fuera de esta casa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. Me estás asustando.

—Vengo del despacho de mi padre. Estaban todos. Mis padres, Seamus, Colin, Nicola...

—¿Y?

—Se los he contado.

El estómago se me contrae.

—¿El qué?

—Quién fue tu bisabuelo.

La habitación se mueve a mi alrededor. No, no me lo creo. Lo saben, lo saben. Dios mío, los Gallagher lo saben.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto con la garganta seca.

—Durante la pesadilla de anoche repetías el apellido Meanman una y otra vez. Suplicabas que nadie lo contara y que te perdonaran. Vi claro que el secreto te está corroyendo por dentro. Había que hacer algo, amor.

—Podríamos haberlo decidido entre los dos.

—Me habrías pedido tiempo pero el secreto te está comiendo viva. Te lo noto hasta en cómo respiras cuando mi padre entra en una habitación. Anoche entendí que la amenaza vive aquí dentro —me señala el pecho—, contigo.

—¿Y qué han dicho?

Tarda en responder. Le duele recordar, lo noto.

—Mi madre está jodida. Dice que la obligué a querer a alguien sin darle la opción de elegir. Colin se siente traicionado. Seamus fue el único que dio un paso al frente por mí.

—¿Y Nicola?

—Creo que sigue resentida y no la culpo.

Perdió el trono por mi culpa y ahora pierde lo más importante: su familia. Las cenas de los sábados, los sobrinos, a su madre... Todo por protegerme, otra vez.

Pero debajo de la culpa, abriéndose paso, aparece algo que me da vergüenza admitir: el alivio. Se acabó sonreír mientras la impostora que llevo dentro espera el golpe definitivo. Suelto un suspiro largo, pero no siento como si me quitara un peso de los hombros.

—Lo siento —digo—. Has perdido a tu familia por mi culpa.

—No, no lo es. Yo he tomado la decisión. Volvería a hacerlo mañana y pasado —Me coge de las manos y las besa—. Venga, haz la maleta. Quiero salir de aquí antes de comer.

Sacamos las maletas y nos ponemos a ello. Abro el armario y empiezo por los vestidos que me regaló, la rebeca amarilla, los

zapatos, etc. Él vacía la cómoda a lo bestia. Vamos deprisa, como si la Finca fuera a engullirnos de repente.

—Tengo que llamar a Inés —digo mientras doblo una blusa—. Querrá saber dónde estoy

—Llámalas desde el coche.

—Vale. Sí, será lo mejor.

—Espera —dice—. Antes de que cierres esa maleta, escúchame.

—¿Qué pasa ahora?

—Declan está muerto y su gente también. Ya no necesitas escoltas, ni muros, ni un marido que te esconda. Tampoco necesitas mi apellido. Puedes volver a Marbella, a tu despacho, a Inés. Rehacer tu vida desde cero, sola, sin pedirle permiso a nadie. Eres libre, María. Ya te lo dije.

—¿Y?

—Ya no tengo nada que ofrecerte. Me he quedado sin familia, sin negocio, sin la mitad de lo que era hace un mes. No necesitas venir conmigo si no quieres.

Podría decirle que no por miedo. Podría decirle que sí por gratitud, que casi sería peor. Lo miro, plantado en medio del dormitorio, y descubro que la respuesta ya está en mi interior. Este hombre ha hecho algo maravilloso: destruir su vida para que yo conservara la mía.

—Antes de darte una respuesta, hay algo que tienes que saber —le digo.

Aidan se tensa. Sus ojos oscuros no se apartan de los míos. Saco la mano del bolsillo y le muestro la pastilla.

—Inés contactó con la Guardia Civil —digo con el corazón latiéndome a mil por hora—. Me consiguieron esta pastilla que provocaría los síntomas de un infarto o algo así para que me llevaran al hospital de la milla de oro. Allí, ellos me sacarían para siempre.

Aidan no parece sorprendido. No hay asombro en su mirada, solo una profunda y cansada resignación.

—Lo sabía —responde él con calma—. Mandé intervenir el móvil de Inés antes de irme a Irlanda. Escuché las grabaciones. Sabía que habías aceptado el plan. Sabía que querías huir de mí.

Me quedo de piedra.

—Lo sabías... —susurro atónita—. Lo sabías y aun así te fuiste a Dublín. Te enfrentaste a los hombres de Declan tú solo, te dejaste apuñalar y casi mueres desangrado para liberarme... ¿sabiendo que yo iba a traicionarte?

—Mi deber era mantenerte viva, María. Eliminar a quienes querían matarte. Si después de eso decidías huir de mí usando esa pastilla, era tu elección. Yo no iba a fallarte a ti.

La magnitud de lo que este hombre ha hecho me deja hecha polvo. Miro la pastilla en mi mano.

—La tuve en los dedos —le confieso, y la voz me tiembla—. Estaba a punto de tragármela. Era mi billete de salida.

Aidan baja la vista hacia la pastilla y luego vuelve a fijar sus ojos en mí.

—Pero no lo hiciste.

—Lola llamó a mi puerta —digo negando con la cabeza, reviviendo el pánico de aquel instante—. Me dijo que habías vuelto. Que estabas agonizando en el hospital. Y en ese exacto segundo, Aidan, la idea de perderte me dolió muchísimo más que el encierro, que los Meanman o que la mafia.

Abro la mano y dejo caer la pastilla al suelo. Aidan la pisa hasta destrozarla.

—No me quedo por gratitud, ni porque no tenga otra salida —continúo—. Tenía la puerta abierta de par en par, y decidí cerrarla yo misma. Porque esta vez nadie decide por mí. Elijo yo. Y te elijo a ti.

—Piénsalo bien. Puedes tener una vida normal, tranquila, lejos de todo esto...

—Aidan, sí, rotundamente sí.

Se acerca, me coge de los brazos con esa fuerza posesiva que me vuelve loca y me besa. Este me sabe distinto a los anteriores. Los otros tenían algo de rabia, miedo, no sé. El de ahora sabe a nuevo, a amor verdadero. Dos personas libres que se escogen, así de simple.

Caemos sobre la cama, encima de la ropa a medio guardar. De hecho, me clavo una percha en la espalda. Le abro la camisa botón a botón y me detengo en la cicatriz del costado, rosada todavía. La rozo con los labios.

Él me desnuda con ansia, tirando mi ropa por ahí. Me come las tetas mientras echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Me pone a cuatro patas, me folla salvajemente y después se pone sobre mí. Es como si quisiéramos fundirnos en una sola persona de mil maneras diferentes.

—Aidan... —susurro, pidiendo más de él, de su piel que me abrasa con solo tocarla.

Repito su nombre como una súplica. Y eso le excita mucho. Me embiste, me atraviesa, se corre y se queda sobre mí. Ha sido un polvo rápido, el de despedida de la casa. Cierro los ojos, oyendo mi respiración, y escuchando a mi cuerpo que aún está emocionado por el viaje que Aidan le ha metido.

Sé que me esperan unos polvos maravillosos con él. Pero qué pena que tengamos ahora prisa. Nos levantamos con mucha desgana y con una energía baja. Aunque no lo decimos estamos llenos de incertidumbre por lo que va a pasar.

Terminamos las maletas. Bajamos la escalera en silencio, pero sintiendo que hay un vínculo más profundo entre nosotros.

En el vestíbulo, para nuestra sorpresa, está Brid. Se ha quedado en la puerta del salón, con las manos entrelazadas y una mirada seria. Parece como si nos hubiera estado esperando.

Aidan afloja el ritmo pero sigue andando. Ella nos sigue mirando sin decir nada. Junto a la entrada está Seamus. Nos dedica un saludo con la cabeza. Aidan se lo devuelve.

El sol de fuera me ciega como si llevara meses sin salir. Aidan guarda el equipaje en el maletero y me abre la puerta del copiloto. Rodea el coche y se sienta al volante. Me quedo mirando la Finca por última vez.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Ni idea —responde—. Es la primera vez en mi vida que no sé dónde voy.

Le aprieto la mano encima del volante. Nadie nos espera y nadie nos persigue. De momento, estamos bien.

AIDAN

EN EL PISO DE MARÍA, abro el segundo cajón de la cómoda y ahí está la caja fuerte que compré. Es del tamaño de una caja de zapatos, con un teclado que pita al pulsar cada número.

He tenido cajas fuertes empotradas en hormigón, con puertas que pesaban más que un hombre. Esta se podría abrir con un destornillador y algo de paciencia, pero es lo que hay.

Marco el código, saco la pistola y la llevo a la mesa del salón. Extiendo un paño viejo, me siento y empiezo el despiece. Corredera fuera. Muelle, cañón. Cada pieza sobre la tela, ordenadas como me enseñaron hace años.

Paso el cepillo por el ánima, luego la baqueta con un parche impregnado de aceite. Sale gris la primera pasada. La segunda, más limpia. La tercera, perfecta.

Me gusta esta tarea porque tiene un final claro. Empiezas con un arma sucia y terminas con una limpia. Ojalá todo funcionara así.

El móvil está en la mesa. Lo he mirado ya tres veces. Nadie de mi familia ha llamado. Allá ellos. Yo no pienso hacerlo.

Engraso los raíles, monto la corredera y compruebo el mecanismo en seco. Cargador fuera, recámara vacía y la pistola de vuelta a la caja fuerte. Cierro el cajón de la cómoda justo cuando oigo la llave en la cerradura.

María entra con la chaqueta colgada del brazo. Deja el bolso en el recibidor y me busca con la mirada.

—Hola, amor.

—Hola, cariño.

La beso en los labios. Ella me agarra de la camisa y tira. El beso es cojonudo. Su espalda acaba contra la pared del recibidor. Mis manos, debajo de su blusa. Nos besamos como si hiciera mil años que no nos vemos.

—Te he echado de menos —dice ella.

—Y yo. Echarte de menos es agotador.

Se ríe y me empuja hacia la cocina.

—Ve poniendo la mesa, que me muero de hambre.

Hay pollo guisado de anoche y una ensalada que preparo mientras ella se cambia. Pongo dos platos, dos copas, la barra de pan que he comprado por la mañana. María vuelve descalza, con una camiseta mía, y se sienta doblando una pierna bajo el cuerpo. Sirvo el guiso.

—¿Qué tal todo en el despacho? —pregunto.

—Inés se ha enfadado con el procurador nuevo. Le ha entregado un escrito con el número de autos equivocado, otra vez, y he tenido que sacarla al pasillo antes de que se lo dijera delante del cliente.

—¿Y qué le ha dicho?

—Cosas que una señorita fina como ella jura que jamás pronuncia. —Pincha un trozo de pollo—. Ah, y Carmen Salazar ha firmado por fin el convenio. Se queda la casa de campo. Treinta y cuatro años de matrimonio y al final todo se reducía a una casa con almendros. Me ha abrazado llorando.

—Qué bien que seguís las dos con el despacho sin problema.

—Le costó al principio entender que no me fuera con la Guardia Civil, pero creo que empieza a entenderlo. ¿Cuándo vas a conocerla? Estaría bien.

—Mañana mismo.

—Qué bien. Me hace ilusión que mi mejor amiga y mi marido se conozcan por fin.

Moja el pan en la salsa, levanta la vista y me sonrío.

—¿Y tú qué has hecho hoy?

—Pensar en ti.

Alarga el brazo por encima de la mesa y pone su mano sobre la mía. Como siempre, el contacto con su piel es electrizante.

—Aidan, ¿qué vas a hacer?

—Sé mover contenedores que oficialmente no existen. Sé cuánto cuesta un funcionario de aduanas y cuánto un inspector. Sé montar una sociedad pantalla en tres días. Pero todo eso no me sirve de mucho sin una estructura.

—Pues piensa en otra cosa —dice acariciándome la mano.

—Hay muchísima gente dispuesta a pagar una buena seguridad privada. Empresarios, jugadores de fútbol, mujeres ricas con joyas. Marbella está llena de clientes.

Le doy vueltas a la idea mientras ella rebaña el plato. Operativos como el que montamos para María, pero todo legal. Sé diseñarlos mejor que nadie en esta costa. Me falta el plan, los permisos, alguien que sepa transformarlo en un oficio respetable y lucrativo. Me falta un director de operaciones.

—Necesitaría a alguien de confianza para llevar el día a día —digo—. Alguien con experiencia.

—¿Se te ocurre alguien?

—Claro.

Cojo el móvil de la mesa. Busco el contacto y me quedo un segundo con el pulgar encima, porque a este hombre lo despedí yo mismo hace unas semanas. María me observa con la copa en la mano.

—Te llamo por un asunto de trabajo.

—¿Ha pasado algo con la señora?

—María está perfectamente. Está aquí delante, de hecho. Quiero montar una empresa de seguridad. Escoltas, protección, dispositivos para clientes de la costa. Legal de arriba abajo: licencias, nóminas, seguros sociales, todo declarado. Y quiero que seas mi mano derecha.

El silencio esta vez es largo. Le dejo su tiempo.

—¿Cuándo quiere que nos veamos?

—Esta semana. ¿El jueves te viene bien?

—¿Dónde?

—Te mando la localización. Un almuerzo tranquilo.

—Me parece bien —dice y cuelgo.

Recogemos la mesa entre los dos y llevamos el café al sofá. Ella se sienta junto a mí, los pies recogidos, la taza en las rodillas, y me va contando cosas sueltas del despacho, de un juez que se jubila, de que Inés quiere hacer una cena...

En algún momento las pausas entre sus frases se alargan. Se queda dormida. Hace un mes tenía a mi disposición hombres armados, rutas que cruzaban medio mundo, una familia temida y un trono esperándome.

Lo he perdido todo pero aquí estoy: en un piso de tres habitaciones, y una bella mujer dormida sobre mi hombro.

A lo lejos se oye el tráfico de Marbella, coches que van y vienen llenos de gente con vidas normales, y por primera vez entiendo que la mía ya es una de ellas. Ya no hay familia detrás, ni negocio que esconder, ni hombres esperando mis órdenes.

Solo María.

La mujer que amo.

El telefonillo suena de repente. María deja el libro abierto sobre el sofá, pero me levanto yo. ¿Quién será? A estas horas nadie se presenta sin más.

Me acerco a la pantalla del portero. Al ver quién es me quedo de piedra.

—Es mi hermana —digo frunciendo el ceño.

—¿Cómo? ¿Nicola, aquí?

—Veamos qué quiere.

Salgo al rellano mientras el ascensor sube. Repaso los motivos que pueden traerla hasta aquí de noche y sin aviso. Ninguno me gusta.

Al salir del ascensor, viene y nos damos un breve abrazo. La hago pasar al salón y María se levanta para recibirla con dos besos.

Cordialidad ante todo, aunque las heridas sigan ahí. Nicola se queda de pie, sin quitarse el abrigo.

—¿Te sirvo un café? —pregunto.

—Déjalo, Aidan. Vengo a deciros una cosa y me voy.

Mi hermana lanza una mirada alrededor y asiente con la cabeza. Parece que le gusta el piso.

—Papá está enfermo —dice—. Ha empeorado mucho desde el infarto. Quería decirlo en persona. Por el móvil me parecía muy frío.

Siento un escalofrío por la espalda. Cierro la mano sobre el respaldo de la silla que tengo delante.

—¿Cómo de mal está?

—El corazón está muy débil —contesta con un mohín de disgusto—. Se cansa al cruzar el comedor. Duerme sentado porque tumbado se ahoga.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que ya no hay nada que hacer. Ahora toca los cuidados paliativos y esperar.

María me busca la mano. Se la estrecho.

—¿Y Brid, cómo está? —pregunta ella.

—Bien dentro de lo que cabe. Duerme en un sillón junto a la cama y por la mañana baja vestida y con las tareas repartidas. Ya la conoces.

—¿Cuánto le queda? Dilo claramente.

—Nadie se atreve a ponerle fecha. Pero... poco, Aidan.

Nicola respira hondo antes de seguir.

—Quiere despedirse de vosotros —dice—. Me lo pidió él mismo y me hizo prometerle que os lo diría.

Asiento despacio. María entrelaza sus dedos con los míos.

—Tengo que volver —dice Nicola consultando su reloj—. Me esperan para una reunión.

La acompaño hasta la salida. En el umbral se gira y me mira con los ojos brillantes.

—Venid pronto. Os está esperando.

—Gracias por venir.

—De nada.

Se marcha, cierro la puerta y vuelvo a María, a la que abrazo por detrás.

—Siento lo de tu padre —me dice.

—Mañana vamos a la Finca —digo.

—Vale, Inés podrá encargarse del turno de la tarde.

Me dejo caer en el sofá. Cierro los ojos y me viene una imagen: mi padre en la cabecera de la mesa de la Finca, sirviendo vino, riéndose con toda la mesa pendiente de él. ¿Ya no lo voy a ver así?

—Ha pedido despedirse —digo—. Si lo ha dicho es porque ya ha hecho sus cuentas.

María se sienta a mi lado y me gira la cara hacia ella con las manos.

—Escúchame. Yo no tuve una última hora con mi hermano. Un teléfono sonó de madrugada y ya estaba muerto. Lo que tu padre os está dando duele, pero es un regalo. Créeme, sé lo que vale.

Tiene razón, pero no es un alivio.

—Es ley de vida —digo con resignación.

María me rodea por el hombro y me da un beso en la frente. No planeaba volver a casa, pero tengo que despedirme de mi padre. Si no lo hago, nunca me lo perdonaría.

MARÍA

AL DÍA SIGUIENTE, Aidan detiene el coche frente a la puerta de entrada de la Finca. Intercambiamos una mirada, mientras aspiramos y dejamos escapar el aire por la boca.

Salí por esa puerta convencida de que era la última vez, y ahora regresamos como si fuera imposible escapar de los Gallagher.

—¿Preparado? —le pregunto a mi marido cogiéndole de la mano.

—Sí. Hay que estar listo para todo. Así es la vida.

Bajamos del coche. La puerta principal se abre antes de que subamos la escalinata y aparece un empleado del servicio, que nos saluda con una risa.

—Les están esperando en la biblioteca de arriba —nos dice.

Entro conteniendo el aliento por si me cruzo con alguien de la familia. Ya saben que tengo sangre Meanman pero, por algún motivo que no sé, aún siento un nudo en el estómago.

A pesar de eso, todo parece en calma, ni siquiera se oye el revuelo de los niños. Claro, estarán en el colegio.

Seguimos caminando en silencio por el largo pasillo de la segunda planta. Entramos. Para nuestra sorpresa, han convertido la biblioteca en una habitación.

Brendan está en la cama, con los ojos cerrados, y hay monitores a los lados. Las cortinas están echadas para que no entre la brillante

luz de la mañana.

Brid abraza a su hijo un buen rato.

—Qué alegría verte —le dice a Aidan.

—Igualmente. ¿Cómo está? —pregunta mirando a su padre.

—Mal —responde Brid con tristeza—. Brendan, amor, ya están aquí.

Brendan ha envejecido mucho en estas semanas. Abre los ojos y parpadea. Al ver a su hijo, sonrío con esfuerzo. Después repara en mí y también me sonrío.

—Acercaos —dice Brendan con cansancio—. Que os vea bien.

Aidan le obedece. Yo me quedo un paso por detrás pero Brid me empuja con suavidad hacia delante. Ella se coloca a los pies de la cama, con las manos entrelazadas.

—Papá, ¿cómo estás? —pregunta Aidan.

—Bueno... He estado mejor, pero es lo que me toca.

Aidan aprieta la mandíbula, emocionado. Qué duro tiene que ser ver a su padre así. A pesar de sus diferencias, el vínculo con un padre es demasiado profundo para ignorarlo.

—Tengo cosas que decir y me canso pronto, así que dejadme hablar.

Coge aire y se acomoda. Brid le ayuda ahuecando las almohadas y después da un paso atrás. Qué enamorada sigue de su marido después de tantos años de matrimonio.

—He tenido mucho tiempo para pensar. —dice Brendan lentamente—. Aquí tumbado hay poco más que hacer. Y me arrepiento de cómo terminó todo, Aidan. Dejé que esta familia te diera la espalda por casarte con una Meanman y por ocultar un negocio que montaste para protegerla a ella. Te fuiste de esta casa como un cualquiera y yo lo permití.

—Papá, eso ya da igual...

—Sí importa —dice y le viene una tos que tarda en marcharse—. Un hombre que se planta delante de todos por la mujer que quiere no es un traidor. Es el hombre que siempre esperé que fueras. Me ha costado llegar hasta aquí para entenderlo, pero ya está.

—Volvería a hacer exactamente lo mismo —dice Aidan con voz ronca—. Pero que te quede clara una cosa: nunca dejé de ser un

Gallagher. Ni un solo día.

—Lo sé —responde Brendan despacio.

Se hace un silencio y entonces gira la cabeza hacia mí.

—María.

Me tiende la mano y se la cojo.

—La guerra que empezó tu bisabuelo, y que yo mismo ayudé a librar durante media vida, se acaba hoy.

Quiero decir algo, pero se me atasca en la garganta.

—Tú no estabas allí hace sesenta años —continúa—. Yo no te culpo de lo que hizo Mac Meanman. Los muertos ya tienen sus cuentas saldadas. Somos los vivos los que seguíamos pagando, pero eso tiene que acabarse ya.

Vuelve la tos. Hay algo conmovedor en las palabras de un hombre que sabe que llega el final y quiere irse en paz.

—Me quedan dos cosas que decir —sigue diciendo con un matiz de orgullo—. La primera: cuando supimos quién eras, esta casa te vio como a una enemiga. Se te juzgó por un apellido. Lo podíamos haber hecho mejor.

La emoción se apodera de mí. Le aprieto la mano, conteniéndome.

—Todo está bien—consigo decir.

—Lo segundo es: volved a la Finca a vivir.

Miro a Aidan y él me mira a mí. No lo esperábamos.

—Papá, nosotros... —dice Aidan.

—Escúchame antes de contestar. Me voy a morir, eso ya lo sabemos todos, y hay dos maneras de hacerlo. Con mi hijo desterrado y la familia partida en dos por un rencor lejano, o con vosotros durmiendo bajo este techo, donde siempre debisteis estar.

Hace una pausa para coger aire.

—Quiero verte en casa, Aidan. Quiero irme de este mundo sabiendo que los nietos que están por llegar van a nacer dentro de esta familia y no fuera de ella.

—Yo también tengo algo que decir —dice Brid antes de que Aidan o yo hablemos—. María, me costó aceptarte. Conocer tu secreto me hizo sentir que había sido traicionada.

—Lo entiendo.

—Pero he visto lo que mi hijo ha sido capaz de hacer por ti —continúa—. Renunció a todo sin pestañear, y una madre sabe leer eso aunque esté dolida. Lo que Aidan ha hecho por ti es más importante que el apellido que llevas. Mucho más.

Estira la colcha con un gesto preciso, como si necesitara una breve distracción para contener lo que siente.

—Esta casa está abierta para los dos —nos dice finalmente.

—Gracias, mamá —dice Aidan sonriendo.

—Venga, ahora dejad descansar a tu padre un rato —dice ella.

Salimos al pasillo y vamos al que fue nuestro dormitorio. Parece el mejor lugar para tener una conversación discreta.

—María, teníamos una vida hecha. Tu despacho, Inés, la empresa que estoy montando con Tom. Acabamos de empezar de cero en Marbella. Volver aquí lo cambia todo de nuevo.

Nos quedamos callados y un silencio nos envuelve. Pero es un silencio cómplice, cada uno piensa lo suyo pero en el fondo somos como una sola mente y un solo corazón. Aidan perdió el trono y su familia por mí y, aunque no lo diga, sé que le ha afectado.

—¿Y si hay que renunciar menos de lo que crees? —le pregunto—. La empresa sigue en pie, la reunión con Tom va adelante, y un negocio de seguridad se dirige igual desde aquí que desde el piso. Mi despacho seguirá donde está. Puedo ir y venir.

—¿Quedarnos con las dos cosas? ¿Así de fácil?

—Fácil seguro que no, pero ganas nos sobran. Hay otra cosa. Aquella habitación vacía que me enseñaste en la villa. Me hablaste de llenar una casa de niños. Te miré como si te hubieras vuelto loco, porque entonces yo era tu prisionera. Pero ahora todo ha cambiado.

—María, ¿estás diciendo que quieres tener hijos? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, y muchos —respondo también sonriendo.

Me coge la cara con las dos manos y me planta un beso. Me agarro a su camisa para que no me suelte. Qué momento tan bonito. Cuando nos separamos, apoyo la frente en su barbilla.

—Nos quedamos —digo.

—Vale, nos quedamos.

Se ríe y me abraza levantándome un poco. Soy una Meanman en la casa de los Gallagher. Ahora por decisión propia. Estamos en casa, mi hogar. Y qué enamorada me siento.

BRID

ME DESPIERTO con la primera claridad que se cuela por la persiana. La mano se me va sola al otro lado de la cama y encuentra la sábana. El lado de Brendan sigue ahí, como cada mañana desde que él ya no está.

Me visto sin encender la luz con la ropa que preparé la noche anterior. Bajo al jardín antes de que se despierte la casa.

Hace fresco. Dejo atrás la piscina y subo por el sendero de tierra hasta la parte alta de la Finca, donde está el olivo más viejo, el que ya estaba aquí, hecho y derecho, cuando compramos esta tierra. Debajo descansa Brendan.

Lo pidió así: sin panteón, sin mármol, sin ángeles de piedra. Que lo pusiéramos bajo el árbol y punto. Y ahí lo puse. El murete de piedra está frío a estas horas. Me arrebujo en la rebeca y me siento.

—Buenos días, cariño —digo—. Hoy es domingo, así que vengo pronto. Vamos con el repaso.

Lo hacíamos cada noche en la cama. Repasar los nietos uno a uno, lo que habían hecho o dicho.

—Troy nada genial. De punta a punta de la piscina, sin pararse. Se tira de cabeza fenomenal. Nadie se acuerda de cuándo dejó de necesitar que lo miráramos. Un día pedía manguitos y al siguiente ya podía solo.

Me coloco bien la rebeca y sigo.

—Luna suelta frases en español y en ruso, según le convenga. Y cuando Danil se equivoca con el español, la niña lo corrige delante de quien haga falta. Él se como su orgullo y ella se queda tan ancha. Tú habrías soltado aquello de «mientras no salga rusa del todo» y yo te habría pellizcado.

Me rio suavemente.

—Hugo consiguió el poni —añado—. Lola aguantó lo que pudo, pero esa batalla la tenía perdida desde el principio. ¿Y sabes lo mejor? Que Hugo lo cepilla. Tú lo tuviste claro desde el día que empezó a pedirlo: pues le compramos uno. Pues ya está comprado.

Sobrevuelan una banda de pájaros formando un triángulo en silencio.

—Amber duerme del tirón desde el invierno, me lo contó Lola. Ya era hora, con lo que nos hizo pasar esa criatura. Ahora balbucea sin parar. Salió con carácter, eso ya lo sabíamos. De Lola, decías tú. De los dos, digo yo.

Me quedo un momento callada. Guardo lo mejor para el final.

—Y queda el último. Darío Brendan, el hijo de Aidan y María.

Se me hace raro y bonito a la vez juntar esos dos nombres en la misma frase.

—Todavía es un bebé que solo come y duerme, pero cuando te acercas te coge el dedo y aprieta con una fuerza que me recuerda a alguien que yo me sé.

Apoyo la mano en la tierra junto a la raíz.

—La casa sigue llena, cariño. Y yo sigo en pie. Es lo que te prometí.

Me levanto, me sacudo la falda y vuelvo a casa sin prisa. Cuando llego, ya está todo en marcha. Troy y Hugo salen al jardín discutiendo.

—¡Yo bajo antes a la piscina! —grita Hugo.

—¡Ayer también fuiste tú! —protesta Troy.

—¡Porque llegué primero!

Nellie asoma por una ventana del piso de arriba.

—¡El siguiente que grite se queda sin bañarse! —avisa.

Los dos continúan la discusión entre susurros. En el porche, Seamus y Colin revisan unos papeles con el café en la mano. María

baja con el bebé en brazos y Lola le da un beso en la cabecita.

—¡Qué hermosura, Dios mío! —dice Lola.

Cuando María pisó esta casa por primera vez era la esposa de mi hijo. Hoy la casa es también suya.

A media mañana entra el coche de Nicola por el camino de la finca. Luna se apea la primera y sale disparada hacia sus primos.

—¡A tu abuela ni un beso!

—Yo sí, mamá —dice mi hija.

Pienso lo mismo que pienso cada domingo: ella es la jefa de esta familia. La que lleva sobre los hombros lo que su padre y yo levantamos durante tantos años.

Una noche, en la cama, le confesé a Brendan mi gran miedo. La sucesión en sí me daba igual. Lo que me quitaba el sueño era lo que podía venir detrás. El rencor de la derrota de los otros tres. Compruebo con felicidad una vez más que aquello no se cumplió.

Seamus se acerca a su hermana y habla con ella de igual a igual. Colin le guarda el sitio en la mesa con la mano apoyada en el respaldo.

Desde el porche, unos minutos más tarde, veo algo que me guardo para mí. Aidan pasea al pequeño Darío. Nicola se le acerca y él, sin que ella lo pida, le pone al niño en los brazos. Se quedan los dos hablando un buen rato. Desde aquí no me llega lo que se dicen. Tampoco me hace falta.

El almuerzo se sirve en la mesa bajo la pérgola. Colin y Seamus se han pasado la mañana peleándose por el control de la parrilla, y ahora presumen del resultado.

—Mira ese corte —dice Colin—. Sellado por fuera, rosado por dentro.

—¿Y quién ha estado pendiente de la brasa, eh? —dice Seamus—. Tú solo has dado instrucciones.

—Alguien en esta familia tiene que pensar.

En la cabecera queda una silla vacía, la de mi marido. Así seguirá mientras yo viva. Cuando todos tienen el plato delante, me levanto con la copa en la mano.

—Por vuestro padre —digo.

La mesa entera alza las copas en silencio. Pero Amber y Luna piden también su bebida. Pienso que a Brendan le habría gustado exactamente así: poca solemnidad y mucho jaleo familiar.

La sobremesa se alarga. Aidan se ha apartado un poco del bullicio, con su hijo dormido contra el pecho, y desde allí sigue todo lo que pasa en la mesa: las bromas, los piques, los primos que salen chorreando de la piscina.

Brendan me dijo una vez, en la cama, que a Aidan no le veía el fuego. Que a un Gallagher se le pide fuego. Se equivocaba. Lo tuvo siempre, ardiendo donde nadie miraba.

Más tarde Aidan y María salen hacia el olivar con el bebé. Se detienen ante el olivo de Brendan. María le habla a Darío señalando el árbol, y Aidan la rodea con el brazo y la besa en la mejilla.

Por la noche, cuando los críos ya duermen y todo queda por fin tranquilo, subo a mi dormitorio y me meto en la cama.

—¿Sabes qué te digo? Que aquella decisión que tanto miedo nos daba no rompió nada. Los cuatro se han sentado hoy a la misma mesa sin problema.

Estiro el brazo y apago la luz de la mesita. Me quedo un rato con los ojos abiertos en la oscuridad. Mañana mis nietos correrán por el jardín.

Hasta mañana, amor mío.
